

Bertolt Brecht

El alma buena de Se-Chuan

000000

Traducción de Raquel Warschaver

000000

www.omegalfa.es

Biblioteca Libre

Título del original en alemán:

Der gute Mensch von Sezuan

Derechos de traducción reservados

por Suhrkamp Verlag K.G.,

Frankfurt a/Main.

Segunda edición: marzo de 1967

Esta obra no podrá representarse por ningún

medio de expresión sin la autorización

de la Sociedad General de Autores

de la Argentina (Argentores), Buenos Aires.

© 1964 by Ediciones Nueva Visión S.C.A.,

Cerrito 1371,

Buenos Aires

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Como otras obras de Brecht, El alma buena de Se-Chuan se inspira en el antiguo teatro chino. El autor comenzó a trabajar en esta "parábola dramática" en el año 1934, durante su estadía en Dinamarca, concluyendo su labor en Suecia, en 1940. La pieza fue estrenada en inglés en la Hamline University; la versión original fue representada por vez primera en Zurich y luego en Francfort, donde se la llevó a escena en 1931 con música de Paul Dessau.

PERSONAJES

Wang, *aguatero*

Los tres dioses

Shen-Te/Shui-Ta

Yang Sun, *aviador sin trabajo*

Señora Yang, *su madre*

La viuda Shin

Una familia de ocho personas:

El hombre

La mujer

El sobrino

El hermano

La cuñada

La sobrina

El abuelo

El niño

El carpintero Lin-To

La propietaria Mi-Tzu

El policía

El vendedor de alfombras y su mujer

Prostituta joven

Prostituta vieja

El barbero Shu-Fu

El bonzo

El desocupado

El mozo de café

Los transeúntes del prólogo

La acción transcurre en la ciudad medio europeizada Se-Chuan.

PRÓLOGO

Una calle de Se-Chuan. Es de tarde. Wang, un aguador se presenta al público.

WANG: Soy el aguador de esta ciudad, de Se-Chuan. Mi oficio es agotador. Cuando hay sequía, debo recorrer kilómetros para conseguir un poco de agua. Y cuando abunda, no gano un céntimo. Claro que en nuestra provincia, la miseria es cosa de todos los días, y ya nadie pone en duda que no hay ayuda posible para nosotros, como no venga de los dioses. A propósito, un tratante de ganado que suele pasar por estas comarcas me ha asegurado que varios dioses, de los más importantes, se acercan a estas tierras. ¡Pueden imaginarse ustedes mi alegría! Pensar que en cualquier momento pueden aparecer aquí, en Se-Chuan. Sin duda las incesantes quejas que se elevan desde la tierra habrán inquietado al cielo. Hace ya tres días que espero en este sitio, a las puertas de la ciudad, cuando llega la hora del crepúsculo, para ser el primero en darles la bienvenida. Después, quién sabe si se me presentará la ocasión. Vendrán los señorones y los acapararán... ¡Con tal de que acierte a reconocerlos! Tal vez llegue cada uno por separado, para no llamar la atención. *(Pasan tres obreros.)* Ésos no pueden ser, vienen del trabajo. *(Los observa atentamente.)* No, andan con las espaldas encorvadas, de tanto cargar con fardos. *(Pasa un empleado.)* Ese otro... es imposible que sea un dios, con esos dedos manchados de tinta. A lo sumo, será un empleado de la fábrica de cemento. ¿Y aquellos señores? *(Pasan dos señores.)* No, tampoco creo que sean

dioses. Esa expresión brutal sólo la tienen los que están acostumbrados a tratar a palos a la gente. Los dioses no tienen por qué apalearse a nadie. (*Aparecen los tres dioses.*) A ver... aquellos tres... Sí, podría ser... Están bien alimentados, no parece que hayan trabajado jamás, y tienen el calzado cubierto de polvo, como si vinieran de muy lejos... ¡Son ellos! (*Se prosterna.*) ¡Disponed de mí, divinos visitantes!

PRIMER DIOS (*complacido*): ¿Así que nos esperaban por aquí?

WANG: (*les da de beber*): Hace mucho tiempo. Pero yo soy el único que estaba enterado de vuestra llegada.

PRIMER DIOS: Necesitamos un lugar donde pasar la noche. ¿Puedes conseguirnos una habitación?

WANG: ¿Una? ¡Cientos! Toda la ciudad se pondrá a vuestro servicio, ¡oh ilustres señores! ¿Dónde deseáis hospedaros?

Los dioses cambian entre sí miradas elocuentes.

PRIMER DIOS: Anda, hijo mío, vé a la casa más próxima... Será lo mejor.

WANG: Es que temo atraerme el rencor de los grandes de la ciudad si elijo a uno en detrimento de los demás.

PRIMER DIOS: Precisamente por eso te hemos dicho que vayas a la más próxima.

WANG: Bueno, entonces iré a la del señor Fo, que está aquí enfrente. Aguardad un minuto. (*Corre a una casa y llama; se abre la puerta. A los pocos instantes regresa cariacontecido.*) ¡Qué contrariedad! El señor Fo no está en casa y los criados no se atreven a tomar ninguna decisión sin una orden suya, porque es un hombre severísimo. Menudo escándalo va a armar cuando se entere que os han cerrado la puerta, ¡a vosotros, ni más ni menos!

LOS DIOSSES (*sonriendo*): Sin duda...

WANG: Un minutito más... La casa de al lado pertenece a la viuda Su. Se volverá loca de alegría cuando sepa... (*Corre hasta la casa y vuelve visiblemente turbado.*) Será preferible preguntar en otra parte. Dice

que no tiene más que una piecita, y que ni siquiera está arreglada. Voy ahora mismo a casa del señor Cheng.

SEGUNDO DIOS: ¿Una piecita? Es todo lo que necesitamos. Anda, dile que aceptamos.

WANG: ¿Aunque esté desarreglada? Allí ha de haber muchísimas arañas.

SEGUNDO DIOS: No importa. Donde hay muchas arañas hay pocas moscas.

TERCER DIOS (*conciliador*): Vé a Casa del señor Cheng, hijo mío, o a casa de quien quieras. En realidad, las arañas me producen un poco de asco...

Wang llama a otra puerta y lo hacen pasar al interior.

Voz (*adentro*): ¡Déjame en paz con tus dioses! ¡Ya tenemos bastantes dolores de cabeza sin ellos!

WANG (*de vuelta*): El señor Cheng está realmente trastornado. Se le ha llenado la casa de parientes y no se atreve a presentarse ante vosotros, ilustres dioses. ¿Queréis que os hable con franqueza? Los que están con él no son buena gente. Por eso no quiere que lo veáis en semejante compañía. Teme vuestro juicio.

PRIMER DIOS: ¿Tan temibles somos?

WANG: Solamente para los malos, por supuesto. Hace ya varios siglos, por ejemplo, que las inundaciones están causando estragos en la provincia de Kuan.

PRIMER DIOS: ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

WANG: Pues porque allí nadie les teme a los dioses.

SEGUNDO DIOS: ¡Qué tontería! ¡Si no hubiesen dejado que se hundiera el dique!

PRIMER DIOS: ¡Chst! (*A Wang.*) Bien... ¿Te queda alguna esperanza, hijo mío?

WANG: ¿Cómo podéis preguntarme semejante cosa? Unos pasos más y en seguida os encuentro alojamiento. El problema vendrá después, cuando no sepáis cuál elegir. Si todos están ansiosos de recibirlos. ¡Hasta ahora tuvimos mala suerte, nada más! ¡Voy corriendo!

Se marcha titubeando y por fin se queda perplejo en mitad de la calle.

SEGUNDO DIOS: ¿Qué os dije?

TERCER DIOS: Después de todo, tal vez sea mala suerte.

SEGUNDO DIOS: ¿Mala suerte en Chun, mala suerte en Kuan, mala suerte en Se-Chuan? No, ya no queda gente que les tema a los dioses; esta es la pura verdad y no os atrevéis a afrontarla. Admitid que nuestra misión ha fracasado.

PRIMER DIOS: Siempre existe la posibilidad de que encontremos un alma buena. Puede aparecer cuando menos se la espera. No tenemos derecho a obrar con ligereza.

TERCER DIOS: Nuestro convenio establecía: "El mundo puede seguir tal como está mientras exista un número suficiente de almas buenas, capaces de llevar una vida digna del hombre." El aguador debe ser una de ellas, si las apariencias no me engañan.

Se dirige hacia Wang, que continúa indeciso.

SEGUNDO DIOS: Pues... las apariencias engañan. Cuando el aguador nos dio de beber en el jarrito con que mide el agua, observé algo... Aquí está el jarrito.

Se lo muestra a los otros dioses.

PRIMER DIOS: ¡Tiene doble fondo!

SEGUNDO DIOS: ¡Es un tramposo!

PRIMER DIOS: Bueno, queda eliminado. Pero, ¿qué impone un hombre corrompido cuando puede haber otros que llenen las condiciones establecidas? Es necesario que encontremos uno. Hace dos mil años que nos vienen machacando que el mundo no puede continuar así, que no existe nadie capaz de ser bueno en la tierra. Hoy, se nos pide que

demos nombres de gente que tengan fe en los mandamientos y que sepan cumplirlos.

TERCER DIOS (*a Wang*): ¿Resulta tan difícil encontrar alojamiento?

WANG: Para vosotros no. Os aseguro que estáis equivocados. Si aún no encontré nada, la culpa es mía. Probablemente no sé buscar.

TERCER DIOS: Eso sí que no.

Regresa junto a los dioses.

WANG: (*para sí*): ¡Ya empiezan a sospechar! (*Se dirige a un señor que pasa.*) Perdóneme el que lo moleste, estimado señor, pero tres de los dioses más influyentes, cuya visita se esperaba en Se-Chuan desde hace años, finalmente han llegado y necesitan albergue. ¡No se vaya! ¡Convéznase antes! Una ojeada le bastará. Por el amor de los dioses, no deje escapar esta ocasión única... Invítelos en seguida a cobijarse bajo su techo; más vale que le queden agradecido a usted que a otro. (*El señor continúa su camino. Wang acude a otro.*) Señor mío, ya está usted enterado. ¿Verdad que les dará hospitalidad? No se necesitan salones principescos. La intención es lo que vale.

EL HOMBRE: ¿Y cómo puedo saber de qué calaña son tus dioses? Uno no puede meter en su casa a cualquiera.

Entra en su puesto de cigarrillos. Wang corre hasta donde se hallan los dioses.

WANG: He encontrado a un señor que seguramente va a aceptar.

Ve su jarrito en el suelo, mira turbado a los dioses y echa a correr hacia el grupo de casas.

PRIMER DIOS: El panorama no es muy alentador que digamos.

WANG (*al hombre que sale de la cigarrería*): Entonces, ¿qué ha decidido respecto de la habitación?

EL HOMBRE: ¿Cómo sabes que no vivo en la posada?

PRIMER DIOS: Nada, no encuentra nada. También a Se-Chuan tendremos que ajustarle las cuentas.

WANG: Le juro que son los tres dioses más poderosos de todo el cielo. Hasta tienen sus estatuas en el templo. Si se apresura a invitarlos, seguramente aceptarán.

EL HOMBRE: ¡Buenos estafadores han de ser, y tú queriendo encajármelos a mí!

Se marcha.

WANG: ¡Estúpido, cegato! ¿Es que no temes a los dioses? ¡Ya verás cuando te estés tostando en pez hirviendo! Es lo menos que merecen todos ustedes por su indiferencia. ¡Pero se arrepentirán! ¡Lo van a pagar caro hasta la cuarta generación! ¡Han cubierto de ignominia a toda la ciudad! (*Pausa.*) Mi última probabilidad es Shen-Te, la prostituta. Ella no puede negarse. (*Llama.*) ¡Shen-Te! (*Aparece Shen-Te en la ventana.*) ¡Han llegado! Pero no consigo encontrarles alojamiento. ¿No podrías recibirlos tú por una noche?

SHEN-TE: Me temo que no, Wang. Espero a un cliente. Pero ¿cómo es posible que no encuentres sitio para ellos?

WANG: Te lo explicaré en otro momento. Lo único que puedo decirte es que todo Se-Chuan no es más que un estercolero.

SHEN-TE: A menos que me esconda cuando él llegue. Así, tal vez se marche. Iba a salir conmigo.

WANG: ¿No podríamos entrar mientras tanto?

SHEN-TE: Sí, pero no alcen la voz. ¿Se puede hablar claro con ellos?

WANG: ¡No, que no se enteren a qué te dedicas! Mejor esperaremos abajo. Oye, pero no vayas a salir con tu cliente, ¿eh?

SHEN-TE: Estoy en las últimas, y si mañana por la mañana no pago el alquiler me ponen de patitas en la calle.

WANG: Déjate de hacer cuentas en un momento como éste.

SHEN-TE: Sí, sí, es muy fácil decirlo. "*Ventre hambriento no admite engaños, aunque el emperador festeje su cumpleaños.*" En fin, que vengan.

Apaga la luz.

PRIMER DIOS: Me parece que no hay nada que hacer.

Los dioses se acercan a Wang.

WANG (*sobresaltado al verlos detrás de él*): He hallado alojamiento.

LOS DIOS: ¡Por fin! Vamos, entonces.

WANG: No corre prisa. Hay tiempo de sobra. Primero habrá que acomodar la habitación.

TERCER DIOS: De acuerdo, nos sentamos aquí y esperamos.

WANG: Me parece que por aquí pasa demasiada gente. ¿No sería mejor que nos ubicáramos un poco más lejos?

SEGUNDO DIOS: Nos gusta observar a la gente que pasa. En realidad, para eso hemos venido.

WANG: Claro, pero aquí hay corriente de aire.

TERCER DIOS: Y este lugar, ¿te parece bien?

Se sientan en la escalinata de una casa más alejada. Wang se sienta en el suelo, a respetuosa distancia.

WANG (*decidiéndose a hablar*): Os alojaréis en casa de una muchacha que vive sola. Es la mejor alma de Se-Chuan.

TERCER DIOS: ¡Ah, magnífico!

WANG (*al público*): Hace un rato, cuando recogí el jarrito, me observaron de un modo extraño. ¿Habrán notado algo? No me atrevo a mirarlos a la cara.

TERCER DIOS: Pareces cansado.

WANG: Un poco. De tanto ir y venir.

PRIMER DIOS: ¿Es dura aquí la vida?

WANG: Para los buenos, sí.

PRIMER DIOS (*serio*): ¿Para ti también?

WANG: Comprendo lo que queréis decir. Yo no soy bueno. Pero tampoco para mí es fácil la vida.

Entretanto, ha aparecido un hombre frente a la casa de Shen-Te. Silba varias veces. Wang da un respingo a cada silbido.

TERCER DIOS (*en voz baja, a Wang*): Creo que ya se ha marchado.

WANG (*turbado*): Sí.

Se levanta y va corriendo hasta la casa de Shen-Te. Deja el carrito abandonado. Entretanto, el hombre que venía en busca de Shen-Te se ha marchado. La muchacha aparece en el umbral. Llama a media voz: "¡Wang!". Luego baja a la calle y lo busca. Cuando Wang llama en voz baja: "¡Shen-Te!", no obtiene respuesta.

WANG: ¡Me dejó plantado! Se habrá ido a ganar el dinero que necesita para pagar el alquiler, y yo me quedo otra vez sin alojamiento. ¡Oh!, no puedo volver otra vez con el mismo estribillo: "No encontré nada". ¿Ofrecerles la alcantarilla donde me tiendo por la noche? ¡Ni hablar siquiera! Además, ¿cómo van a aceptar algo de un vulgar tramposo como yo? Ni por todo el oro del mundo me atrevería a presentarme de nuevo ante ellos. Para colmo, dejé allí mis trastos. ¿Qué hacer? No tengo valor para ir a recogerlos. ¡Huiré de esta ciudad y me esconderé donde no puedan encontrarme, yo, que tanto los venero!

Sale corriendo. Apenas ha desaparecido, aparece Shen-Te, que busca a Wang en dirección contraria a aquella por dónde éste se ha marchado, y de pronto se encuentra con los dioses.

SHEN-TE: ¿Sois vosotros, ilustrísimos dioses? Me llamo Shen-Te. ¡Me haríais tan feliz si quisierais aceptar mí humilde morada!

TERCER DIOS: Pero ¿dónde se ha metido el aguador?

SHEN-TE: Tal vez nos hayamos cruzado en el camino sin vernos.

PRIMER DIOS: O habrá creído que no estabas en casa y no se atreve a presentarse ante nosotros.

TERCER DIOS (*toma el carrito del aguador*): Llevaremos esto a tu casa. Lo necesitará.

Precedidos de Shen-Te, entran en casa de ésta. Durante un breve lapso, el escenario queda a oscuras. Luego se ilumina poco a poco,

con una claridad indecisa. Es el alba. Los dioses salen de la casa. Shen-Te los guía con un farol en la mano. Se despiden.

PRIMER DIOS: Querida Shen-Te, estamos muy agradecidos por tu hospitalidad. No olvidaremos jamás que fuiste tú quien nos dio albergue en esta ciudad. Devuélvele sus enseres al aguador y dile que también le agradecemos su mediación. Gracias a él, conocimos a un alma buena.

SHEN-TE: Yo no soy buena. Debo confesaros una cosa. Cuando Wang vino a pedirme que os diera alojamiento, dudé unos instantes.

PRIMER DIOS: ¿Qué importa una duda, cuando se consigue vencerla? Tú nos has dado mucho más que un simple albergue para pasar la noche. Nos has devuelto la confianza en la bondad humana, de la que muchos dioses empezaban a desesperar. Este fue, precisamente, el principal motivo de nuestro viaje: encontrar un alma buena. Ahora que la hemos hallado, proseguimos gozosos nuestro camino. Hasta pronto.

SHEN-TE: Un momento, venerables dioses... es que no estoy segura de ser buena. Quisiera serlo de veras; pero entonces, ¿cómo arreglármelas para pagar el alquiler? No quiero ocultaros nada: vendo mi cuerpo para vivir y, aun así, apenas consigo ir tirando. ¡Somos tantas las que nos vemos obligadas a hacer lo mismo! Estoy llena de buenas intenciones, pero ¿quién no lo está? Me sentiría dichosa si pudiera cumplir los mandamientos, honrar a mi padre y a mi madre y no apartarme nunca de la verdad. Quisiera no tener que envidiar la casa ajena, ¡y qué placer sería amar y serle fiel a un solo hombre! No creáis que me agrada explotar al prójimo y despojar a los necesitados. Pero ¿qué puedo hacer? Aun faltando a esos mandamientos, apenas me alcanza para vivir.

PRIMER DIOS: Todo eso, Shen-Te, no es sino la incertidumbre de las almas buenas.

TERCER DIOS: Adiós, Shen-Te. Saluda al aguador de nuestra parte. Ha sido un buen amigo con nosotros.

SEGUNDO DIOS: Temo que le haya sucedido algo...

TERCER DIOS: ¡Ánimo!

PRIMER DIOS: Y sobre todo, Shen-Te, sé buena. Adiós.

Se vuelven mientras saludan con la mano y se disponen a partir.

SHEN-TE (*acongojada*): Pero no estoy segura de mí, venerables dioses. ¿Cómo se puede ser buena cuando todo está tan caro?

SEGUNDO DIOS: Desgraciadamente, no podemos hacer nada en ese sentido. Los asuntos económicos no son de nuestra incumbencia.

TERCER DIOS: ¡Un momento! ¡Esperad! Si le diéramos un poco de dinero, tal vez podría aliviar en algo su situación.

SEGUNDO DIOS: No podemos darle absolutamente nada. ¿Cómo vamos a justificar semejante gasto allá arriba?

PRIMER DIOS: ¿Por qué no?

Se reúnen los tres y discuten acaloradamente.

PRIMER DIOS (*turbado, a Shen-Te*): Sabemos que no tienes con qué pagar el alquiler. Como disponemos de medios, vamos a pagarte, naturalmente, el cuarto que ocupamos anoche. Toma. (*Le da dinero.*) Pero de esto, ni una palabra a nadie. No sea que lo interpreten mal.

SEGUNDO DIOS: ¡No me extrañaría!

TERCER DIOS: No hay ningún peligro. Tenemos derecho a pagar el alojamiento. Nada se opone a ello en nuestro convenio. ¡Adiós!

Salen los dioses apresuradamente.

I

UNA PEQUEÑA CIGARRERÍA

La instalación no está terminada y el negocio no se ha inaugurado todavía.

SHEN-TE (*al público*): Han pasado tres días desde que los dioses se marcharon dejándome dinero en pago de la noche que pasaron en mi casa. Al hacer el recuento de lo que me dieron, ¡me encontré con que eran más de mil dólares de plata! Con semejante suma pude comprar una cigarrería. Me instalé ayer y espero que podré hacer mucho bien. Sin ir más lejos, por ejemplo, la propia Señora Shin, la ex propietaria del negocio, vino ayer a pedirme arroz para sus niños. Y allí viene otra vez, cruzando la plaza con la olla en la mano.

Entra la Señora Shin. Las dos mujeres se saludan con mutuas reverencias.

SHEN-TE: Buenos días, Señora Shin.

SEÑORA SHIN: Buenos días, señorita Shen-Te. ¿Le gusta su nueva casa?

SHEN-TE: Mucho. Y sus niños, ¿cómo pasaron la noche?

SEÑORA SHIN: Figúrese, en una casa extraña... Si puede llamarse casa a esa cueva. El más pequeño ha empezado a toser...

SHEN-TE: ¡Qué desgracia!

SEÑORA SHIN: Usted no sabe todavía lo que es la desgracia. ¡Con la suerte que tiene! Pero ya le llegará el turno con esta tienducha. Este es un barrio miserable.

SHEN-TE: Usted me dijo que a mediodía vendrían los obreros de la fábrica de cemento, ¿verdad?

SEÑORA SHIN: Sí, pero salvo algunos, nadie compra, ni siquiera los vecinos.

SHEN-TE: Usted no me dijo nada de eso cuando me vendió el negocio.

SEÑORA SHIN: ¡No me venga ahora con reproches! Primero nos arroja de nuestro hogar a mí y a mis niños y luego se queja de que es una cueva, ubicada en un barrio de mendigos... ¡Es el colmo!

Llora.

SHEN-TE (*rápidamente*): En seguida le traigo el arroz.

SEÑORA SHIN: Quería pedirle que me prestara además un poco de dinero.

SHEN-TE: Me es imposible. Todavía no he vendido nada.

Llena con arroz la olla de la Señora Shin.

SEÑORA SHIN: Pero yo lo necesito. ¿De qué voy a vivir? Me ha quitado todo y ahora quiere estrangularme. Voy a traer aquí a mis hijos y se los dejaré en la puerta... ¡Asesina!

De un tirón le arranca la olla.

SHEN-TE: No se ponga así. Va a volcar el arroz.

Entran una pareja de edad y un hombre mal vestido.

LA MUJER: Oh, querida Shen-Te, nos hemos enterado de que te va muy bien y estás hecha una mujer de negocios. Nosotros, en cambio, nos hemos quedado sin techo. Tuvimos que liquidar nuestra cigarrería. Te suplicamos que nos dejes pasar aquí la noche. ¿Conoces a mi sobrino? Estaba con nosotros, y ahora no vamos a separarnos de él...

EL SOBRINO (*echando una ojeada en torno*): ¡No está mal el negocio!

SEÑORA SHIN: ¿Quién es esta gente?

SHEN-TE: Los primeros locadores que tuve cuando me marché del pueblo y vine a la ciudad. (*Al público.*) Cuando se me acabaron los ahorros, me echaron a la calle. Ahora tendrán miedo de que, no quiera recibirlos.

Son pobres,
No tienen casa
No tienen amigos
Necesitan ayuda.
¿Cómo puedo negársela?

(*A los recién llegados, cordialmente*):

¡Bienvenidos! Con mucho gusto les daré hospitalidad, pero sólo hay un cuarto en la trastienda.

EL MARIDO: Bastará, no te preocupes.

LA MUJER (*a Shen-Te, que les ofrece té*): Es preferible que nos instalemos en el fondo, así no seremos un estorbo para ti. Estoy segura de que compraste la cigarrería en recuerdo de tu primera casa en la ciudad, ¿no es cierto? Podremos darte algunos consejos... En parte, fue eso lo que nos decidió a venir.

SEÑORA SHIN (*irónica*): Esperemos que también vengan clientes.

LA MUJER: ¿Lo dice por nosotros?

EL MARIDO: ¡Chst! Ahí viene uno.

Entra un hombre en harapos.

EL DESARRAPADO: Perdón... me encuentro sin trabajo.

La Señora Shin ríe.

SHEN-TE: ¿En qué puedo servirle?

EL DESARRAPADO: Oí decir que inaugura mañana y pensé que podría darme algo... Como al desembalar siempre se estropean algunas cosas... Tal vez le sobre un cigarrillo...

LA MUJER: ¡Esto pasa de la raya! ¡Mendigar tabaco! Si por lo menos pidiera pan.

EL DESARRAPADO: El pan está demasiado caro. Con un par de pitadas soy otro hombre. No puedo más.

SHEN-TE (*le da algunos cigarrillos*): Convertirse en otro hombre es muy importante. Voy a inaugurar mi negocio con usted. Me dará suerte.

El desarrapado enciende en el acto un cigarrillo, aspira el humo y se marcha tosiendo.

LA MUJER: ¿Crees que hiciste bien, querida Shen-Te?

SEÑORA SHIN: Si empieza así, a los tres días no le quedará nada.

EL MARIDO: Apuesto lo que quieran a que tenía dinero.

SHEN-TE: Él dijo que no tenía.

EL SOBRINO: ¿Cómo sabe que no era una mentira?

SHEN-TE (*fastidiada*): ¿Y cómo sabe usted que no era verdad?

LA MUJER: (*meneando la cabeza*): ¡Ay!, Shen-Te, siempre la misma, incapaz de negar nada a nadie. Eres demasiado buena, pero si quieres conservar tu negocio tendrás que aprender a decir que no de cuando en cuando.

EL MARIDO: Podrías decir que eres una empleada, que el dueño es un primo tuyo, muy estricto en materia de cuentas. Después de todo, ¿por qué no?

SEÑORA SHIN: Me parece buena la idea, pero cuando uno quiere pasar por benefactora de la humanidad...

SHEN-TE (*riendo*): ¡Encima de todo, insultos! ¡Es lo único que faltaba! Pero tengan cuidado, no sea que los eche a la calle y los deje sin un grano de arroz.

LA MUJER (*asustada*): ¿El arroz también es tuyo?

SHEN-TE (*al público*):

Son malos,

Nadie quiere cultivar su amistad.

No regalarían ni un grano de arroz

Pues necesitan de todo.

¿Quién puede hacerles reproches?

Entra un hombrecito.

SEÑORA SHIN (*al verlo, se marcha a toda prisa*): Volveré por aquí mañana.

Sale.

HOMBRECITO (*gritando*): ¡Espere, Señora Shin! ¡A usted quería verla!

LA MUJER: ¿Viene a menudo esa mujer? ¿Tiene algún derecho sobre ti?

SHEN-TE: No tiene ningún derecho, pero tiene hambre, que es más que un derecho.

HOMBRECITO: Ésa sabe muy bien por qué se escapa. ¿Es usted la nueva dueña de la cigarrería? ¡Ah, conque ya está llenando las estanterías! Le advierto que no le pertenecen, a menos que me las pague. La gentuza que estaba antes que usted no me las pagó. (*A los demás.*) Sepan ustedes que soy el carpintero.

SHEN-TE: Yo creí que formaban parte de la instalación y pagué por todo el conjunto.

EL CARPINTERO: ¡Eso es una mentira, una vulgar mentira! La Shin la aleccionó, por supuesto, y ahora me viene con esas historias. Pero tendrá que pagarme mis cien dólares de plata, tan cierto como que me llamo Lin-To.

SHEN-TE: ¿Cómo voy a pagárselas si no me queda ni un centavo?

EL CARPINTERO: Entonces le embargo todo y lo mando a remate. Ahora mismo. O me paga inmediatamente o mando todo a remate.

EL MARIDO (*le sopla a Shen-Te*): ¡El primo!

SHEN-TE: ¿No podría concederme un mes de plazo?

EL CARPINTERO (*gritando*): ¡No!

SHEN-TE: No sea tan intransigente, señor Lin-To. No puedo hacer frente a todas mis deudas de golpe.

Al público:

Un poco de tolerancia y tus fuerzas se multiplicarán.

Si tu caballo se detiene para comer la hierba,

Aparta la mirada y tirará mejor.

Ten paciencia en junio, y en agosto verás

Inclinarse el albérchigo y brindarte sus frutos.

Si quieres convivir, aprende a esperar.

Una pequeña prórroga

Y no habrá meta que no puedas alcanzar.

(*Al carpintero:*) Tenga un poco de paciencia, señor Lin-To.

EL CARPINTERO: ¿Y quién tendrá paciencia conmigo y con mi familia? (*Aparta de la pared un estante como si fuera a llevárselo.*) O me paga o me llevo los estantes.

LA MUJER: Querida Shen-Te, ¿por qué no pones a tu primo en conocimiento de este asunto? (*Al carpintero.*) Y usted, deje anotado lo que se le debe, y el primo de la señorita Shen-Te le pagará.

EL CARPINTERO: Ya conozco a esa clase de primos.

EL SOBRINO: No se comporte como un tonto. Yo lo conozco personalmente.

EL HOMBRE: Es un hombre recto como una navaja.

EL CARPINTERO: Bueno, le haré la factura.

Coloca el estante en el suelo, se sienta encima y prepara la factura.

LA MUJER (*en voz baja a Shen-Te*): Ese hombre sería capaz de arrancarte la camisa por esos míseros tablones si no lo pones en su lugar desde el principio. No hagas caso de ningún reclamo, justificado o no, pues correrás el riesgo de verte aplastada bajo toda clase de reclamos, justificados o no. Si arrojas un pedazo de carne en el tacho de basura, al poco rato tendrás frente a tu puerta a todos los perros vagabundos del vecindario disputándose esos despojos. ¿Para qué están los tribunales?

SHEN-TE: Ha trabajado y no quiere marcharse con las manos vacías. Además, tiene que mantener una familia. No está bien que no pueda pagarle. ¿Qué van a decir los dioses?

EL HOMBRE: Ya cumpliste con tu deber cobijándonos bajo tu techo. Es más que suficiente.

Entran un rengo y una mujer embarazada.

EL RENGO (*a la pareja*): ¡Ah! ¡Con que estaban aquí! ¡Bonita manera de tratar a los parientes! Nos dejaron plantados en una esquina.

LA MUJER (*asiente, molesta*): Son mi hermano Wung y mi cuñada. (*A los recién llegados.*) Basta ya de gruñir. Siéntense en un rincón y quédense quietos para no molestar a nuestra vieja amiga, la señorita

Shen-Te (*A Shen-Te.*) Me parece que tendríamos que permitirles que se queden. Mi cuñada está en el quinto mes. A menos que no estés de acuerdo.

SHEN-TE: ¿Por qué no? ¡Bienvenidos!

LA MUJER: ¡Agradézcan! Las tazas están detrás de ustedes. (*A Shen-Te.*) No sabían adonde ir. ¡Menos mal que tienes este negocio!

SHEN-TE (*se dirige al público, riendo, mientras trae el té*): ¡Claro que menos mal!

Entra la propietaria de la casa, la señora Mi-Tzu, con un papel en la mano.

LA PROPIETARIA: Señorita Shen-Te, soy la señora Mi-Tzu, propietaria de este local. Espero que nuestras relaciones serán cordiales. Aquí le traigo el contrato de alquiler. (*Mientras Shen-Te lee el contrato.*) ¡Oh, qué hermoso el día en que se inaugura un pequeño negocio! ¿Verdad, estimados señores? (*Mira en torno.*) Veo algunos claros en las estanterías, pero no es nada, ya se irán llenando. ¿Podría proporcionarme algunas referencias tuyas?

SHEN TE: ¿Es necesario?

LA PROPIETARIA: ¡Imagínese! Yo no sé quién es usted.

EL HOMBRE: Nosotros podemos dar referencias de la señorita Shen-Te. La conocemos desde que llegó a esta ciudad. Pondríamos las manos en el fuego por ella en cualquier momento.

LA PROPIETARIA: ¿Quién es usted?

EL HOMBRE: Soy Ma-Fu, el vendedor de tabaco.

LA PROPIETARIA: ¿Dónde tiene su negocio?

EL HOMBRE: Por el momento no estoy instalado. Acabo de venderlo.

LA PROPIETARIA: ¡Ah! (*A Shen-Te.*) ¿Habrá alguna otra persona que pueda darme referencias de usted?

LA MUJER (*en voz baja a Shen-Te*): ¡El primo! ¡El primo!

LA PROPIETARIA: Si tiene interés en alquilar este local, tendrá que darme informes suyos. Ésta es una casa respetable. Le advierto desde ya que sin informes no hay contrato.

SHEN-TE (*lentamente, bajando la vista*): Tengo un primo.

LA PROPIETARIA: ¡Ah! ¿Tiene un primo? ¿En Se-Chuan? Podríamos ir a verlo en seguida. ¿Quién es?

SHEN-TE: No vive aquí. Reside en otra ciudad.

LA MUJER: En Shung, ¿no es así?

SHEN-TE: Es el señor Shui-Ta, de Shung.

EL HOMBRE: Entonces lo conozco. ¿No es uno alto, delgado?

EL SOBRINO (*al carpintero*): Usted también está en relaciones con el primo de la señorita Shen-Te. Por ese asunto de las estanterías...

EL CARPINTERO: Precisamente, estaba haciendo una factura para él. Aquí está. (*Se la entrega.*) Volveré por aquí mañana por la mañana.

Sale.

EL SOBRINO (*al carpintero, gritando, mientras mira de reojo a la propietaria*): ¡Quédese tranquilo, que el primo pagará!

LA PROPIETARIA (*mira severamente a Shen-Te*): Yo también tendré mucho gusto en conocerlo. Buenas tardes, señorita.

Sale.

LA MUJER (*después de una pausa*): ¡Estás perdida! Puedes tener la seguridad de que mañana por la mañana ya estará enterada de todo.

LA CUÑADA (*en voz baja, al sobrino*): ¡Esto no dura mucho!

Entra un anciano, conducido por un niño.

EL NIÑO (*para sí*): Ya me lo figuraba. Están aquí.

LA MUJER: Buenas tardes, abuelo. (*A Shen-Te.*) ¡Pobre viejo! ¡Lo que se habrá preocupado por nosotros! Y el chico, ¿te das cuenta cómo ha crecido? Devora como un ogro. ¿Vino alguien más con ustedes?

EL HOMBRE (*mirando hacia afuera*): La sobrina únicamente.

LA MUJER (*a Shen-Te*): Es una joven pariente que vino del campo. No seremos muchos, ¿verdad? Cuando nos conociste la familia no era tan numerosa, pero con el tiempo fue creciendo. Cuanto peor iban las cosas, más éramos, y cuanto más éramos, peor iban las cosas. Y ahora, echemos cerrojo a la puerta o no se podrá estar tranquilo en esta casa. (*Echa el cerrojo y todos se sientan.*) Lo esencial es que no te estorbemos en tu trabajo. Si no, no habrá lumbre en el fogón ni guiso en el fuego. Te propongo lo siguiente: durante el día la gente joven se marcha y quedan aquí el abuelo, la cuñada y yo, por supuesto. Los demás pasarán una o dos veces por día. ¿De acuerdo? Entonces, enciendan la lámpara y pónganse cómodos.

EL SOBRINO (*bromeando*): ¡Con tal de que el primo no se aparezca en mitad de la noche! El estricto señor Shui-Ta...

La cuñada ríe.

EL HERMANO (*tomando un cigarrillo*): ¡Uno más o menos, tanto da!

EL HOMBRE: ¡Naturalmente!

Todos se sirven cigarrillos y se ponen a juntar. El hermano hace circular un jarro de vino.

EL SOBRINO: ¡El primo pagará!

EL ABUELO (*serio, a Shen-Te*): ¡Buenas tardes!

Turbada por este saludo tardío, Shen-Te se inclina. En una mano tiene la jactara del carpintero y, en la otra, el contrato de alquiler.

LA MUJER: ¿Por qué no cantan algo para distraer a nuestra amiga?

EL SOBRINO: ¡Que comience el abuelo!

Cantan.

LA CANCIÓN DEL HUMO

EL ABUELO:

Antes de que los años blanquearan mi cabeza
Creí que al hombre honrado todo le era propicio.

Hoy sé que la honradez jamás conseguirá
Llenar el estómago hambriento de los pobres.
Por eso digo: ¡No sigas más!
¿Ves aquel humo gris
Remontarse hacia cielos cada vez más helados?
¡Ése es tu sino!

EL HOMBRE:

Cuando vi que los buenos eran despreciados,
Emprendí la marcha por la senda equivocada.
Pero ella nos conduce de caída en caída.
¿Qué hacer? ¿Quién nos indicará el camino?
Entonces digo: ¡No sigas más!
¿Ves aquel humo gris
Remontarse hacia cielos cada vez más helados?
¡Ése es tu sino!

LA SOBRINA:

Los viejos:—según dicen— no abrigan ya esperanzas,
El tiempo que mitiga, ese tiempo les falta.
Mas todas las puertas de par en par están abiertas
Para la juventud, abiertas —según dicen—
hacia el vacío.
Yo también digo: ¡No sigas más!
¿Ves aquel humo gris
Remontarse hacia cielos cada vez más helados?
¡Ése es tu sino!

EL SOBRINO: ¿De dónde sacaste ese vino?

LA CUÑADA: Empeñó la bolsa de tabaco.

EL HOMBRE: ¿Cómo? El tabaco era lo último que nos quedaba. Nunca nos atrevimos a tocarlo, ni siquiera para pagarnos una pieza. ¡Cerdo!

EL HERMANO: ¿Me tratas de cerdo porque mi mujer tiene frío? Tú también estás bebido. Dame el jarro inmediatamente.

Se pelean. Los estantes se desmoronan.

SHEN-TE (*suplicando*): ¡Tengan compasión del negocio, no lo destrocen! ¡Es un regalo de los dioses! Dispongan de todo lo que hay aquí, pero no lo rompan.

LA MUJER (*escéptica*): Es más pequeño de lo que creía, tu negocio. Me parece que hicimos mal en hablarles a la tía y a los demás. Si llegan a aparecerse por aquí, no se dónde vamos a meternos.

LA CUÑADA: Además, es evidente que nuestra amiga ya se ha enfriado bastante.

Afuera se oyen voces; llaman a la puerta.

VOCES: ¡Abran! ¡Somos nosotros!

LA MUJER: ¿Eres tú, tía? Y ahora, ¿qué hacemos?

SHEN-TE: ¡Ay, mi lindo local! ¡Adiós esperanzas! ¡Acabo de abrirlo y ya no es ni la sombra de lo que era! (*Al público:*)

El frágil barquichuelo
Se hundirá en el océano.
¡Tantos naufragos ávidos
Se aferran a sus bordes!

VOCES (*afuera*): ¡Abran!

INTERMEDIO BAJO UN PUENTE

A la orilla del río. El aguador está acurrucado.

WANG (*mirando en torno*): Todo está tranquilo. Hace ya cuatro días que permanezco oculto. Pero no me encontrarán. Estoy alerta. Cuando huí, a propósito tomé la misma dirección que ellos. El segundo día cruzaron el puente; oí sus pasos por encima de mí. Ya han de estar lejos, estoy salvado. (*Se tiende en el suelo y queda dormido. El talud se vuelve transparente y aparecen los tres dioses, Wang se cubre el rostro con el brazo como para defenderse.*) ¡No digáis nada, lo sé todo! ¡No encontré a nadie que quisiera recibirnos, nadie quiso abrirnos la puerta de su casa! Ya estáis enterados... Proseguid vuestro camino.

PRIMER DIOS: Estás en un error, encontraste a alguien. Luego de tu huida, alguien llegó. Alguien que nos brindó su casa por la noche, veló nuestro sueño y, al amanecer, nos alumbró el camino con una lámpara. Tu nos habías dicho: "es un alma buena", y era buena, en efecto.

WANG: ¡Cómo! ¿Shen-Te os recibió?

TERCER DIOS: ¡Por supuesto!

WANG: Y yo huí, hombre de poca fe. Pues pensaba: "No es posible que venga. Es demasiado pobre, no vendrá."

LOS DIOSSES:

¡Oh endeble criatura!

¡Hombre de buena fe, pero tan débil!

Crees que en la miseria no puede haber bondad,

Crees que no hay valor donde acecha el peligro.

¡Oh flaqueza que quiebra la bondad

en sus más tenues hilos!

¡Oh juicio apresurado, desesperanza frívola!

WANG: ¡Me avergüenzo de mí mismo, ilustres dioses!

PRIMER DIOS: Ahora, aguatero, nos harás un favor. Regresa inmediatamente a la ciudad, vé a ver cómo sigue Shen-Te y tráenos

noticias tuyas. Sabemos que consiguió salir de apuros. Según parece recibió algún dinerito con el cual compró un pequeño negocio. Por fin podrá seguir las inclinaciones de su buen corazón. Bríndale la oportunidad de que sea benevolente contigo, pues nadie puede ser bueno si no tiene con quién ejercitar su bondad. Nosotros proseguiremos nuestro viaje en busca de otras almas tan buenas como nuestra buen alma de Se-Chuan. Y así haremos callar a los maledicentes que pretenden que en este mundo no hay lugar para la bondad.

II

LA CIGARERRÍA

Se ve gente dormida en todos los rincones. La lámpara está encendida todavía. Llaman a la puerta.

LA MUJER (*se levanta, medio dormida*): ¡Shen-Te! ¡Están llamando!
¿Dónde se ha metido?

EL SOBRINO: Fue a buscar algo para el desayuno. ¡El primo pagará!

La mujer ríe y, con desgano, se dirige a la puerta. Entra un joven seguido por el carpintero.

EL JOVEN: Soy el primo.

LA MUJER (*como si cayera de las nubes*): ¿Cómo? ¿Quién?

EL JOVEN: Mi nombre es Shui-Ta.

LOS HUÉSPEDES (*sacudiéndose unos a otros*): ¡El primo! —¡Si todo fue una broma, no tiene ningún primo! — ¡Pues aquí hay uno que dice ser su primo! — ¡Es increíble, así, de pronto, y tan temprano!

EL SOBRINO: Si usted es el primo de la señorita Shen-Te, haga el favor de traernos algo para el desayuno, y dése prisa.

SHUI-TA (*apagando la lámpara*): Los primeros clientes no tardarán en llegar. Les ruego que se vistan de prisa para que pueda abrir mi negocio.

EL HOMBRE: ¿Su negocio? Yo creía que era el negocio de la señorita Shen-Te. (*Shui-Ta niega con la cabeza.*) ¿Cómo, no es de ella?

LA CUÑADA: ¡Nos engañó a todos! ¿Y se puede saber dónde está ahora?

SHUI-TA: Tenía que hacer varias diligencias. Me encargó que les informara que, ahora que yo estoy aquí, no podrá hacer nada más por ustedes.

LA MUJER (*turbada*): ¡Y nosotros que la habíamos tomado por una buena persona!

EL SOBRINO: ¡No le crean! Hay que buscar a Shen-Te.

EL HOMBRE: Sí, vamos a buscarla. (*Organiza la tarea.*) Tú, tú, tú y tú, iréis a buscarla por todas partes. Nosotros y el abuelo nos quedamos aquí para defender el fortín. Mientras tanto, que el chico nos traiga algo para desayunar. (*Al chico.*) ¿Ves la panadería de la esquina? Entrás con el mayor disimulo y te forras bien la blusa.

LA CUÑADA: No dejes de traer algunos bollitos bien dorados.

EL HOMBRE: Pero ten cuidado, que no te sorprenda el panadero. Y no vayas a dar en brazos de la policía.

El chico asiente con la cabeza y sale. Los demás terminan de vestirse.

SHUI-TA: ¿No han pensado que un robo en la panadería puede traerle dificultades a este negocio que les brindó asilo?

EL SOBRINO: No le hagan caso. Pronto encontraremos a Shen-Te y ya verán cómo lo pone de vuelta y media.

Salen el sobrino, el hermano, la cuñada y la sobrina.

LA CUÑADA: ¡Déjennos algo para el desayuno!

SHUI-TA (*sereno*): No la encontrarán. Mi prima lamenta, por supuesto, no poder respetar indefinidamente las reglas de la hospitalidad. Pero, por desgracia, son ustedes demasiados. Esto es una cigarrería y la señorita Shen-Te tiene que vivir de ella.

EL HOMBRE: Nuestra Shen-Te jamás hubiera tenido la desconsideración de hablarnos de ese modo.

SHUI-TA: Es muy posible. (*Al carpintero.*) La desgracia de esta ciudad es que la miseria es tan grande que una sola persona jamás conseguirá remediarla. ¡Ay! Nada ha cambiado desde hace más de mil años, cuando un poeta escribió aquellos versos:

En tu ciudad todos tiritan, Gobernador.
¿Qué hace falta para darles un poco de calor?
Una manta tan grande que mida diez mil pies
Y cubra todos los arrabales a la vez.

Se pone a ordenar el negocio.

EL CARPINTERO: Veo que está decidido a poner un poco de orden en los asuntos de su prima. Hay una cuentita pendiente que habrá que saldar. Por las estanterías. Son cien dólares de plata.

SHUI-TA (*en tono amistoso, mientras saca la factura del bolsillo*): ¿No le parece un poco exagerado, cien dólares de plata?

EL CARPINTERO: No. Y no puedo hacerle ninguna rebaja. Tengo mujer e hijos que mantener.

SHUI-TA (*duramente*): ¿Cuántos hijos?

EL CARPINTERO: Cuatro.

SHUI-TA: Bien, le ofrezco veinte dólares.

El hombre ríe.

EL CARPINTERO: ¿Se ha vuelto loco? Son estantes de roble.

SHUI-TA: Entonces puede llevárselos.

EL CARPINTERO: ¿Qué quiere decir?

SHUI-TA: Son demasiado caros para mí. Le ruego que retire esos estantes de roble.

LA MUJER: ¡Bien dicho!

Ríe.

EL CARPINTERO (*vacilando*): Exijo que se haga venir a la señorita Shen-Te. Es una persona mucho más tratable que usted.

SHUI-TA: No lo dudo. Por eso está arruinada.

EL CARPINTERO (*toma resueltamente un estante y lo lleva hacia la puerta*): Ya puede ir amontonando sus cajas de cigarros en el piso. Poco me importa.

SHUI-TA (*al hombre*): ¡Ayúdelo!

EL HOMBRE (*toma también un estante y lo lleva hacia la puerta*): ¡Bravo, fuera con las estanterías!

EL CARPINTERO: ¡Canallas! ¡Quieren matar de hambre a mi familia!

SHUI-TA: Por última vez, le ofrezco veinte dólares, y conste que es sólo para que la mercadería no se me quede tirada en el suelo.

EL CARPINTERO: ¡Cien dólares!

Shui-Ta mira impasible por la ventana. El hombre se dispone a sacar afuera las estanterías.

EL CARPINTERO (*al hombre*): ¡Por lo menos, tenga cuidado de no golpearla contra el dintel, imbécil! (*Desesperado.*) ¡Pero es que están hechas a medida! Son utilizables únicamente en esta pocilga. Si no, a mí estos tablones no me sirven para nada, señor.

SHUI-TA: Justamente. Por eso no le ofrezco más de veinte dólares, porque para otra parte no le sirven.

La mujer se retuerce de placer.

EL CARPINTERO: No tengo ánimo para seguir discutiendo. Quédese con las estanterías y págume lo que quiera.

SHUI-TA: Veinte dólares de plata.

Pone sobre la mesa dos pesadas monedas de plata. El carpintero las recoge y se las lleva.

EL HOMBRE (*vuelve a colocar las estanterías en su lugar*): ¡Es bastante por unos cuantos tablones inservibles!

EL CARPINTERO: Sí, tal vez baste para emborracharme.

Sale.

EL HOMBRE: Uno menos. Buen trabajito.

LA MUJER (*llorando de risa y secándose los ojos*): "Son de roble". "Entonces lléveselos." "Cien dólares de plata." "Pero no me sirven para nada." "Justamente. Veinte dólares de plata." Así hay que tratar a tipos como ése.

SHUI-TA: Sí, así hay que tratarlos. (*Serio.*) Y ustedes, fuera de aquí.

EL HOMBRE: ¿Nosotros?

SHUI-TA: Ustedes, sí, que son unos ladrones y unos parásitos. Si se marchan ahora mismo, sin entrar en mayores discusiones, tal vez puedan evitarse muchos disgustos.

EL HOMBRE: Lo mejor será no contestarle. Es muy malsano gritar con el estómago vacío. ¿Dónde se habrá metido el chico?

SHUI-TA: Es cierto. ¿Dónde se habrá metido? Ya les advertí que no quiero tortas robadas en mi negocio. (*Grita de pronto.*) Por última vez: ¡largo de aquí!

Nadie se mueve.

SHUI-TA (*recuperando la calma*): Como quieran.

Se dirige a la puerta y hace una profunda reverencia. En el umbral aparece un policía.

SHUI-TA: Supongo que tengo ante mí al funcionario encargado de la vigilancia de este barrio.

POLICÍA: El mismo, señor...

SHUI-TA: Shui-Ta. (*Se sonríen.*) Hoy tenemos buen tiempo.

EL POLICÍA: Un poco caluroso quizá.

SHUI-TA: Sí, quizá un poco caluroso.

EL HOMBRE (*en voz baja, a la mujer*): Si siguen parloteando hasta que vuelva el chico estamos perdidos.

Trata de hacerle señas a Shui-Ta sin ser visto por el policía.

SHUI-TA (*sin hacerle caso*): Todo depende del lugar en donde uno se encuentre: es muy distinto estar adentro, en un sitio fresco, que en la calle, en medio del polvo.

EL POLICÍA: Muy distinto.

LA MUJER: Quédate tranquilo. El chico no va a entrar si ve que hay un policía en la puerta.

SHUI-TA: ¿Por qué no pasa? Está mucho más fresco aquí. Mi prima y yo hemos abierto este negocio y me permito decirle que deseamos mantener las mejores relaciones con las autoridades.

EL POLICÍA (*entrando*): Es usted muy amable, señor Shui-Ta. Sí, es verdad que aquí está mucho más fresco.

EL HOMBRE (*en voz baja*): Lo hizo pasar a propósito, para que el chico no lo vea el llegar.

SHUI-TA : Son unos invitados. Conocían a mi prima de vista y como estaban de paso por la ciudad vinieron a saludarla. (*Saludos mutuos.*) Precisamente, se estaban despidiendo.

EL HOMBRE (*con voz ronca*): Bueno, entonces nos marchamos.

SHUI-TA: Le diré a mi prima que le agradecen la hospitalidad que les brindó anoche, pero que no tienen tiempo de esperar a que regrese.

Desde la calle llegan rumores y gritos: "¡Al ladrón!"

EL POLICÍA: ¿Qué sucede?

Aparece el chico en el umbral. De su blusa caen algunos bollos y masitas. La mujer le hace ademanes desesperados para que se vaya. El chico da media vuelta y se dispone a marcharse.

EL POLICÍA: ¡Alto ahí! (*Lo agarra del brazo.*) ¿De dónde sacaste esas masitas?

EL CHICO: De enfrente.

EL POLICÍA: Con que robadas, ¿eh?

LA MUJER: Nosotros no sabíamos nada. Son cosas de él. ¡Sinvergüenza!

EL POLICÍA: Señor Shui-Ta, ¿podría usted explicarme lo ocurrido?

Shui-Ta guarda silencio.

EL POLICÍA: Bueno, entonces todos a la comisaría.

SHUI-TA: Lamento infinitamente que haya sucedido semejante cosa en mi local.

LA MUJER: ¡Él también sabía adónde iba el chico!

SHUI-TA: Puede tener la seguridad, señor agente, de que si hubiera deseado encubrir este robo no lo hubiera invitado a entrar.

EL POLICÍA: Es lógico. Y usted comprenderá también, señor Shui-Ta, que me veo en la obligación de llevarme a esta gente. (*Shui-Ta se inclina.*) Y ustedes, ¡andando!

Los empuja hacia afuera.

EL ABUELO (*solemne, desde el umbral*): Muy buenos días.

Entra la propietaria.

LA PROPIETARIA: ¡Así que usted es el famoso primo! ¿Se puede saber qué significa todo esto? ¡La policía deteniendo gente aquí, en mi propia casa! ¿Cómo se atreve su prima a convertir mi local en un conventillo? Claro, esas son las consecuencias de introducir en la casa de uno a gente que un día antes vivía en un cuartucho de mala muerte y mendigaba un mendrugo en la panadería de la esquina. Como ve, estoy al tanto de todo.

SHUI-TA: Sí, ya veo que le han hablado mal de mi prima. ¿Y de qué se la acusa, al fin de cuentas? De haber pasado hambre. ¿Quién no sabe que vivía en la miseria? Por eso se hizo la peor de las reputaciones: la de ser pobre.

LA PROPIETARIA: Era una vulgar...

SHUI-TA: Indigente. Llamemos a las cosas por su nombre.

LA PROPIETARIA: ¡Oh, por favor, no me venga con sensiblerías! Estoy hablando de su conducta, no de sus recursos. Por otra parte no creo que le hayan faltado; la prueba evidente es este negocio. Supongo que se lo habrán financiado algunos señores mayores... ¿Cómo se consigue, si no, instalar un negocio como éste? Esta es una casa respetable, señor. Las personas que me pagan el alquiler no desean vivir bajo el mismo techo que una mujer de esa calaña. No soy un monstruo, pero debo tener en cuenta la opinión de los demás.

SHUI-TA (*frío*): Señora Mi-Tzu, tengo mucho que hacer. Dígame cuánto nos va a costar el alquiler en esta respetable casa.

LA PROPIETARIA: Hay que confesar que desparpajo no le falta.

SHUI-TA (*saca el contrato de un cajón del mostrador*): El alquiler es muy alto. Según el contrato, veo que hay que pagarlo mensualmente.

LA PROPIETARIA (*vivamente*): No la gente como su prima.

SHUI-TA: ¿Qué quiere decir?

LA PROPIETARIA: Quiero decir que la gente como su prima debe pagarlo por semestre adelantado, o sea doscientos dólares de plata.

SHUI-TA: ¡Doscientos dólares! ¡Pero eso es una exacción! ¿De dónde quiere que los saque? Aquí no voy a hacer grandes ventas. Mi única esperanza son las obreras de la fábrica de cemento, las que cosen las bolsas. Oí decir que fuman mucho porque el trabajo es agotador. Pero al mismo tiempo ganan poco.

LA PROPIETARIA: ¡Haberlo pensado antes!

SHUI-TA: ¡Señora Mi-Tzu, tenga un poco de corazón! Es verdad que mi prima ha cometido la falta imperdonable de dar asilo a todos esos desdichados. Pero le aseguro que es capaz de enmendarse, y yo me comprometo a enmendarla. Además, ¿puede haber inquilino mejor que aquel que ha conocido la miseria y acaba de salir de ella? Trabaja hasta gastarse la punta de los dedos para pagarle puntualmente el alquiler. Hará cualquier cosa, lo sacrificará todo, nada la arredrará, y al mismo tiempo será humilde como un ratoncillo e inofensiva como una mosca. Se someterá a todo lo que usted le pida con tal de no tener que volver allí de donde consiguió salir. Un inquilino semejante vale más que su peso en oro.

LA PROPIETARIA: Doscientos dólares por adelantado, o que vuelva al arroyo.

Entra el policía.

EL POLICÍA: No se moleste, señor Shui-Ta.

LA PROPIETARIA: Decididamente, la policía manifiesta un interés especial por esta cigarrería.

EL POLICÍA: Señora Mi-Tzu, no quisiera que se llevara una impresión equivocada de las cosas. El señor Shui-Ta nos ha prestado un servicio y venía sencillamente a agradecerse en nombre de la policía.

LA PROPIETARIA: ¡Bah! Eso no es asunto mío. Espero, señor Shui-Ta, que mi propuesta sea del agrado de su prima. Me gusta estar en buenos términos con mis inquilinos. Buenos días, señores.

Sale.

SHUI-TA: Buenos días, señora Mi-Tzu.

EL POLICÍA: ¿Tiene usted alguna dificultad con la señora Mi-Tzu?

SHUI-TA: Pretende cobrar el alquiler por adelantado, con el pretexto de que mi prima no le parece una persona respetable.

EL POLICÍA: ¿Y usted no tiene dinero? (*Shui-Ta calla.*) ¡Pero a un hombre como usted, señor Shui-Ta, no le será difícil conseguir que le abran crédito!

SHUI-TA: A un hombre como yo, tal vez. Pero, ¿y a una mujer como Shen-Te?

EL POLICÍA: ¿No piensa usted quedarse?

SHUI-TA: No, y no creo que vuelva. Lo único que pude hacer fue darle una mano a mi prima mientras estaba de paso por aquí y evitarle mayores riesgos. Pero de ahora en adelante sólo podrá contar con ella misma. Y entonces, ¿qué pasará? Me lo pregunto con verdadera inquietud.

EL POLICÍA: Señor Shui-Ta, no se imagina cuánto lamento que se encuentre en semejantes dificultades. Debo confesarle que, al principio, este negocio no nos inspiró mucha confianza, pero después su actitud resuelta nos demostró qué clase de persona es usted. Nosotros, los representantes de la autoridad, sabemos apreciar inmediatamente a los defensores del orden público.

SHUI-TA (*con amargura*): Para salvar este negocio, que mi prima considera un regalo de los dioses, estaría dispuesto a llegar a los límites más extremos, dentro de lo que está permitido por la ley. Pero la dureza y la astucia sólo sirven para dominar a los que están abajo. Los límites han sido trazados con mucha sutileza. Me encuentro en la misma situación de aquel hombre que después de haberse librado de las ratas, advirtió que estaba frente a un río infranqueable. (*Tras una breve pausa.*) ¿Fuma?

EL POLICÍA (*tomando dos cigarrillos*): En la comisaría sentiremos mucho que no pueda quedarse entre nosotros, señor Shui-Ta. Pero debe también tratar de comprender a la señora Mi-Tzu.

Shen-Te, hablemos sin rodeos, se ganaba la vida vendiendo su cuerpo a los hombres. Usted me dirá: ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo iba a pagar, por ejemplo, el alquiler? Pero los hechos son innegables: no es una profesión respetable. ¿Por qué? Primero: porque el amor no es una mercancía, o bien se trata de un amor venal. Segundo: porque el amor es respetable, pero no con quien lo paga, sino con quien lo comparte. Tercero: porque está bien entregarse, pero, como dice el refrán, "no por un puñado de arroz, sino por amor". De acuerdo, me contestará usted. Pero, ¿para qué sirven estas reflexiones prudentes cuando la leche ya se ha derramado? ¿Qué puede hacer Shen-Te? ¿Cómo conseguirá el dinero para pagar los seis meses adelantados? Señor Shui-Ta, debo confesarle que lo ignoro. (*Medita profundamente.*) Se me ocurre una idea, señor Shui-Ta. ¡Búsquele un marido!

Entra una anciana.

LA ANCIANA: Desearía un cigarro que sea bueno y no muy caro, para mi marido. Mañana hará cuarenta años que nos casamos y vamos a festejarlo.

SHUI-TA (*cortés*): ¡Cuarenta años y lo festejan todavía!

LA ANCIANA: ¡Mientras tengamos los medios! El negocio de alfombras de enfrente es nuestro. Espero que seamos buenos vecinos, los tiempos están muy duros.

SHUI-TA (*le muestra varias cajas*): Temo que no haya mucho surtido.

EL POLICÍA: Señor Shui-Ta, necesitamos un capital. Para conseguirlo, lo mejor será concertar una boda.

SHUI-TA (*a la anciana, disculpándose*): Estoy tan preocupado con mis problemas personales que, involuntariamente, se los he contagiado al señor agente.

EL POLICÍA: Ya que no disponemos del dinero para pagar los seis meses de alquiler, consigámoslo por medio de un buen casamiento.

SHUI-TA: No creo que sea muy fácil.

EL POLICÍA: ¿Por qué no? La muchacha es un buen partido. Tiene un negocio que está en plena marcha. (*A la anciana.*) ¿Qué opina usted?

LA ANCIANA (*indecisa*): Pues...

EL POLICÍA: ¡Ya sé! Un aviso en el diario.

LA ANCIANA: Si la señorita no se opone.

EL POLICÍA: ¿Por qué va a oponerse? Yo se lo redacto. Nobleza obliga. No vayan ustedes a figurarse que las autoridades permanecen insensibles ante las penurias de los pequeños comerciantes que deben luchar para vivir. Ustedes nos dan una mano y nosotros les ayudamos a redactar un aviso matrimonial. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Saca diligente una libretita, humedece la punta de su lápiz y comienza a escribir.

SHUI-TA (*lentamente*): No es mala la idea.

EL POLICÍA: "Con fines matrimoniales... deseo conocer... señor serio... puede ser viudo... con pequeño capital... interesado en compartir... cigarrería floreciente." Y agregamos: "Soy simpática... muy buena presencia." ¿Estamos?

SHUI-TA: Si no le parece exagerado.

LA ANCIANA (*amable*): De ninguna manera. Yo la conozco.

El policía arranca la hoja de su libreta y se la tiende a Shui-Ta.

SHUI-TA: Veo con terror cuánta suerte hace falta para que no le aplaste a uno la rueda de la vida. ¡Cuánto ingenio! ¡Cuántos amigos! (*Al policía.*) Yo, por ejemplo, me encontraba desorientado, buscaba en vano una solución para pagar el alquiler del negocio. Y entonces llegó usted y me ayudó con un buen consejo. Ahora sí que veo una salida.

III

ATARDECER EN EL PARQUE

Un joven mal vestido sigue con la mirada a un avión que aparentemente describe una curva muy alta en el cielo. Saca una cuerda del bolsillo y examina los alrededores con la mirada. Se dirige a un alto sauce en el momento en que pasan dos prostitutas por el camino. Una de ellas es una mujer de bastante edad; la otra es la sobrina, uno de los miembros de la familia que se alojó en casa de Shen-Te.

LA JOVEN: Buenas tardes, buen mozo. ¿Vienes conmigo, encanto?

SUN: Iré, señoras, si me compran algo para comer.

LA VIEJA: ¡Tú estás mal de la cabeza! *(A la joven.)* Vamos, con éste perdemos el tiempo. Es ese aviador que está sin trabajo.

LA JOVEN: Nadie va a quedarse en el parque. Está por llover.

LA VIEJA: ¡Quién sabe!

Se alejan. Después de mirar en torno, Sun desenrolla la cuerda y la engancha en una rama del sauce. Lo interrumpen nuevamente las dos prostitutas que avanzan rápidamente sin verlo.

LA JOVEN: ¡Va a caer un chaparrón!

Aparece Shen-Te en el sendero.

LA VIEJA: ¡Mira, allí viene esa bruja!. A ella le deben tú y los tuyos todas las desdichas que han sufrido.

LA JOVEN: No, a ella no. La culpa de todo la tiene el primo. Ella nos recibió en su casa y, después, hasta se ofreció a pagar las masitas ro-badas. No tengo nada que reprocharle.

LA VIEJA: Pues yo sí. (*En voz muy alta.*) ¡Mira, ahí está nuestra ex compañera, la nueva rica! Parece que no le basta con tener un negocio, también quiere quitarnos los clientes.

SHEN-TE: ¡No saques los dientes! Voy a la casa de té que está junto al estanque.

LA JOVEN: ¿Es cierto que te casas con un viudo, padre de tres hijos?

SHEN-TE: Es cierto, justamente iba a encontrarme con él.

SUN (*impaciente*): ¿Van a largarse de aquí de una vez por todas? ¿Es que no hay modo de tener un minuto de paz en alguna parte?

Las dos prostitutas se dejan.

SUN (*gritándoles*): ¡Buitres! (*Al público.*) No se cansan de perseguir a sus víctimas hasta los lugares más ocultos. Son capaces de hostigar al candidato entre los matorrales y hasta bajo la lluvia.

SHEN-TE (*indignada*): ¿Por qué las insulta? (*Advierte la cuerda.*) ¡Oh!

SUN: ¿Qué miras?

SHEN-TE: ¿Para qué es esa cuerda?

SUN: Vamos, hermana, déjame tranquilo. No tengo dinero, no tengo nada, ni un centavo. Y aunque lo tuviera no me lo gastaría en ti, sino en comprarme un vaso de agua.

Empieza a llover.

SHEN-TE: ¿Para qué está ahí esa cuerda? ¡Usted no tiene derecho!

SUN: ¿Y a ti qué te importa? ¡Fuera de aquí!

SHEN-TE: Está lloviendo.

SUN: No se te ocurra resguardarte bajo esté árbol.

SHEN-TE (*inmóvil bajo la lluvia*): No.

SUN: Créeme, hermana, no ganarás nada con quedarte aquí. Conmigo no harás negocios. Además, eres demasiado fea para mí, tienes las piernas torcidas.

SHEN-TE: No es verdad.

SUN: No me las muestres. ¡Al diablo! Ven aquí, bajo este árbol, te vas a empapar...

Shen-Te se dirige lentamente hacia el árbol y se sienta.

SHEN-TE: ¿Por qué quiere... hacer eso?

SUN: ¿Te interesa saberlo? Te lo voy a decir: para no verte más. *(Pausa.)* ¿Sabes lo que es un aviador?

SHEN-TE: Sí, una vez vi a varios en una casa de té.

SUN: No, no viste a ninguno. A lo sumo, habrás visto a un par de cretinos pretenciosos pavoneándose con sus cascos de cuero, incapaces de "oír" un motor, incapaces de "sentir" una máquina. Si consiguen subir a un avión, es porque han sobornado al encargado del hangar. Dile a algunos de éstos que ascienda a 2.000 pies de altura, que luego deje caer el aparato a través de las nubes y lo enderece de un solo golpe de palanca. ¿Sabes lo que te contestará? "Eso no figura en el contrato." Si al aterrizar no posas tu avión en tierra como si fuesen tus propias asentaderas, no eres un aviador, eres un imbécil. Yo sí que soy aviador. Pero al mismo tiempo soy el mayor de los imbéciles. Mientras estudiaba en la escuela de Pekín no dejé de leer un solo libro de aeronáutica, pero me salté una página, justamente aquella en que se advertía que hay exceso de aviadores. Por eso soy un aviador sin avión, un piloto postal sin correo. ¡Pero qué puedes comprender tú de todo esto!

SHEN-TE: Creo que puedo comprenderlo.

SUN: No, si te digo que no puedes comprender es que no puedes comprender.

SHEN-TE *(entre risas y lágrimas)*: Cuando éramos niños, había en casa una grulla que tenía un ala rota. Era muy buena con nosotros y no se enojaba cuando le hacíamos bromas. Nos seguía a todas partes pavoneándose y gritándonos, para que no corriéramos tan ligero. Pero en otoño, y también en primavera, cuando densas bandadas de grullas surcaban el cielo de la aldea, ¡le entraba un desasosiego! Y yo comprendía por qué.

SUN: No lloriquees así.

SHEN-TE: No.

SUN: Hace mal al cutis.

SHEN-TE: Ya no lloro.

Se seca las lágrimas con la manga. Sun, apoyado en el árbol, y sin volverse hacia ella, le toca el rostro.

SUN: Ni siquiera sabes secarte la cara como es debido. (*Se la seca con un pañuelo. Pausa.*) Ya que estás decidida a quedarte para que no me cuelgue, abre la boca por lo menos.

SHEN-TE: No sé qué decir.

SUN: ¿Por qué te empeñas en que no me cuelgue de esa rama, hermana?

SHEN-TE: Tengo miedo. Estoy segura de que si usted quiere hacerlo es solamente porque la tarde de hoy es tan triste.

Al público:

En nuestro país
No deberían existir atardeceres tristes
Ni puentes arqueados que crucen los ríos
Ni esa hora incierta en que la noche se funde
en la mañana
Ni tan largos inviernos... ¿pues qué son,
sino nefastas tentaciones?
En medio de tanta miseria
Basta una gota que colme la medida
Para que el hombre ponga fin a esta vida imposible.

SUN: Háblame de ti.

SHEN-TE: ¿De mí? Bueno, tengo un pequeño negocio.

SUN (*burlón*): ¡Ah! ¿Con que tienes un negocio? ¡Y yo que creí que hacías la calle!

SHEN-TE (*con firmeza*): Ahora tengo un negocio, pero antes hacía la calle.

SUN: Y el negocio, me imagino que te habrá caído del cielo.

SHEN-TE: Sí.

SUN: Una hermosa tarde aparecieron los dioses y te dijeron: Toma este dinero.

SHEN-TE (*riendo suavemente*): Fue una mañana.

SUN: No se puede decir que seas muy comunicativa.

SHEN-TE (*después de una pausa*): Sé tocar la cítara, un poco, e imitar a la gente. (*Fingiendo voz de bajo, imita a un hombre importante.*) "¡Cómo es posible! ¡Debo haber olvidado la billetera!" Y ahora tengo un negocio. Lo primero que hice fue deshacerme de mi cítara. "Ahora, pensé, puedo darme el lujo de quedarme callada como una piedra, ya no tiene importancia."

Y dije: Ahora soy rica,
Sola voy y sola duermo.
Durante todo un año, dije,
No tendré relación con hombre alguno.

SUN: Pero ahora vas a casarte. Con el de la casa de té que está a la orilla del estanque.

Shen-Te calla.

SUN: ¿Qué sabes realmente del amor?

SHEN-TE: Todo.

SUN: Nada, hermana. ¿Era agradable, aquello?

SHEN-TE: No.

SUN (*sin volverse hacia ella le acaricia el rostro*): Y esto, ¿es agradable?

SHEN-TE: Sí.

SUN: Eres fácil de contentar. ¡Oh, qué ciudad!

SHEN-TE: ¿No tiene ningún amigo?

SUN: Montones. Pero ninguno que me tome en serio cuando les confieso que sigo sin empleo. ¡Hay que ver la cara que ponen! Exactamente como si oyeran a alguien quejarse de que en el mar todavía hay agua. Y tú, ¿tienes algún amigo?

SHEN-TE (*vacilando*): Un primo.

SUN: Desconfía de él.

SHEN-TE: Vino a verme una sola vez. Ahora se ha marchado y no creo que vuelva. Pero, ¿por qué habla usted con tanta desesperación? Dicen que hablar sin esperanza es hablar sin bondad.

SUN: ¡Sigue hablando! Una voz es siempre una voz.

SHEN-TE (*con calor*): Por grande que sea la miseria, siempre hay hombres de buen corazón. Un día, cuando era niña, me caí llevando un fardo de leña. Pasó un viejo, me ayudó a levantarme y hasta me regaló un trozo de queso. Muchas veces pienso en aquel episodio. Los que tienen menos son siempre los que dan más. A la gente le gusta demostrar lo que es capaz de hacer. ¿Y cómo demostrarlo mejor que siendo bueno? La maldad no es más que una especie de ineptitud. Cantar una canción, construir una máquina, sembrar arroz: en el fondo, eso es ser bueno. Y usted también es bueno.

SUN: Si la bondad fuera como tú dices, no costaría mucho ser bueno.

SHEN-TE: Acabo de sentir una gota de lluvia.

SUN: ¿Dónde?

SHEN-TE: Entre los ojos.

SUN: ¿Hacia el ojo derecho o hacia el ojo izquierdo?

SHEN-TE: Hacia el izquierdo.

SUN: Bueno. (*Tras una pausa, soñoliento.*) ¿Así que terminaste con los hombres?

SHEN-TE (*riendo*): ¿No era que yo tenía las piernas torcidas?

SUN: Tal vez no.

SHEN-TE: Seguro que no.

SUN (*cansado, se apoya en el árbol*): Pero como hoy no he bebido ni una gota de agua y hace ya dos días que no como, no creo que podría hacerte el amor, aunque lo quisiera.

SHEN-TE: Se está bien bajo la lluvia.

Llega Wang, el aguatero. Canta.

CANCIÓN DEL AGUATERO BAJO LA LLUVIA

Traigo agua para vender
Y la lluvia cae sobre mí.
¡Ah! Con cuánto esfuerzo conseguí Este poquito de agua para
beber.
Y aunque grito con furor: ¡Compradme agua!
Ninguna voz a mi grito responde.
¿No habrá nadie que acuda sediento
Y me la pague y se embriague con ella?
(¡Compradme agua, perros malditos!)
¡Si pudiera tapar ese agujero!
Hace poco soñé que la sequía
Siete años duraba
Y gota a gota el agua yo medía.
¡Dame agua!, la gente gritaba.
Pero yo, antes de darles de beber
Les miraba la facha
Para ver si me gustaba. (Los muy perros,
¡cómo se morían de sed!)
Ávidos como la hierba seca
Prendidos a las ubres de las nubes
Saciáis hoy vuestra sed

Sin preguntar cuál es el precio.
Y yo grito: ¡Compradme agua!
Pero ninguna voz a *mi* grito responde.
¿No habrá nadie que acuda sediento
Y me la pague y se embriague con ella?
(¡Compradme agua, perros malditos!)

Ha dejado de llover. Shen-Te ve a Wang y corre hacia él.

SHEN-TE: ¡Ah, Wang! ¿Ya estás de vuelta? He reservado en casa un lugar para tu carrito.

WANG: Te agradezco que me lo hayas guardado. ¿Cómo te encuentras, Shen-Te?

SHEN-TE: Bien. Acabo de conocer a un hombre muy inteligente y muy audaz. Quiero comprarte un vaso de agua.

WANG: Echa la cabeza hacia atrás, abre la boca, y tendrás toda el agua que desees. Mira el sauce, todavía chorrea.

SHEN-TE:

Pero es tu agua la que quiero, Wang.
La que de lejos traes,
La que tantos esfuerzos te costó,
La que ya no podrás vender, porque cae la lluvia...
La quiero para este señor que ves aquí,
Este señor que es aviador. El aviador
Es el más audaz de todos los hombres.
Compañero de las nubes
Desafía las peores tormentas
Y surca los cielos llevando
A desconocidos de lejanas tierras
El fraternal correo.

Paga y corre hacia Sun con el vaso de agua.

SHEN-TE (*llama a Wang, riendo*): Se quedó dormido. La desesperación, la lluvia y yo lo hemos fatigado.

INTERMEDIO

Albergue nocturno de Wang en una alcantarilla. El aguatero duerme. Música. La alcantarilla se vuelve transparente y los dioses se presentan ante Wang dormido.

WANG (*radiante*): ¡La he visto, ilustres dioses, y no ha cambiado nada!

PRIMER DIOS: Nos alegramos mucho.

WANG: Está enamorada. Conocí a su amigo. Todo marcha a la perfección.

PRIMER DIOS: Mejor así. Esperemos que se sienta reconfortada para seguir por el camino del bien.

WANG: De eso no cabe duda. Hace toda clase de favores, en la medida de sus posibilidades, naturalmente.

PRIMER DIOS: ¿Qué favores? A ver, cuéntame un poco, querido Wang.

WANG: Pues... siempre encuentra una palabra amable para cada uno.

PRIMER DIOS (*ávidamente*): Muy bien, ¿y qué más?

WANG: Es raro que alguien salga de su negocio sin un poco de tabaco, aunque no pueda pagarlo.

PRIMER DIOS: No está mal. ¿Qué otra cosa?

WANG: Alojó en su casa a una familia de ocho personas.

PRIMER DIOS (*triumfante, al Segundo dios*): ¡Ocho personas! (*A Wang.*) ¿Algo más? ¡Vamos, piensa bien!

WANG: Sí, me compró un vaso de agua en plena lluvia.

PRIMER DIOS: Claro, las pequeñas dádivas de la beneficencia. Ya lo daba por descontado.

WANG: No creáis, todo eso le cuesta dinero. Un negocio pequeño como el de ella no reporta mucho.

PRIMER DIOS: ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Pero también es cierto que un buen jardinero hace maravillas en un minúsculo cuadrado de tierra.

WANG: Es justamente lo que hace ella. Todas las mañanas reparte arroz, y os aseguro que sólo en eso se le va la mitad de las ganancias.

PRIMER DIOS (*vagamente decepcionado*): No tengo nada que objetar. Por tratarse de un comienzo, no se puede estar descontento.

WANG: No debéis olvidar que los tiempos no son del todo propicios. Una vez tuvo tantos disgustos con el negocio que se vio obligada a recurrir a un primo suyo.

Apenas descubierto el refugio que protege del viento
De todos los rincones del cielo invernal
Acuden bandadas de pájaros desgreñados.
Y mientras el zorro hambriento
Roe el delgado muro, un lobo cojo
La escudilla derrama.

En resumen, que no sabía cómo hacer para enfrentar tantas dificultades. Pero todos concuerdan en que es una buena muchacha. ¡Con decirnos que la llaman "el ángel de los suburbios"! Tanto es el bien que prodiga desde su pequeña cigarrería. Y que el carpintero Lin-To diga lo que quiera.

PRIMER DIOS: No te comprendo. ¿Es que el carpintero Lin-To habla mal de ella?

WANG: ¡Bah! No tiene importancia. Anda diciendo que no le pagaron lo que correspondía por las estanterías.

SEGUNDO DIOS: ¡Cómo! ¿No le pagaron al carpintero? ¿En el propio negocio de Shen-Te? Y ella, ¿cómo pudo permitir semejante cosa?

WANG: Supongo que no tendría dinero.

SEGUNDO DIOS: Ésa no es una excusa. Lo que se debe hay que pagarlo. Es necesario evitar hasta las apariencias de la injusticia, y cumplir los mandamientos, respetando primero la letra y después el espíritu.

WANG: ¡Pero no fue ella, ilustre Señor, fue su primo!

SEGUNDO DIOS: Entonces ese primo no volverá a cruzar el umbral del negocio.

WANG: Comprendo, Señor. Pero permitidme que os diga, en descargo de Shen-Te, que el primo en cuestión parece ser un hombre de negocios muy respetable. Hasta la policía lo aprecia.

PRIMER DIOS: Está bien, no vamos a condenarlo sin escucharlo primero. Debo confesar que en materia de negocios no entiendo nada. Habrá que informarse un poco de los usos y costumbres. Pero me pregunto, ¿son indispensables los negocios? En estos tiempos, todo el mundo se pasa la vida haciendo negocios. ¿Hacían negocios los Siete Reyes Buenos? Y Kung el Justo, ¿se dedicaba a vender pescado? Quisiera saber qué tienen que ver los negocios con una vida recta y digna.

SEGUNDO DIOS (*carraspeando*): De todos modos, que no vuelva a ocurrir.

Se vuelve, dispuesto a marcharse. Los otros dos dioses hacen lo mismo.

TERCER DIOS (*turbado, demorándose*): Perdona que hayamos sido un poco duros contigo. Es que estamos muy cansados, hemos dormido mal. ¡Ah, esos albergues que nos ofrecen para pasar la noche! Los ricos nos recomiendan efusivamente a los pobres, y a los pobres les falta espacio.

LOS DIOSES (*alejándose descontentos*): ¡Cuánta debilidad, aun entre los mejores! ¡Nada que despierte admiración! ¡Qué poco se puede conseguir, qué poco! Hay impulsos sinceros, es cierto, buen corazón, ¡pero qué falta de grandeza! Si por lo menos ella hubiera...

No se les oye más.

WANG (*gritándoles*): ¡Tened un poco de paciencia, ilustres dioses! ¡No exijáis demasiado para empezar!

IV

LA PLAZA FRENTE A LA CIGARRERÍA DE SHEN-TE

Una barbería, una casa de alfombras y la cigarrería de Shen-Te. Es lunes. Frente al negocio de Shen-Te aguardan el abuelo y la cuñada. La Señora Shin y el desocupado también esperan.

LA CUÑADA: ¡Ayer tampoco pasó la noche en casa!

SEÑORA SHIN: Se conduce de un modo increíble. Menos mal que ese maldito primo ya se marchó. Y de cuando en cuando la gran dama se digna regalarnos un poco del arroz que le sobra, mientras se esfuma noches enteras. ¡Sólo los dioses sabrán por dónde anda!

Se oyen voces provenientes de la barbería. Sale Wang trastabillando, seguido de un hombre gordo, el peluquero Chu-Fu, que empuña las tenacillas de rizar.

CHU-FU: ¡Yo te enseñaré a venir a molestar a mis clientes con tu agua pestilente! Toma tu jarro y largo de aquí.

Wang hace un ademán para llevarse el jarro que le tiende el barbero. Éste le golpea la mano con las tenacillas. Wang lanza un grito de dolor.

CHU-FU: ¡Toma! Y que te sirva de lección.

Entra en la barbería.

EL DESOCUPADO (*recoge el jarro y se lo entrega a Wang*): Puedes demandarlo por haberte golpeado.

WANG: Me estropeó la mano.

EL DESOCUPADO: ¿Te habrá roto algún hueso?

WANG: No puedo moverla.

EL DESOCUPADO: Siéntate y mójate un poco.

SEÑORA SHIN: Por lo menos a ti el agua no te resulta cara.

LA CUÑADA: Ya son las ocho de la mañana, y nosotros aquí esperando, sin poder conseguir ni una mísera venda, mientras la señorita anda de farra corrida. ¡Es un verdadero escándalo!

SEÑORA SHIN (*sombría*): Nos ha olvidado.

Shen-Te avanza por la calle, trayendo una olla con arroz.

SHEN-TE (*al público*): Nunca había visto todavía la ciudad al amanecer. A esa hora estaba generalmente acostada, con la cabeza escondida bajo una manta sucia, temblando sólo de pensar que debía abrir los ojos. Hoy, en cambio, me crucé en el camino con los chicuelos que reparten los diarios, con los obreros que lavan a baldazos el asfalto, con los carros tirados por bueyes que traen del campo la verdura fresca. Desde el barrio de Sun hasta aquí el trecho es largo, y sin embargo, a cada paso, mi dicha era mayor. Dicen que los enamorados flotan sobre las nubes; yo creo que no puede haber nada más hermoso que andar por la tierra y pisar firme sobre el asfalto. Creedme, al amanecer, las casas parecen montones de ruinas encendidas por un cielo sonrosado y puro, que ninguna partícula de polvo ha empañado todavía. Creedme, aquel que no esté enamorado, aquel que no contemple a nuestra Se-Chuan a la hora en que ésta emerge del sueño, no sabe lo que pierde. Diríase un viejo artesano que, antes de tomar sus herramientas, se llena los pulmones con el aire fresco de la mañana, como diría un poeta, (*A los que están esperando.*) ¡Buenos días. ¡Aquí traigo el arroz! (*Lo reparte y, de pronto, ve a Wang.*) Buenos días, Wang. Hoy me siento muy frívola. Mientras venía por el camino, me miraba en las vidrieras y me dieron ganas de comprarme un chal. ¡Cómo me gustaría ser hermosa!

Entra rápidamente en la casa de alfombras.

SHU-FU (*aparece nuevamente en la puerta y se dirige al público*): Me siento como aturdido. ¡Qué bonita está hoy la señorita Shen-Te, la dueña de la cigarrería de enfrente! Nunca lo había notado hasta ahora.

Pero de pronto la miré y quedé flechado en un minuto. ¡Qué criatura encantadora! (A Wang.) ¡Fuera de aquí, granuja!

Vuelve a entrar en la barbería. Shen-Te y una pareja de ancianos, el tapicero y su mujer, salen de la casa de alfombras. Shen-Te lleva un chal y el tapicero tiene un espejo en la mano.

LA ANCIANA: Es muy bonito y está barato porque tiene un agujerito en el borde.

SHEN-TE (*mirando el chal que la anciana trae en el brazo*): El verde también es muy lindo.

LA ANCIANA (*sonriendo*): Ah, pero éste no tiene ninguna falla.

SHEN-TE: ¡Qué lástima! Y no puedo permitirme muchas locuras con un negocio como el mío. Tengo muy pocos ingresos y demasiados gastos.

LA ANCIANA: Lo que sucede es que todo lo que usted gana se le va en hacer favores. No hay que ser tan generosa. Al comienzo, cada grano de arroz tiene su importancia, ¿verdad?

SHEN-TE (*probándose el chal agujereado*): Sí, pero es más fuerte que yo. Por lo pronto, hoy estoy muy animada. ¿Me queda bien este color?

LA ANCIANA: Eso tiene que preguntárselo a un hombre.

SHEN-TE (*volviéndose hacia el anciano*): ¿Me queda bien?

EL ANCIANO: Pregúnteselo mejor a...

SHEN-TE (*muy cortés*): No, es a usted a quien deseo preguntárselo.

EL ANCIANO (*también muy cortés*): El chal le queda bien, pero le aconsejo que lo use del lado menos brillante.

Shen-Te paga el chal.

LA ANCIANA: Si después llegara a arrepentirse, podrá cambiarlo sin problemas. (*Se la lleva a un lado*). ¿Él dispone de algún capital?

SHEN-TE (*riendo*): ¡Oh, no!

LA ANCIANA: Entonces, ¿cómo se las va arreglar para pagar los seis meses de alquiler?

SHEN-TE: ¡Los seis meses de alquiler! ¡Lo olvidé por completo!

LA ANCIANA: Ya me lo figuraba. Y el lunes próximo es primero de mes. Quisiera proponerle una cosa. Después de haberla conocido, mi marido y yo pensamos que poner un aviso en el diario para conseguir marido no era una idea muy feliz. Entonces se nos ocurrió que, si usted lo necesitara, nosotros podríamos ayudarla. Como tenemos algunos ahorros, le prestaríamos los doscientos dólares de plata. Si le parece bien, usted nos deja en prenda su stock de tabaco. Por supuesto, entre nosotros no hay necesidad de papeles ni de firmas.

SHEN-TE: ¿Estaría usted dispuesta a prestarle dinero a una persona tan informal como yo?

LA ANCIANA: Le diré, si se tratara de prestárselo a su señor primo — que es una persona muy seria, indudablemente— lo pensaríamos antes dos veces. Pero a usted, se lo prestamos sin ningún reparo.

EL ANCIANO (*acercándose a ambas*): ¿Y, trato hecho?

SHEN-TE: ¡Ah, señor Deng! ¡Si los dioses hubieran podido escuchar a su esposa, ellos que andan en busca de almas buenas y felices! Si ustedes no fueran felices no tratarían de ayudarme a mí, que me encuentro en una situación angustiosa sólo por amor.

Los dos ancianos sonrían.

EL ANCIANO: Aquí tiene el dinero.

Le entrega un sobre. Shen-Te lo toma y se inclina. Los ancianos se inclinan también y vuelven a su negocio.

SHEN-TE (*a Wang, blandiendo el sobre*): ¡Es el alquiler de seis meses! Un verdadero milagro, ¿no te parece? ¿Qué opinas de mi nuevo chal, Wang?

WANG: ¿Lo compraste por ese hombre que vi en el parque?

Shen-Te hace una señal afirmativa.

SEÑORA SHIN: En lugar de contarle sus equívocas aventuras, haría bien en mirarle un poco la mano.

SHEN-TE: ¿Qué le pasó en la mano?

SEÑORA SHIN: El barbero se la rompió ante nuestros propios ojos con su tenacilla de rizar.

SHEN-TE (*alarmada por su distracción*): ¡Y yo sin darme cuenta de nada! ¡Tienes que ir inmediatamente a ver al médico, no sea que te quede inutilizada la mano y no puedas volver a trabajar! ¡Qué desgracia! ¡Anda pronto, Wang, levántate!

EL DESOCUPADO: Mi opinión es que no debería ver al médico sino al juez. Tiene derecho a exigir indemnización por daños y perjuicios. El barbero es rico.

WANG: ¿Crees que puede haber alguna probabilidad?

SEÑORA SHIN: Si está estropeada... ¿Pero está realmente estropeada?

WANG: Me parece que sí. Se ha hinchado mucho. ¿Y sería una pensión vitalicia?

SEÑORA SHIN: Claro que necesitarás algún testigo.

WANG: No habrá problemas, todos ustedes fueron testigos. Todos podrán declarar.

Dirige una mirada en derredor. El desocupado, el abuelo y la cuñada, sentados contra la pared, comen sin levantar la vista.

SHEN-TE (*a la Señora Shin*): ¡Usted también lo vio!

SEÑORA SHIN: Yo no quiero líos con la policía.

SHEN-TE (*a la cuñada*): Y usted?

LA CUÑADA: Yo no vi nada.

SEÑORA SHIN: No es cierto. Yo vi que estaba mirando. Lo que pasa es que ahora tiene miedo porque el barbero es todo un personaje.

SHEN-TE (*al abuelo*): Estoy segura que usted no se negará a declarar.

LA CUÑADA: ¿Quién va a aceptar el testimonio de un viejo chocho?

SHEN-TE (*al desocupado*): Piense que puede ser una pensión para toda la vida.

EL DESOCUPADO: Ya me encerraron dos veces por mendicidad. Mi testimonio no haría más que perjudicarlo.

SHEN-TE (*incrédula*): ¿De modo que ni uno solo de ustedes está dispuesto a decir la verdad? ¡Le han roto la mano en pleno día, todos fueron testigos y nadie quiere declarar! (*Enfurecida*:)

¡Oh desdichados!

Torturan a uno de vuestros hermanos y cerráis los ojos.

El herido ruge de dolor y guardáis silencio.

El torturador pasea su mirada y elige su presa.

Y decís: No nos harán nada porque estamos quietos.

¿Y esta es una ciudad? ¿Y estos son hombres?

¡Si la injusticia germina en la ciudad, que la revuelta estalle!

Y si no estalla, que la ciudad entera

Se consuma en el fuego antes de que llegue la noche.

Wang, si nadie quiere declarar en tu favor, yo te serviré de testigo y diré que lo presencié todo.

SEÑORA SHIN: Incurriré en falso testimonio.

WANG: No sé si puedo aceptarlo. Aunque tal vez no me quede otro remedio. (*Se mira la mano con inquietud.*) ¿Creen que está bastante hinchada? Me parece que se está deshinchando.

EL DESOCUPADO (*tranquilizador*): No, no se ha deshinchado nada.

WANG: ¿De veras? Tiene razón. Y hasta diría que está un poquito más hinchada que antes. Quién sabe si al fin de cuentas no se me ha roto la muñeca. Lo mejor será que vaya a ver al juez sin perder un minuto.

Sale corriendo sosteniéndose cuidadosamente la mano y sin dejar de mirarla. La Señora Shin se precipita al negocio del barbero.

EL DESOCUPADO: Ésa va corriendo a la casa del barbero para congraciarse con él.

LA CUÑADA: No somos nosotros quienes vamos a cambiar el mundo.

SHEN-TE (*deprimida*): No fue mi intención insultarlos. Pero me asusté tanto. (*Cambiando de tono.*) Sí, quise insultarlos. Váyanse de aquí, no quiero verlos más.

No abren la boca.

Los colocan en un rincón

Y allí se quedan hasta que los echan.

Entonces abandonan el lugar sin chistar.

Pues nada los inmuta.

Sólo el olor a comida les hace reaccionar.

Llega corriendo una anciana. Es la Señora Yang, madre de Sun.

SEÑORA YANG (*sin aliento*): ¿Es usted la señorita Shen-Te? Mi hijo me lo contó todo. Soy la madre de Sun, la Señora Yang. Figúrese que se le ha presentado la oportunidad de conseguir un puesto de aviador. Esta mañana, hace un rato, llegó una carta de Pekín. Del jefe de un hangar del servicio aerpostal.

SHEN-TE: ¿Podrá volar de nuevo? ¡Oh, Señora Yang!

SEÑORA YANG: Pero el puesto cuesta un horror: 500 dólares.

SHEN-TE: Es mucho, pero no podemos dejar que fracase el proyecto por una cuestión de dinero. ¡Para qué tengo este negocio!

SEÑORA YANG: ¡Si pudiera usted hacer algo por él!

SHEN-TE: ¡Oh, si pudiera ayudarlo!

SEÑORA YANG: Le dará una oportunidad a un hombre de mucho talento.

SHEN-TE: ¿Cómo se puede impedir aun hombre que sea útil? (*Después de una pausa.*) El único problema es que no sé si podré sacar tanto dinero de mi negocio y estos doscientos dólares son prestados. Pero entretanto, lléveselos. Ya los reembolsaré con la venta de mi stock de tabaco.

Le da el dinero de los dos ancianos.

SEÑORA YANG: ¡Ah, señorita Shen-Te, qué ayuda oportuna! Cuando pienso que en todo Se-Chuan ya lo llamaban "el aviador muerto". Todos estaban convencidos de que nunca más volvería a volar.

SHEN-TE: Pero faltan todavía trescientos dólares para pagarle el puesto. Hay que pensar en algo, Señora Yang. (*Lentamente.*) Conozco a una persona que quizás pueda ayudarme. Alguien que ya me sacó de apuros en una ocasión. En realidad, hubiera preferido no tener que recurrir a él, porque es tan duro, tan astuto. Esta será la última vez. Pero es evidente que un aviador debe volar.

Se oye el ruido de un motor.

SEÑORA YANG: ¡Si el hombre a quien se refiere pudiera conseguirnos él dinero! Mire, allí pasa el avión postal de la mañana que va a Pekín.

SHEN-TE (*decidida*): Salúdelo, Señora Yang. Estoy segura de que el piloto nos verá. (*Agita su chal.*) ¡Salúdelo usted también!

SEÑORA YANG (*saluda con las manos*): ¿Pero usted conoce a ese piloto?

SHEN-TE: No, pero conozco a uno que va a volar. Uno que había perdido toda esperanza, y que es necesario que vuele, Señora Yang. Es necesario que haya uno, por lo menos, que se eleve por encima de esta miseria, por encima de todos nosotros. (*Al público:*)

Yang Sun, mi amado, compañero de las nubes,
Desafiando las peores tormentas
Surcará los cielos llevando
A desconocidos de lejanas tierras
El correo fraternal.

INTERMEDIO ANTE EL TELÓN

Entra Shen-Te. Lleva en la mano la máscara y el traje de Shui-Ta y canta.

CANCIÓN DE LA DEBILIDAD DE LOS DIOS Y DE LOS BUENOS

En nuestro país
Quien quiera demostrar que es un ser útil
Necesita suerte
Y grandes influencias.
Pero los buenos
A nadie tienen y los dioses son impotentes.
¿Por qué los dioses no tienen acorazados, tanques,
Cañones, submarinos, fortalezas volantes,
Para hundir a los malos y salvar a los buenos?
Ellos y nosotros nos quejaríamos menos.

Se coloca el traje de Shui-Ta y da unos cuantos pasos imitando la forma de caminar de aquél.

Los buenos
Poco tiempo pueden ser buenos en nuestro país.
Cuando la fuente queda vacía riñen los comensales.
Los mandamientos de los dioses Nada pueden contra la carestía.
¿Por qué los dioses no van a los mercados
Y distribuyen alimentos a manos llenas?
Con el vino y el pan reconfortados
Por fin seríamos buenos y fraternales.

Se coloca la máscara de Shui-Ta y canta imitando su voz.

Para poder comer todos los días

Hay que ser feroz como los fundadores de imperios.

No es posible socorrer a un desdichado

Sin aplastar a otros doce.

¿Por qué los dioses no pregonan hasta las altas nubes

Que los buenos un mundo bueno merecen?

¿Por qué a los buenos con tanques y cañones no socorren

Gritando: ¡Fuego! Pongamos fin a sus dolores?

V

LA CIGARRERÍA

Shui-Ta, sentado detrás del mostrador, lee el diario. No presta ninguna atención a la charla incesante de la Señora Shin que está haciendo la limpieza.

SEÑORA SHIN: Créame, un negocio así, pequeño como éste, no tarda en desprestigiarse cuando comienza a dar que hablar en el barrio. Ya es tiempo de que un hombre formal como usted tome cartas en el asunto y ponga en claro esa equívoca relación entré la señorita y ese Yang-Sun de la calle Amarilla. No olvide que el señor Shu-Fu, el barbero de al lado, tiene doce casas y una sola esposa, vieja por añadidura. Ayer, sin más, me dio a entender que tiene interés en la señorita, interés que me parece muy halagador para ella. Con decirle que hasta se informó acerca de su situación económica. Eso prueba, a mi juicio, que tiene sanas intenciones.

Al no obtener respuesta, termina por marcharse llevándose el balde.

VOZ DE SUN (*desde afuera*): ¿Es éste el negocio de la señorita Shen-Te?

VOZ DE LA SEÑORA SHIN: Sí, pero hoy ha salido. Está su primo.

Con el paso ligero de Shen-Te, Shui-Ta se precipita hacia el espejo y empieza a retocarse el cabello. Se da cuenta de su error y se vuelve riendo para sus adentros. Entra Yang-Sun. La Señora Shin, curiosa, lo sigue, pasa por delante de él y desaparece en la trastienda.

SUN: Yo soy Yang-Sun. (*Shui-Ta se inclina.*) ¿Está Shen-Te?

SHUI-TA: No, no está.

SUN: Supongo que usted está al corriente de nuestras relaciones. (*Se pone a examinar el negocio.*) ¡Un negocio en toda regla! Siempre creí que exageraba un poco. (*Observa satisfecho las cajas y los tarros de porcelana.*) ¡Amigo, podré volar otra vez! (*Toma un cigarro y Shui-Ta le da fuego.*) ¿Le parece que conseguiremos sacar trescientos dólares de plata por este negocio?

SHUI-TA: Permítame una pregunta. ¿Tiene usted la intención de venderlo en seguida?

SUN: ¿Contamos acaso con trescientos dólares en efectivo? (*Shui-Ta hace un gesto negativo.*) Fue muy amable de parte de ella soltar los doscientos dólares sin titubear. ¿Pero para qué me sirven, sin los trescientos que faltan?

SHUI-TA: Tal vez Shen-Te haya procedido con excesiva ligereza al prometerle ese dinero. No sea que le cueste el negocio. Bien lo dice el refrán: "Tan veloz sopla el viento que echa abajo los andamios".

SUN: Necesito el dinero pronto, o será inútil. Y la muchacha no es de las que lo piensan dos veces cuándo llega el momento de dar algo. Dicho sea entre hombres, conmigo nunca se mostró remisa... en nada.

SHUI-TA: ¿Ah, sí?

SUN: No es una crítica, por supuesto.

SHUI-TA: ¿Podría decirme qué piensa hacer con esos quinientos dólares?

SUN: No tengo inconveniente. Veo que está tomando sus precauciones, ¿eh? Pues, un jefe de hangar de Pekín, amigo mío de la Escuela de Aeronáutica, está dispuesto a conseguirme el puesto si largo los quinientos dólares.

SHUI-TA: ¿No le parece una suma exorbitante?

SUN: No. Tiene que encontrar la forma de despedir por negligencia a uno de sus pilotos que es, justamente, un modelo en el cumplimiento de su deber. ¡Claro! El hombre tiene que mantener una familia numerosa. ¿Me entiende? Esto se lo digo confidencialmente. No es necesario que lo sepa Shen-Te.

SHUI-TA: Por supuesto. ¿Pero no teme que el jefe del hangar a su vez lo venda a usted el mes próximo?

SUN: Conmigo no hay peligro. Nadie podrá sorprenderme en falta. Demasiado tiempo estuve sin trabajar.

SHUI-TA (*aprueba con la cabeza*): Sí, perro hambriento tira mejor del carro para llegar a casa. (*Lo contempla largo rato con mirada escrutadora.*) Es una responsabilidad muy grande, señor Yang-Sun. Usted exige de mi sobrina que se desprenda de lo poco que posee, que renuncie a todas las amistades que ha hecho en la ciudad y que le confíe a usted su destino. Me figuro que tiene la intención de casarse con Shen-Te.

SUN: Estaría dispuesto a hacerlo.

SHUI-TA: ¿Y no cree que es una lástima malvender el negocio por unos cuantos dólares de plata? No se sacará gran cosa si hay que venderlo con apuro. Con los doscientos dólares que están en sus manos se podría asegurar el alquiler de seis meses. ¿No le agradecería administrar la cigarrería?

SUN: ¿Yo? Me ve usted a mí, a Yang-Sun el aviador, detrás de un mostrador, diciendo: "¿El señor desea tabaco fuerte o tabaco suave?" No, un negocio de ese tipo no es digno de Yang-Sun, en un siglo como éste.

SHUI-TA: Permítame otra pregunta: ¿la aviación es un negocio?

SUN (*saca una carta del bolsillo*): Señor, cobraré doscientos cincuenta dólares mensuales. Vea usted la carta y mire la estampilla y el matasellos: Pekín.

SHUI-TA: Doscientos cincuenta dólares es mucho dinero.

SUN: ¡Ah! ¿Creía usted que iba a volar gratis?

SHEN-TE: El puesto parece bueno, señor Yang-Sun, y mi prima me ha encomendado que le ayude a conseguir ese empleo de aviador que tanto significa para usted. Desde el punto de vista de mi prima, no veo ninguna objeción válida que le impida seguir los impulsos de su corazón. Tiene perfecto derecho a gozar las alegrías del amor. Estoy

dispuesto a convertir en dinero todas las existencias de este negocio. Ahí viene precisamente la dueña, la señora Mi-Tzu. Quiero consultarla acerca de la venta.

LA PROPIETARIA (*entrando*): Buenos días, señor Shui-Ta. Vengo por ese asunto del alquiler del negocio. Pasado mañana vence el plazo.

SHUI-TA: Señora Mi-Tzu, han surgido ciertos hechos imprevistos que probablemente impedirán que mi prima quiera conservar la cigarrería. Ha decidido casarse y su futuro marido (*presenta a Yang-Sun*), el señor Yang-Sun, se la lleva a Pekín, en donde van a iniciar una nueva existencia. Si me ofrecen una suma razonable por mi tabaco, voy a vender.

LA PROPIETARIA: ¿Cuánto quiere sacar?

SUN: Trescientos al contado.

SHUI-TA (*rápidamente*): No, quinientos.

LA PROPIETARIA (*a Sun*): Tal vez yo pueda solucionar su problema. ¿Cuánto costó el tabaco?

SHUI-TA: Mi prima pagó mil dólares de plata y vendió muy poco.

LA PROPIETARIA: ¡Mil dólares de plata! La estafaron, es evidente. Voy a hacerle una propuesta: le pago trescientos dólares de plata por todo el negocio, si se mudan pasado mañana.

SUN: Se mudarán. ¿De acuerdo, viejo?

SHUI-TA: Es muy poco.

SUN: Es bastante.

SHUI-TA: Necesito quinientos como mínimo.

SUN: ¿Por qué?

SHUI-TA: ¿Me permite que le diga dos palabras al prometido de mi prima? (*Aparte, a Sun.*) Todo el tabaco que hay aquí sirve de garantía a dos ancianos que prestaron los doscientos dólares que usted recibió ayer.

SUN (*vacilando*): ¿Hay algún compromiso escrito?

SHUI-TA: No.

SUN (*a la propietaria, después de una breve pausa*): Podemos cerrar trato en trescientos.

LA PROPIETARIA: Queda por ver si el negocio está libre de deudas.

SUN: ¡Conteste!

SHUI-TA: El negocio no tiene deudas.

SUN: ¿Cuándo se podrá cobrar los trescientos dólares?

LA PROPIETARIA: Pasado mañana. Hasta entonces están a tiempo de cambiar de parecer. Si tuvieran un mes por delante tal vez podrían vender mejor; yo no puedo ofrecerles más de trescientos dólares, y conste que lo hago únicamente porque deseo contribuir a la felicidad de los jóvenes enamorados.

Sale.

SUN (*gritando*): ¡Asunto terminado! ¡Todo por trescientos dólares, las cajitas, los tarritos, las bolsitas, y adiós preocupaciones! (*A Shui-Ta.*) De aquí a pasado mañana tal vez se consiga una oferta mejor y se pueda devolver los doscientos dólares.

SHUI-TA: ¿En tan poco tiempo? Imposible. No conseguiremos un dólar más que los trescientos que ofreció la señora Mi-Tzu. ¿Tiene dinero para el viaje de los dos y con qué resistir los primeros tiempos?

SUN: Por supuesto.

SHUI-TA: ¿Cuánto?

SUN: Pierda cuidado. Ya lo conseguiré aunque me vea obligado a robar.

SHUI-TA: ¡Ah! ¿Con que también ese dinero tiene que conseguirlo?

SUN: No te devanes los sesos, viejo. Ya me las arreglaré para llegar a Pekín.

SHUI-TA: Pero el pasaje para dos no ha de ser muy barato.

SUN: ¿Para dos? A la muchacha la dejo aquí por ahora. En los primeros tiempos sería como llevar una piedra al cuello.

SHUI-TA: Comprendo.

SUN: ¿Por qué me mira como si yo fuera una lata de aceite que pierde?
Hay que tomar las cosas como vienen.

SHUI-TA: ¿Y de qué va a vivir mi prima?

SUN: ¿No podrá usted ayudarla?

SHUI-TA: Trataré de hacerlo. (*Una pausa.*) Le agradeceré que me devuelva los doscientos dólares, señor Yang Sun, y los deje aquí hasta que se encuentre en condiciones de mostrarme dos boletos para Pekín.

SUN: Querido cuñado, te ruego que no te entremetas en este asunto.

SHUI-TA: La señorita Shen-Te...

SUN: Deja en paz a la chica que de ella me encargo yo.

SHUI-TA: ...quizá no quiera vender su negocio cuando se entere...

SUN: Le aseguro que querrá.

SHUI-TA: ¿No teme usted que yo me oponga?

SUN: ¡Señor mío!

SHUI-TA: Parece usted olvidar que ella es una criatura con uso de razón.

SUN (*divertido*): Siempre me ha asombrado lo que algunos hombres piensan de los miembros femeninos de su familia y de los efectos que pueden producir sus juiciosos consejos. ¿Nunca oyó hablar del poder del amor ni de las exigencias de la carne? ¿Y usted pretende apelar a la razón de Shen-Te? Si no es una criatura con uso de razón. ¡Durante toda su vida, la pobre no conoció otra cosa que malos tratos! Bastará que le dé una palmadita en el hombro y le diga: "tú te vienes conmigo", para que se quede embobada y reniegue hasta de su propia madre.

SHUI-TA (*con esfuerzo*): ¡Señor Yang-Sun!

SUN: ¡Señor... como se llame!

SHUI-TA: Si mi prima le tiene apego a usted es porque...

SUN: ¡No nos andemos con vueltas! Porque la manoseo. ¡Lléname la pipa y fuma! (*Se sirve otro cigarro, después se guarda algunos más en el bolsillo y termina por guardarse toda la caja bajo el brazo.*) No te presentarás ante Shen-Te con las manos vacías: la boda sigue en pie. Y trae ella los trescientos dólares o los traes tú. Una de dos: ¡o ella o tú!

Sale.

SEÑORA SHIN (*asomando la cabeza por la trastienda*): Todo esto no es muy reconfortante, que digamos. Toda la calle Amarilla sabe que él la lleva por la punta de la nariz.

SHUI-TA (*gritando*): ¡El negocio está perdido! ¡No la ama! ¡Esto es la ruina! (*Se pone a dar vueltas como una fiera enjaulada repitiendo continuamente: "¡El negocio está perdido!" hasta que se detiene bruscamente y se dirige a la Señora Shin*). Shin, usted creció en el arroyo como yo. Dígame ¿somos nosotros unos atolondrados? No. ¿Carecemos de la brutalidad necesaria? Tampoco. Usted sabe perfectamente que sería capaz de agarrarla por la garganta y hacerle escupir hasta el último trozo de queso que me ha robado. Los tiempos son terribles, esta ciudad es un infierno, pero si nos aferramos con dientes y uñas conseguimos trepar por el muro más liso. Pero, de pronto, la desgracia se cierne sobre uno de nosotros: ama, y eso basta. Está perdido. La menor concesión y todo ha terminado. ¿Cómo desembarazarse de todas las flaquezas que nos acechan, sobre todo de la más temible, el amor? ¡Amar es totalmente imposible! Cuesta demasiado caro. Y, sin embargo, ¿puede uno vivir siempre en guardia? ¿Qué clase de mundo es éste?

Las caricias terminan en abrazo mortal
El suspiro amoroso se hace grito angustiado.
¿Por qué vuelan los buitres en derredor?
Una muchacha acude a una cita de amor.

SEÑORA SHIN: Me parece que lo más prudente sería ir a buscar en seguida al barbero. Es absolutamente necesario que usted hable con él.

Es un hombre de palabra. Justamente el hombre que le hace falta a su prima.

Como no recibe respuesta, sale corriendo. Shui-Ta comienza nuevamente a dar vueltas en torno a la habitación hasta que llega el señor Shu-Fu, seguido de la Señora Shin. A una seña de Shu-Fu ésta se ve obligada a retirarse.

SHUI-TA (*precipitándose hacia Shu-Fu*): He sabido, estimado señor, que se interesa por mi prima. Me permitiré hablarle dejando de lado las normas de la conveniencia y de la discreción. Mi prima corre en estos momentos un grave peligro.

SHU-FU: ¡Oh!

SHUI-TA: Hace unas horas todavía, era dueña de un negocio. Ahora no es más que una pordiosera. Señor Shu-Fu, este negocio está perdido.

SEÑOR SHU-FU: Señor Shui-Ta, el encanto de la señorita Shen-Te no reside tanto en las bondades de su negocio como en la bondad de su corazón. En el barrio todos la llaman con un sobrenombre que habla por sí solo: "el ángel de los suburbios".

SHUI-TA: Estimado señor, esa bondad le ha costado a mi prima doscientos dólares en un día. Hay que poner término a esta situación.

SHU-FU: Permítame que no comparta su opinión. Yo considero, por el contrario, que debemos abrir las puertas de par en par para dar libre curso a esa bondad. En la señorita, el bien es parte intrínseca de su naturaleza. Todas las mañanas la contemplo, conmovido, dar de comer a cuatro personas. ¿Qué razón existe para que no pueda dar de comer a cuatrocientas? Tengo entendido también que trabaja incansablemente para mantener a unos cuantos indigentes sin hogar a quienes ha dado alojamiento. Las barracas que poseo detrás del matadero están vacías. Las pongo a disposición de la señorita, etcétera, etcétera. Señor Shui-Ta, ¿puedo esperar que las ideas que se me han ido ocurriendo en el correr de estos últimos días lleguen a conocimiento de la señorita Shen-Te?

SHUI-TA: Señor Shu-Fu, pensamientos tan elevados despertarán en ella una viva admiración.

Entra Wang con el Policía. El señor Shu-Fu se vuelve y finge examinar las estanterías.

WANG: ¿Está aquí la señorita Shen-Te?

SHUI-TA: No.

WANG: Soy Wang, el aguatero. Usted es el señor Shui-Ta, ¿no es verdad?

SHUI-TA: El mismo. Buenos días, Wang.

WANG: Soy un amigo de Shen-Te.

SHUI-TA: Ya sé que es uno de sus más viejos amigos.

WANG (*al policía*): ¿Qué le dije? (*A Shui-Ta.*) Vengo a causa de mi mano.

EL POLICÍA: No se puede negar que está estropeada.

SHUI-TA (*rápido*): Ya veo, necesita un cabestrillo para el brazo.

Va a buscar el chal en la trastienda y se lo tiende a Wang.

WANG: Pero, ¿es su chal nuevo!

SHUI-TA: Ya no le hace falta.

WANG: Si lo compré especialmente para agradar a cierta persona...

SHUI-TA: Las cosas tomaron un giro tal que no lo va a necesitar.

Wang (*se ata el chal*): Ella es mi único testigo.

EL POLICÍA: Parece ser que su prima vio al barbero Shu-Fu golpear al aguatero con su tenacilla de rizar. ¿Qué sabe usted de eso?

SHUI-TA: Lo único que sé es que mi prima no estaba presente cuando se produjo ese pequeño incidente.

WANG: ¡Oh, debe haber algún malentendido! Dejen que venga Shen-Te y todo quedará aclarado. Shen-Te atestiguará lo que digo. ¿Dónde se encuentra?

SHUI-TA (*muy serio*): Señor Wang, usted afirma ser amigo de mi prima. En este momento mi prima tiene graves problemas. Todo el mundo se ha aprovechado de ella vergonzosamente. De hoy en adelante no podrá permitirse la menor concesión. Estoy convencido de que usted no querrá consumir su ruina, lo que sucedería si ella no se atuviera a la más estricta verdad en lo que a este asunto se refiere.

WANG (*confuso*): Pero fue ella misma quien me aconsejó que fuera a vez al juez.

SHUI-TA: ¿Y usted cree que el juez le iba a curar la mano?

EL POLICÍA: Claro que no, pero debía obligar al barbero a pagarle.

El señor Shu-Fu se vuelve.

SHUI-TA: Tengo por norma no intervenir en las disputas entre mis amigos.

Shui-Ta se inclina ante el señor Shu-Fu, quien se inclina a su vez.

WANG (*desata el cabestrillo y lo deja, deprimido*): Comprendo.

EL POLICÍA: Bien, creo que mi presencia aquí ya no se justifica. Querías cometer una estafa, ¿eh?, pero te salió el tiro por la culata. ¡Mira que querer comprometer a un señor tan respetable! ¡La próxima vez que se te ocurra acusar a alguien, piénsalo antes dos veces, granuja! Esperemos que el señor Shu-Fu se muestre indulgente contigo, o irás a parar a la cárcel por difamación. ¡Vamos, andando!

Salen ambos.

SHUI-TA: Le ruego que disculpe este incidente.

SHU-FU: Está disculpado. (*Con mucho interés.*) ¿Y esa historia con "cierta persona" está terminada? ¿Definitivamente terminada?

SHUI-TA: Definitivamente. Al final él se quitó la máscara. Pero habrá que dejar que pase un tiempo antes de que cicatrice la herida.

SHU-FU: Sí, hay que ser prudente, obrar con mucho tacto.

SHUI-TA: Son heridas demasiado recientes.

SHU-FU: Un viajecito al campo le haría bien.

SHUI-TA: Por un par de semanas. Pero creo que se sentiría dichosa de conversar con alguien en quien pueda depositar su confianza.

SHU-FU: ¿Qué le parece una comida íntima, en un pequeño restaurante? Pequeño, pero bueno, por supuesto.

SHUI-TA: Si se procede con mucha discreción... Transmitiré inmediatamente su proposición a mi prima, y espero que sabrá mostrarse razonable. En verdad está muy preocupada por su negocio, al que considera un regalo de los dioses. Le ruego que espere unos minutos.

Desaparece por la trastienda.

SEÑORA SHIN (*asomando la cabeza*): ¿Se lo puede felicitar?

SHU-FU: Se puede. Señora Shin, comuníqueme hoy mismo a los protegidos de la señorita Shen-Te que pueden disponer de los inmuebles que poseo detrás de los mataderos.

La Señora Shin asiente con la cabeza, con expresión burlona.

SHU-FU (*levantándose, al público*): ¿Qué opinan de mí, señores y señoras? ¿Es posible mostrarse más desinteresado, más delicado, más comprensivo? ¡Una comida íntima! ¡Cuántos pensamientos groseros y viles podrían suscitar estas tres palabras en el común de la gente! Y sin embargo, no habrá nada que dé pie a murmuraciones, ¡nada! Ni un leve roce, ni un contacto casual, de esos que pueden producirse al pasar el salero. Todo se reducirá a un cambio de ideas. Dos almas que se encuentran por encima de las flores que adornan la mesa... Crisantemos blancos, dicho sea de paso. (*Lo anota.*) No, no trataremos de aprovecharnos de una situación desdichada ni sacar ventaja de una desilusión. Ayuda y comprensión es lo que ofrecemos, y para eso huelgan las palabras. Una simple mirada será nuestra recompensa, una mirada que quizás insinúe también algo más.

SEÑORA SHIN: ¿De modo que todo ha salido a su gusto, señor Shu-Fu?

SHU-FU: ¡Completamente a mi gusto! Es de suponer que pronto habrá cambios en el barrio. Cierta sujeta ha recibido calabazas y las maquinaciones tramadas contra este negocio quedarán al descubierto. De hoy en adelante, todos aquellos que se atrevan a envilecer la repu-

tación de la muchacha más casta de esta ciudad tendrán que vérselas conmigo. ¿Qué sabe usted de ese Yang-Sun?

SEÑORA SHIN: Es el más sórdido, el más corrompido de...

SHU-FU: No es nadie. No es nada. No existe, Shin.

Entra Sun.

SUN: ¿Qué pasa aquí?

SEÑORA SHIN: ¿Señor Shu-Fu, quiere que llame al señor Shui-Ta? Seguramente no querrá que se metan extraños en la cigarrería.

SHU-FU: La señorita Shen-Te tiene en este momento una importante entrevista con el señor Shui-Ta y no se la puede interrumpir:

SUN: ¿Cómo? ¿Shen-Te está aquí? No la vi entrar. ¿Qué clase de entrevista es ésa? Yo también soy parte en esté asunto.

SHU-FU (*cerrándole el paso*): Tendrá que esperar un poco, estimado señor. Creo saber quién es usted. Puede ir enterándose que la señorita Shen-Te y yo vamos a anunciar nuestro compromiso matrimonial.

SUN: ¿Qué?

SHU-FU: Parece que le sorprende, ¿no?

Sun lucha con el barbero para penetrar en la trastienda. Entra Shen-Te.

SHU-FU: Discúlpeme, querida Shen-Te. Tal vez usted pueda explicar...

SUN: ¿Qué sucede, Shen-Te? ¿Te has vuelto loca?

SHEN-TE (*de un tirón*): Sun, mi primo y el señor Shu-Fu se han puesto de acuerdo: el señor Shu-Fu me pondrá al corriente de sus planes para ayudar a los pobres del barrio. (*Pausa.*) Mi primo no aprueba nuestras relaciones.

SUN: ¿Y tú estás conforme?

SHEN-TE: Sí.

Pausa.

SUN: Te han dicho que soy una mala persona. (*Shen-Te calla.*) Tal vez estén en lo cierto, Shen-Te. Por eso te necesito. Soy un hombre despreciable. Sin dinero, sin educación. Pero me defiendo. Van a hacerte desdichada, Shen-Te. (*Se acerca a ella. Con voz ahogada.*) Pero, fíjate... ¿No tienes ojos para ver? (*Le pone la mano en el hombro.*) Pobre tonta, ¿no ves lo que quieren de ti? ¡Que hagas un matrimonio de conveniencia! ¡Si no fuera por mí, te llevaban derechito al matadero! Vamos, habla, si yo no venía, ¿te marchabas con él?

SHEN-TE: Sí.

SUN: ¡Con un hombre a quien no amas!

SHEN-TE: Sí.

SUN: ¿Ya lo olvidaste todo? ¿Cómo llovía...?

SHEN-TE: No.

SUN: ¿Cómo me apartaste de la rama, cómo me compraste un vaso de agua, cómo me prometiste dinero para que pudiera volver a volar?

SHEN-TE (*temblando*): ¿Qué quieres?

SUN: Que vengas conmigo.

SHEN-TE: Señor Shu-Fu, perdóneme, quiero marcharme con Sun.

SUN: Ya ve, nos amamos. (*La conduce hasta la puerta.*) ¿Dónde tienes la llave del negocio? (*Saca la llave del bolso de Shen-Te y se la da a Shin.*) Cuando haya terminado, déjela bajo la puerta. Ven, Shen-Te.

SHU-FU: ¡Pero esto es una violación! (*Grita hacia el fondo.*) ¡Señor Shui-Ta!

SUN: Díle que no muja de ese modo.

SHEN-TE: Se lo ruego, señor Shu-Fu, no llame a mi primo.

Sé que no está de acuerdo conmigo. Pero siento que no tiene razón. (*Al público:*)

Quiero partir con el hombre que amo
No quiero calcular lo que me costará
No quiero preguntarme si obro con cordura

No quiero averiguar tampoco si me ama
Quiero partir con el hombre que amo.

SUN: Así debe ser.

Salen ambos.

INTERMEDIO ANTE EL TELÓN

Shen-Te, con traje de novia, preparada para ir a su boda. Se dirige al público.

SHEN-TE : Me ha ocurrido algo terrible. Salía yo de casa, gozosa e impaciente, cuando afuera, en la calle, me encuentro con la mujer del vendedor de alfombras. Toda temblorosa, me cuenta que su marido ha enfermado de inquietud y de temor a causa del dinero que me prestaron. Luego me dice que será mejor que se lo devuelva en seguida. Yo, naturalmente, se lo prometo. La pobre mujer se tranquiliza y, llorando, me desea buena suerte y me pide perdón por no poder confiar completamente en mi primo ni tampoco, desgraciadamente, en Sun. Cuando la anciana se marchó, sentí tal horror de mí misma que tuve que sentarme en la escalera. Agitada por el tumulto de mis sentimientos me había precipitado una vez más en los brazos de Yang-Sun. No pude resistirme a su voz ni a sus caricias. La falta de escrúpulos que Sun había demostrado ante Shui-Ta no escarmentaron a Shen-Te. Perdida en sus brazos, yo pensaba: los dioses quieren que también yo sea buena conmigo.

No dañar a ninguno, y tampoco a sí mismo,
Colmar de dicha a todos, y también a sí mismo,
Eso es la bondad.

¿Cómo pude olvidar tan fácilmente a esos dos buenos ancianos? Como un pequeño vendaval en marcha hacia Pekín, Sun barrió con mi negocio y también con mis amigos. Pero no es tan malo, y me ama. Mientras yo esté a su lado, no hará nada incorrecto. No hay que tener en cuenta lo que un hombre dice ante otros hombres. Quiere darse importancia, parecer más fuerte de lo que es y, sobre todo, más duro. Cuando le diga que los dos ancianos no tienen con qué pagar los impuestos, comprenderá todo. Preferirá conseguir algún empleo en la fábrica de cemento que pagar con una mala acción su deseo de ser aviador. Sé perfectamente que para él volar es una pasión. ¿Tendré yo la fuerza suficiente para despertar la bondad que está dormida en su alma? A pocos instantes de mi boda, aquí estoy, vacilando entre el temor y la alegría.

Sale rápidamente.

VI

EL SALONCITO TRASERO DE UNA FONDA DE LOS SUBURBIOS

Un mozo sirve vino a los invitados a la boda. De pie junto a Shen-Te, el abuelo, la cuñada, la sobrina, la Señora Shin y el desocupado. Solo en un rincón, también de pie, un bonzo. En primer plano, Sun conversa con su madre, la Señora Yang. Lleva smoking.

SUN: Ha surgido una dificultad, mamá. Acaba de decirme, con la mayor ingenuidad, que no puede vender el negocio por mí. Según parece, esa gente que le prestó los doscientos dólares se los ha reclamado. Pero yo sé, porque me lo dijo el primo, que no hay ninguna constancia escrita.

SEÑORA YANG: ¿Y qué le contestaste? En esas condiciones, por supuesto, no puedes casarte.

SUN: Es inútil hablar con ella de esas cosas. No te imaginas lo testaruda que es. Hice llamar al primo.

SEÑORA YANG: ¡Si el primo quiere casarla con el barbero!

SUN: Yo me encargué de impedir ese matrimonio. El barbero está liquidado. El primo comprenderá muy pronto que el negocio está perdido si no devuelvo los doscientos dólares, pues los acreedores lo embargarán. Pero también es cierto que si no me dan los trescientos dólares, pierdo mi puesto.

SEÑORA YANG: Voy al salón de adelante a esperarlo. Y tú, entretanto, vé a hacerle compañía a la novia.

SHEN-TE (*mientras sirve vino, al público*): No me equivoqué. Ni el menor rastro de desilusión en su rostro. ¡Qué golpe terrible debe haber sido para él renunciar a volar y, sin embargo, qué sereno está! ¡Oh,

cuánto lo amo! (*Hace una seña a Sun.*) Sun, todavía no has brindado con la novia.

SUN: ¿Por qué vamos a brindar?

SHEN-TE: Por nuestro porvenir.

Beben.

SUN: Por que el smoking del novio no sea nunca más un traje alquilado.

SHEN-TE: Por que la lluvia pueda mojar una vez más el traje de la novia.

SUN: Por todos nuestros deseos.

SHEN-TE: Por que se cumplan pronto.

SEÑORA YANG (*saliendo, a la Señora Shin*): Me siento orgullosa de mi hijo. Siempre me esforcé en demostrarle que podría conseguir la mujer que quisiera. Hay que ver que es un mecánico consumado, y por si fuera poco, aviador. ¿Y sabe con qué me sale ahora? Con que "me caso por amor, mamá. El dinero, no es todo". ¡Un casamiento por amor! (*A la cuñada.*) ¡Algún día tenía que suceder! Pero no deja de ser duro para una madre, muy duro. (*Se vuelve para gritarle al banzo.*) No se apure tanto. Con que emplee en celebrar la ceremonia el mismo tiempo que puso en tratar sus honorarios, me doy por satisfecha. (*A Shen-Te.*) Habrá que demorar un ratito las cosas, querida. Uno de nuestros más estimados invitados no ha llegado todavía. (*A todos.*) Disculpenme un momento.

Sale.

LA CUÑADA: Mientras haya vino, se espera gustosamente.

Se sientan.

EL DESOCUPADO: No hay que desperdiciar las ocasiones.

SUN (*en voz alta, bromeando ante los invitados*): Me parece conveniente que te tome un pequeño examen antes de que nos case-mos. Sobre todo en nuestro caso, en que todo se decidió tan rápido. (*A los invitados.*) ¡Qué sé yo que clase de mujer me ha tocado en suerte!

La verdad es que estoy preocupado. Por ejemplo, ¿sabes preparar cinco tazas de té con tres hojas de té?

SHEN-TE: No.

SUN: Entonces, tendré que prescindir del té. ¿Podrías dormir en un jergón que tuviera el tamaño del libro que está leyendo el bonzo?

SHEN-TE: ¿Los dos juntos?

SUN: Tú sola.

SHEN-TE: Entonces no.

SUN: Me da miedo la mujer con quien voy a casarme.

Todos ríen. La Señora Yang aparece en la puerta, detrás de Shen-Te. Se alza de hombros para dar a entender a Sun que el invitado no da señales de vida.

SEÑORA YANG (*al bonzo, que le muestra su reloj*): No se dé tanta prisa. Es cuestión de unos cuantos minutos más. Todos fuman y beben y nadie está apurado.

Se sienta junto a los invitados.

SHEN-TE: ¿No sería mejor dejar ya arregladas las cuentas?

SEÑORA YANG: ¡Oh, por favor, no hablemos de negocios en un día como hoy! Resulta tan vulgar en una ceremonia, ¿no le parece?

Se oye el timbre de entrada. Todos miran hacia la puerta, pero nadie entra.

SHEN-TE: ¿A quién espera tu madre, Sun?

SUN: Es una sorpresa para ti. Y a propósito, ¿cómo está tu primo Shui-Ta? Me entendía muy bien con él. Un hombre muy sensato. ¡Qué cabeza! ¿Por qué no dices nada?

SHEN-TE: No sé. No quiero pensar en él.

SUN: ¿Por qué no?

SHEN-TE: Porque no debes entenderte con él. Si me amas a mí, no puedes quererlo.

SUN: Entonces que se lo lleven los tres diablos: el diablo de los desperfectos, el diablo de la niebla y el diablo de la pérdida de nafta. ¡Y ahora bebe, cabezona!

La obliga a beber.

LA CUÑADA (*a la Señora Shin*): Aquí hay algo que no marcha.

SEÑORA SHIN: ¿Qué otra cosa se podía esperar?

EL BONZO (*reloj en mano, se planta resueltamente frente a la Señora Yang*): Señora Yang, me marchó. Hoy debo celebrar otra boda y mañana por la mañana tengo un entierro.

SEÑORA YANG: ¡Si usted se imagina que me resultan agradables todas estas demoras! Esperábamos que un solo cántaro de vino bastaría y ya está casi vacío. ¡Mire! (*En voz alta, a Shen-Te.*) No comprendo, querida Shen-Te, por qué tu primo se hace esperar tanto.

SHEN-TE: ¿Mi primo?

SEÑORA YANG: ¡Claro! Es a él a quien esperamos. Yo estoy hecha a la antigua. Creo que por lo menos un pariente cercano de la novia debe concurrir a la boda.

SHEN-TE: ¡Oh, Sun! ¿Es por los trescientos dólares?

SUN (*sin mirarla*): Tu la oíste. Le gustan las cosas a la antigua y yo la comprendo. Vamos a esperar un cuarto de hora más. Si no llega, querrá decir que los tres diablos se lo han llevado y entonces comenzaremos.

SEÑORA YANG: Sabrán ustedes sin duda que mi hijo va a conseguir un puesto en el correo aéreo. Estoy realmente encantada. Con los tiempos que corren, es necesario ganar un buen sueldo.

LA CUÑADA: El puesto es en Pekín, ¿verdad?

SEÑORA YANG: Sí, en Pekín.

SHEN-TE: Sun, explícale a tu madre que ese proyecto ha quedado descartado.

SUN: Se lo dirá tu primo si opina igual que tú. Entre nosotros, te diré que no comparto tu opinión.

SHEN-TE (*asustada*): ¡Sun!

SUN: ¡Oh, cómo odio a esta Se-Chuan! ¡Qué ciudad! ¿Sabes la impresión que me produce toda su gente cuando entorno los ojos? Pienso que son caballos de tiro. Los veo ahí, inquietos, estirando el pescuezo como si se preguntaran: ¿qué es lo que está tronando allá arriba? ¿Es que ya nadie los necesita? ¿Ya pasó el tiempo para ellos? ¡Pues que se degüellen unos a otros en su ciudad de caballos! ¡Ah, salir de aquí!

SHEN-TE: ¡Pero yo prometí a los dos viejos que les devolvería el dinero!

SUN: Sí, ya me lo dijiste. Puesto que cometiste semejante tontería, es preferible que venga tu primo. Bebe, y déjanos a nosotros dos que nos ocupemos del asunto. Ya lo arreglaremos.

SHEN-TE (*espantada*): Mi primo no puede venir.

SUN: ¿Qué quieres decir?

SHEN-TE: Se ha marchado.

SUN: ¿Y no se te ocurrió pensar en nuestro porvenir?

SHEN-TE: Creí que todavía tendrías los doscientos dólares. Que podríamos devolverlos mañana y conservar el tabaco, que vale mucho más. Y que iríamos los dos a venderlo frente a la fábrica de cemento, ya que no podemos pagar los seis meses de alquiler.

SUN: Quítatelo de la cabeza, hermana, y en seguida. ¿Me ves a mí, a Yang-Sun, el aviador, vendiendo tabaco a los obreros de la fábrica en medio de la calle? ¡Antes me gastaré los doscientos dólares en una noche, antes los arrojaré al río! Y tu primo me conoce. Ya convine con él que me traería los trescientos dólares el día de la boda.

SHEN-TE: Mi primo no puede venir.

SUN: Pues yo pensaba que no podía dejar de venir.

SHEN-TE: Donde yo estoy, él no puede estar.

SUN: ¿Qué misterios son éstos?

SHEN-TE: Sun, créeme, él no es tu amigo. Yo soy tu amiga, yo, que te amo. Mi primo Shui-Ta no ama a nadie. Es mi amigo, pero no el amigo de mis amigos. Si aceptó entregarte el dinero de los dos ancianos fue por ese puesto en Pekín. Pero no te traerá los trescientos dólares para la boda.

SUN: ¿Se puede saber por qué?

SHEN-TE (*mirándolo en los ojos*): Porque dice que compraste un solo pasaje para Pekín.

SUN: Eso era ayer, pero hoy, mira, tengo que mostrarte otra cosa. (*Saca a medias, de un bolsillo interior, dos pasajes.*) No hace falta que lo sepa la vieja. Dos pasajes para Pekín, uno para ti y otro para mí. Y, ¿crees ahora que el primo seguirá oponiéndose a nuestro casamiento?

SHEN-TE: No. El puesto es bueno. Y yo he perdido mi negocio.

SUN: Por ti, vendí los muebles.

SHEN-TE: ¡No digas nada más! No me muestres los pasajes. Temo no poder resistir y marcharme contigo sin pensarlo dos veces. Pero Sun, no puedo darte los trescientos dólares. ¿Qué sería de los dos viejos?

SUN: ¿Y qué será de mí? (*Pausa.*) ¡Vamos, bebe! A menos que encima de todo seas prudente. No quiero saber nada de una mujer prudente. Cuando bebo, siento como si volara de nuevo. Si tú bebes, quizás puedas llegar a comprenderme.

SHEN-TE: No creas que no te comprendo. Quieres volar y yo no puedo ayudarte.

SUN: "Aquí tienes un avión, amado mío, pero no tiene más que un ala".

SHEN-TE: Sun, no podemos conseguir ese puesto en Pekín honradamente. Devuélveme los doscientos dólares que te he dado, los necesito. Devuélvemelos en seguida, Sun.

SUN: "Devuélvemelos en seguida, Sun." ¿Se puede saber de qué estás hablando? ¿Eres mi mujer o no? ¿No te das cuenta que estás cometiendo una traición? Por suerte para mí, y también para ti, este asunto ya no está en tus manos. Todo fue concertado de antemano con tu primo.

SEÑORA YANG (*glacial*): Sun, ¿estás seguro de que vendrá el primo de la novia? Estoy por creer que tiene algo contra este matrimonio. De lo contrario, ya debería estar aquí.

SUN: ¡Qué ocurrencias tienes, mamá! Él y yo somos carne y uña. Voy a abrir la puerta de par en par para que nos vea en cuanto llegue y se precipite para servir de testigo a su amigo Sun. (*Se dirige a la puerta y la abre de un puntapié. Luego vuelve vacilando, pues ha bebido demasiado, y se sienta junto a Shen-Te.*) Esperaremos. Tu primo tiene más seso que tú. El amor —dijo muy sabiamente— es esencial en la vida. Y, lo más importante, es que sabe lo que significa para ti: que te quedarás sin negocio y sin boda.

Esperan.

SEÑORA YANG: ¡Ya viene!

Se oyen pasos. Todos miran hacia la puerta. Los pasos se alejan.

SEÑORA SHIN: Presiento que se avecina un escándalo. Lo huelo, lo palpo en el ambiente. La novia espera la boda, pero el novio espera al señor primo.

SUN: El señor primo no parece tener prisa.

SHEN-TE (*suavemente*): ¡Oh, Sun!

SUN: ¡Pensar que debo permanecer aquí, con los boletos en el bolsillo, junto a una boba que ni siquiera sabe sumar! Y ya veo que llegará el día en que me enviarás la policía para recuperar los doscientos dólares.

SHEN-TE (*al público*): Es malo y quiere que yo también sea mala. Aquí estoy, lo amo, y él espera al primo. Pero siento alrededor de mí a toda esa gente indefensa: la anciana y su marido enfermo, los pobres que todas las mañanas acuden a mi puerta para que les dé un poco de

arroz, y ese desconocido de Pekín que tiembla ante la idea de perder su empleo. Y todos me apoyan, porque todos creen en mí.

SUN (*observando el cántaro de vino, en el que no queda ni una gota*): Este cántaro de vino es nuestro reloj. Somos pobres, y cuando los invitados han terminado con el vino, el reloj se detiene para siempre.

La Señora Yang le hace un gesto para que se calle. Se oyen pasos nuevamente. Entra el mozo.

MOZO: ¿Desea otro cántaro de vino, Señora Yang?

SEÑORA YANG: No, no hace falta. El vino se sube a la cabeza, ¿verdad?

SEÑORA SHIN: Y además, cuesta caro.

SEÑORA YANG: Cuando bebo, transpiro a chorros.

MOZO: Entonces, ¿puedo cobrar la adición?

SEÑORA YANG (*haciéndose la sorda*): Ruego a la distinguida concurrencia esperar un momento más, el pariente debe estar en camino. (*Al mozo.*) No perturbes la ceremonia.

Mozo: Tengo órdenes de no dejarla marchar sin cobrarle la adición.

SEÑORA YANG: ¡Pero aquí me conocen!

MOZO: ¡Precisamente!

SEÑORA YANG: Es un escándalo, estos criados de hoy en día. ¿Qué te parece, Sun?

EL BONZO: Les presento mis respetos.

Sale con paso solemne.

SEÑORA YANG (*desesperada*): ¡No se muevan de sus sitios! El sacerdote volverá dentro de unos instantes.

SUN: Deja, mamá. Señoras y señores, puesto que el sacerdote se ha retirado, no hay razón para demorarlos más.

LA CUÑADA: ¡Ven, abuelo!

EL ABUELO (*vaciando su vaso de un trago*): ¡A la salud de la novia!

LA SOBRINA (*a Shen-Te*): No le guarde rencor. Lo dijo de corazón. Créame que le tiene cariño.

SEÑORA SHIN: Esto es lo que yo llamo una plancha.

Todos los invitados se retiran.

SHEN-TE: ¿Yo también debo marcharme, Sun?

SUN: No. Tú, espera. (*La retiene por su velo de novia y se lo tuerce.*) ¿No es tu boda acaso? Yo seguiré esperando y la vieja también esperará. Como que su único deseo es ver a su aguilucho atravesando las nubes. Pero me temo que tendrá que esperar hasta el día de San Novendrá para oír el zumbido del avión volando por encima de su casa. (*A los asientos vacíos, como si los invitados estuvieran todavía presentes.*) Señoras y señores, ¿por qué se ha apagado la conversación? ¿No se sienten a gusto aquí? La boda se ha demorado un poco. Eso es todo. Es que se espera la llegada de un invitado de calidad y la novia no sabe lo que es el amor. Para distraerlos, yo, el novio, voy a cantarles una canción.

LA CANCIÓN DE SAN NOVENDRÁ

Ese día —bien lo sabe todo aquel
Que en pobre cuna se crió—
El hijo de la mendiga a un trono de oro subirá.
Ese día, el día de San Novendrá.
 Para San Novendrá
 En un trono de oro se sentará.
Ese día los buenos serán recompensados
Y los malos serán acogotados.
La ganancia y el mérito buenas migas harán
Y el pan y la sal compartirán.
 Para San Novendrá
 El pan y la sal compartirán.
La hierba, desde lo alto, el cielo verá a sus pies

Y el río, aguas arriba, a la grava arrastrará.
El hombre al fin será bueno y con esto, nada más,
La Tierra un paraíso será.

Para San Novendrá

La Tierra un paraíso será.

Ese día yo seré aviador

Y tú serás general

Y tú por fin encontrarás trabajo

Y tú, pobre mujer, descansarás.

Para San Novendrá

Pobre mujer, descansarás.

Y como esperar más ya no es posible,

¿Sabéis? Todo eso sucederá

Antes de que caiga la noche, antes de que brille el sol

Al primer canto del gallo.

Para San Novendrá

Al primer canto del gallo todo eso sucederá.

SEÑORA YANG: Ya no vendrá.

Los tres permanecen sentados, dos de ellos con la cabeza vuelta hacia la puerta.

INTERMEDIO

El albergue nocturno de Wang.

*Nuevamente los dioses se aparecen en sueños a Wang. Éste se ha quedado dormido, con un libro muy voluminoso sobre las rodillas.
Música.*

WANG: ¡Cuánto me alegro de veros, ilustres dioses! Permitidme que os plantee un problema que me tiene muy preocupado. Encontré este libro en la cabaña derruida de un monje que, tras colgar los hábitos, entró como obrero en la fábrica de cemento. En este libro descubrí un pasaje muy curioso. Permitidme que os lo lea.

Con la mano izquierda da vuelta las hojas de un libro imaginario colocado sobre el verdadero que tiene en las rodillas. Alza el libro imaginario para leer, mientras el verdadero queda en su sitio.

WANG: "Hay en Sung un paraje denominado el bosquecillo de las zarzas. Allí crecen catalpas, cipreses y moreras. Cada uno de los habitantes del lugar los tala según sus necesidades. Los árboles de uno o dos palmos de circunferencia sirven para construir travesaños para las perrerías. Los de tres a cuatro palmos, para fabricar tablones para los ataúdes de los ricos. Y los de siete u ocho, para las vigas de las villas de lujo. Ninguno de esos árboles alcanza su completo desarrollo. Todos caen antes de tiempo, por el hacha o por la sierra. ¡Ésa es la paga que recibe el servidor útil!"

TERCER DIOS: Lo que significaría, en este caso, que el servidor menos útil es el mejor.

WANG: No, sólo el más feliz.

PRIMER DIOS: ¡Las cosas que se escriben!

SEGUNDO DIOS: ¿Por qué te conmueve tan profundamente esa parábola?

WANG: Porque me hace pensar en Shen-Te, Señor. Su amor terminó en un fracaso por haber cumplido el mandamiento: amarás a tu prójimo. ¿No creéis, ilustres dioses, que quizá sea demasiado buena para este mundo?

PRIMER DIOS: ¡Qué insensatez! ¡Oh, hombre débil y miserable! ¡Los piojos y las dudas te han roído los sesos!

WANG: Tenéis razón, Señor. Perdonadme. Pero pensé que tal vez podríais intervenir.

PRIMER DIOS: ¡Eso. sí que no! Ayer, sin ir más lejos, nuestro amigo aquí presente (*señala al Tercer dios, que tiene un ojo en compota*) quiso intervenir en una disputa, y ya ves el resultado.

WANG: Se vio obligada a recurrir una vez más al primo. Puedo dar fe, ¡ay!, que es un hombre extraordinariamente hábil y, sin embargo, no logró solucionar nada. Según parece, el negocio está irremediabilmente perdido.

TERCER DIOS (*alarmado*): ¿Y si a pesar de todo la ayudáramos?

PRIMER DIOS: Soy de opinión que debe ayudarse a sí misma.

SEGUNDO DIOS (*severo*): Las almas virtuosas se templan en el dolor. ¡El sufrimiento purifica!

PRIMER DIOS: En ella ciframos todas nuestras esperanzas.

TERCER DIOS: Nuestra búsqueda no nos proporciona muchas satisfacciones. Es verdad que encontramos de cuando en cuando impulsos generosos, loables intenciones y gran número de principios elevados. Pero eso no basta para formar un alma buena. Y cuando encontramos hombres más o menos buenos, llevan una vida que no es digna del hombre. (*En tono confidencial.*) Pasamos las noches en lugares imposibles. Te darás cuenta de lo que son, por estas briznas de paja.

Le muestra las briznas de paja pegadas a sus ropas.

WANG: Escuchad, ¿no podríais por lo menos... ?

Los DIOS: Nada. Nuestra misión es observar. Tenemos la firme convicción de que nuestra buen alma sabrá vencer todos los obstáculos que se le presenten en este mísero mundo. Cuanto más pesada sea la carga, mayor será su fuerza. Ten paciencia, aguatero, ya verás que todo tendrá un buen...

Las figuras de los dioses se esfuman poco a poco; sus voces se perciben cada vez más débilmente. Los dioses terminan por desvanecerse y sus voces se apagan.

VII

EL PATIO INTERIOR DE LA CIGARRERÍA DE SHEN-TE

Un carro pequeño con algunos enseres domésticos. Shen-Te y la Señora Shin descuelgan ropa blanca de una cuerda.

SEÑORA SHIN: No alcanzo a comprender por qué no lucha usted con uñas y dientes para defender su negocio.

SHEN-TE: ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera tengo el dinero para pagar el alquiler. Hoy debo devolver los doscientos dólares a los dos ancianos, pero como se los entregué a otra persona no me queda otro recurso que vender el tabaco a la señora Mi-Tzu.

SEÑORA SHIN: ¡De modo que todo se ha venido abajo! Ni marido, ni tabaco, ni casa. Eso es lo que sucede cuando se quiere ser mejor que los demás. Y ahora, ¿de qué va a vivir?

SHEN-TE: No sé. Tal vez pueda ganarme unos pesos seleccionando tabaco.

SEÑORA SHIN: ¿Cómo es que están aquí los pantalones del señor Shui-Ta? Me imagino que no se habrá marchado en paños menores.

SHEN-TE: Tiene otro pantalón.

SEÑORA SHIN: Pero usted dijo que se iba para siempre. Si es así, ¿por qué dejó su pantalón?

SHEN-TE: Tal vez no piense usarlos más.

SEÑORA SHIN: Entonces, ¿no lo pongo junto con lo demás?

SHEN-TE: No.

Llega corriendo el señor Shu-Fu.

SHU-FU: No diga nada. Lo sé todo. Sé que sacrificó su amor y su felicidad para evitar la ruina de dos ancianos que confiaron en usted.

No es extraño que en este barrio, desconfiado y malévolo, la llamen "el ángel de los suburbios". Su señor novio no ha sido capaz de elevarse a su nivel moral y usted tuvo que dejarlo. Y ahora cierra este negocio, que fue una pequeña isla de paz para tantos desdichados. No puedo tolerarlo. Día tras día, observaba desde mi barbería a ese pequeño tropel de indigentes apretujados ante su puerta, hasta que usted llegaba y les repartía el arroz con sus propias manos. ¿Será posible que todo esto termine para siempre? ¿Que tanta bondad esté condenada a perderse? ¡Ah! ¡Si me permitiera ayudarla en sus obras de caridad! No, no me diga nada. No exijo ninguna garantía, ningún compromiso de su parte, no tiene ninguna obligación de aceptar mi colaboración. Pero aquí tiene. (*Saca una libreta de cheques y firma un cheque, que deja en el carrito.*) Es un cheque en blanco. Llénelo usted, por la suma que desee. Y yo me retiro, silencioso y humilde, sin pedir nada; de puntillas, venerándola, me aparto.

SEÑORA SHIN (*examina el cheque*): ¡Está salvada! La gente como usted tiene suerte. ¡Siempre encuentra algún tonto! No deje escapar esta ocasión. Escriba aquí mil dólares y voy corriendo al banco antes de que él se arrepienta.

SHEN-TE: Ponga la canasta de ropa en el carro. No me hace falta el cheque para pagarle el lavado de la ropa.

SEÑORA SHIN: ¡Cómo! ¿No va a aceptar el cheque? ¡Pero es un crimen! Estoy segura de que lo hace para no contraer ningún compromiso que la obligue luego a casarse con ese hombre. Es una verdadera locura. A los hombres como él les gusta que los lleven por la nariz. Les produce una especie de voluptuosidad. ¿O es porque piensa reanudar sus relaciones con el aviador? Toda la calle Amarilla, el barrio entero sabe de qué modo vergonzoso se portó con usted.

SHEN-TE: La culpa de todo la tiene la miseria. (*Al público:*)

Vi sus mejillas hincharse por la cólera durante el sueño. Al alba miré su saco a contraluz y vi el muro a través. Cuando rió con malévolamente risa, temblando lo escuché. Mas cuando vi sus zapatos raídos, ¡oh!, cuánto lo amé.

SEÑORA SHIN: ¡Y todavía lo defiende! En mi vida he visto tamaña insensatez. (*Colérica.*) Respiraré mejor cuando el barrio se vea libre de usted.

SHEN-TE (*vacilando al recoger el lío de ropa*): Estoy un poco mareada.

SEÑORA SHIN: ¿Le sucede a menudo sentir mareos, así, cuando alza los brazos o cuando se inclina? No sea que tengamos un niño en camino. (*Ríe.*) ¡Qué bien la atraparon! Lo que es ahora puede ir olvidándose del cheque. No creo que haya sido previsto para semejante caso.

Se marcha con una canasta de ropa. Shen-Te, inmóvil, la sigue con la mirada. Después examina su vientre, lo palpa; su rostro refleja una inmensa alegría.

SHEN-TE (*suavemente*): ¡Oh, alegría! Un pequeño ser se está gestando dentro de mi seno. Todavía no se lo ve. Pero está allí. El mundo lo espera en secreto. En la ciudad ya corre el rumor: pronto llegará otro hombre, con el cual habrá que contar. (*Presentando su hijo al público.*) ¡Un aviador!

Saludad a un nuevo conquistador

De las montañas desconocidas y de las tierras inaccesibles.

Uno más que llevará noticias de los hombres a otros hombres

Por encima de los desiertos infranqueables.

Se pasea coma si llevara al niño de la mano.

Ven, hijo mío, contempla el mundo. Esto es un árbol. Inclínate, salúdalo. (*Le muestra cómo se hace la reverencia.*) Bueno, ahora ya os conocéis. Escucha, allí viene el aguatero. Es un amigo, dale la mano. No tengas miedo. "Por favor, un vaso de agua fresca para mi hijo, ¡hace tanto calor!" (*Le da el vaso.*) ¡Oh! ¡El policía! Mejor será tomar otro camino. ¿Y si fuéramos a buscar algunas cerezas al jardín de Feh-Pung, ese señor que es tan rico? ¡Cuidado, que nadie nos vea! Ven, niño sin padre. ¡Tú también quieres cerezas! ¡Despacio, despacio, hijo mío! (*Avanza con cautela, mirando en derredor.*) No, por aquí, así nos oculta este matorral. No, no hay que seguir derecho, por aquí no se

puede. (*Avanza como si el niño la arrastrara.*) Vamos, tienes que ser juicioso. (*De pronto cede.*) Bien, ya que insistes. (*Lo alza en brazos.*) ¿Puedes alcanzar las cerezas? Métetelas en la boca, allí estarán bien guardadas. (*Finge comer una cereza que le ha dado el niño.*) Está deliciosa. ¡Dios mío, el policía! Escapemos. (*Huyen.*)

Ya estamos en la calle. Y ahora, a caminar tranquilamente, con la mayor indiferencia. Como si nada hubiera sucedido...

Se pasea con el niño, cantando:

La ciruela, por sorpresa,
Cayó sobre el vagabundo.
Pero el hombre, en un segundo,
La mordió en la cabeza.

Ha entrado Wang, el aguatero, llevando a un niño de la mano. Se queda observando a Shen-Te con expresión de asombro.

SHEN-TE (*al oír a Wang, que carraspea*): ¡Ah, Wang! ¡Buenos días!

WANG: Oí decir que tus cosas no marchan bien, Shen-Te, que tendrás que vender el negocio para pagar tus deudas. A pesar de todo, te traigo a un niño que ha quedado sin hogar. Lo encontré vagando por los mataderos. Debe ser uno de los hijos de Lin-To, el carpintero, que perdió su taller hace algunas semanas. Desde entonces se ha dado a la bebida, y sus hijos andan por las calles, hambrientos. ¿Qué se podría hacer?

SHEN-TE (*tomando al niño de la mano*): ¡Ven, hombrecito! (*Al público:*)

¡Oíd, vosotros! Un hombre os pide asilo.
Un hombre de mañana os pide un hoy.
Su amigo el conquistador, a quien ya conocéis,
Intercede por él.

(*A Wang.*) Habrá que alojarlo en las barracas del señor Shu-Fu. Yo también iré a parar allí seguramente. Voy a tener un hijo. Pero no se lo digas a nadie, podría enterarse Yang-Sun y no seríamos más que un estorbo para él. Vé al bajo a buscar al señor Lin-To y dígale que venga aquí.

WANG: Muchas gracias, Shen-Te. Sabía que hallarías alguna solución. (*Al niño.*) Ya ves, un alma buena siempre encuentra una salida. Voy corriendo a buscar a tu padre.

Se dispone a marcharse.

SHEN-TE: Oh, Wang, ahora que recuerdo, ¿cómo sigue tu mano? Yo quería declarar en tu favor, pero mi primo...

WANG: No te preocupes por mi mano. Mira, ya aprendí a desenvolverme sin la derecha. Casi puedo prescindir de ella. (*Le enseña como maneja los cubos de agua sin recurrir a la mano derecha.*) ¿Ves como hago?

SHEN-TE: Pero hay que impedir que se te inutilice del todo. Toma mi carrito, lo vendes todo y con el dinero que saques vas en seguida a ver al médico. Me da vergüenza haber faltado a mi palabra. ¡Y lo que pensarás de mí, que he aceptado las barracas del barbero!

WANG: Pienso que todos los que no tienen techo hallarán donde cobijarse, y tú también. Es más importante que mi mano. Voy a buscar al carpintero.

Sale.

SHEN-TE (*gritando*): ¡Prométeme que verás al médico! (*Entretanto, la Señora Shin ha regresado y hace gestos de desaprobación.*) ¿Qué le ocurre?

SEÑORA SHIN: ¿Ha perdido el juicio? ¡Encima se da el lujo de regalar el carro y los pocos trastos que le quedan! Después de todo, ¿qué tiene que ver usted con la mano de ese hombre? Si el barbero llega a enterarse la pone de patitas en la calle, y usted se queda sin protección.

SHEN-TE: ¿Por qué es usted tan mala?

Pisotear siempre al prójimo

¿No acaba por cansar? Codiciar es tan duro

Que en la frente las venas se hinchan por el esfuerzo.

La mano que se tiende naturalmente

Da y recibe con la misma soltura,

Pero la mano ávida se endurece muy pronto. ¡Ah!
¡Qué delicioso es dar! Ser generoso
¡Qué bella tentación! Una buena palabra
Brotó suavemente, como un suspiro de felicidad.

La Señora Shin se marcha, furiosa.

SHEN-TE (*al niño*): Siéntate aquí y espera que llegue tu padre.

El niño se sienta en el sucio. En el patio entra la pareja que visitó a Shen-Te el día en que ésta inauguró su negocio. Traen grandes bolsas.

LA MUJER: ¿Dónde está tu primo?

SHEN-TE: De viaje.

LA MUJER: ¿Volverá?

SHEN-TE: No. Vendo la cigarrería.

LA MUJER: Lo sabíamos. Por eso hemos venido. Aquí traemos unas bolsas de tabaco fresco que nos entregaron en pago de una vieja deuda. ¿No podrías llevarlas a tu nuevo domicilio junto con todas tus cosas? No tenemos dónde guardarlas y en la calle podemos llamar la atención con estas bolsas. Espero que no nos negarás este pequeño favor, después de todos los trastornos que nos causó tu negocio.

SHEN-TE: Lo haré con mucho gusto.

EL HOMBRE: Si alguien llegara a preguntarte a quién pertenecen, le dices que son tuyas y nada más.

SHEN-TE: ¿Y quién puede preguntármelo?

LA MUJER (*le clava una mirada penetrante*): La policía, por ejemplo. Están prevenidos contra nosotros y tratan de hundirnos. ¿Dónde dejamos las bolsas?

SHEN-TE: No sé. En este momento, no quisiera hacer nada que me llevara a la cárcel.

LA MUJER: De ti no se podía esperar otra cosa. Vamos a terminar por perder estas míseras bolsas, lo único que nos queda, lo único que hemos conseguido salvar.

Shen-Te guarda silencio, obstinadamente.

EL HOMBRE: Piensa que este tabaco podría servirnos para instalar una pequeña fábrica y resolver nuestra situación.

SHEN-TE: Está bien, guardaré las bolsas. Entretanto, vamos a ponerlas en la trastienda.

Salen con las bolsas. El niño los sigue con la vista. Luego, dirige temerosas miradas en derredor, se dirige al tacho de la basara y lo revuelve con la mano. Se pone a comer lo que encuentra. Entran Shen-Te y los demás.

LA MUJER: Comprenderás que confiamos plenamente en ti.

SHEN-TE: Sí.

Ve al niño y queda petrificada.

EL HOMBRE: Pasado mañana iremos a buscarte a las barracas del señor Shu-Fu.

SHEN-TE: Váyanse en seguida. No me siento bien. *(Los empuja hacia la salida. Se marchan los tres.)* Tiene hambre. Está revolviendo la basura.

Alza en los brazos al niño y en el discurso que sigue expresa el horror que le inspiran los niños pobres. Mientras muestra al público la boquita sucia de cenizas, reafirma su resolución de no permitir que su hijo sufra una suerte tan cruel.

¡Oh hijo! ¡Oh aviador! ¿En qué mundo nacerás?

¿También quieren que tú

Revuelvas la basura? Mirad

Esa boquita gris. *(Muestra al niño.)* ¿Así tratáis

A vuestros semejantes? ¿No tenéis piedad del fruto

De vuestras entrañas? ¿No tenéis compasión

De vosotros mismos, desdichados? Yo al menos

Defenderé al mío, aunque tenga
Que transformarme en tigre. Sí, este espectáculo
Me sirvió de lección. ¡Desde ahora me apartaré
De todo el mundo y no me daré tregua
Hasta no haber salvado al menos a mi hijo!
Lo que aprendí en el arroyo —mi escuela—
A fuerza de golpes y de astucia,
Hijo mío, tú lo aprovecharás. Contigo
Seré buena, con todos los demás
Tigre y fiera, si fuera necesario.
Y es necesario.

SHEN-TE (*mientras se retira*); Tendré que hacerlo una vez más.
Espero que será la última.

Se ha llevado los pantalones de Shui-Ta. Entra la Señora Shin y se queda mirando a Shen-Te con curiosidad. Entran la cuñada y el abuelo.

LA CUÑADA: ¡El local cerrado, los muebles en el patio! ¡Es el fin!

SEÑORA SHIN: Éstas son las consecuencias de la frivolidad, de la sensualidad y del egoísmo. ¿Y a dónde conduce todo esto? Cada vez más abajo, hasta las barracas del señor Shu-Fu, en donde se han cobijado ustedes.

LA CUÑADA: Pues Shen-Te se llevará una buena sorpresa. Venimos a quejarnos. Son unas covachas húmedas, llenas de ratas, con las tablas del piso podridas. ¡Claro! Nos las cedió porque allí se le estropeaba su stock de jabón. "Les ofrezco un refugio, eh, ¿qué me dicen?" Que es una vergüenza, eso es lo que decimos.

Entra el desocupado.

EL DESOCUPADO: ¿Es cierto que se marcha Shen-Te?

LA CUÑADA: Sí, quería irse a hurtadillas, sin que nadie se enterara.

SEÑORA SHIN: Siente vergüenza porque está arruinada.

EL DESOCUPADO (*con vehemencia*): Hay que llamar al primo. Díganle que llame al primo. Es el único que puede hacer algo todavía.

LA CUÑADA: Es verdad. Aunque sea un tacaño, por lo menos salvará el negocio y nosotros podremos seguir tirando.

EL DESOCUPADO: No pensaba en nosotros sino en ella. Pero tiene razón. También por nosotros habría que llamarlo.

Entra Wang con el carpintero. Éste lleva a dos niños de la mano.

EL CARPINTERO: Créame, no sé cómo agradeceréelo. (*A los demás.*) Vamos a tener alojamiento.

SEÑORA SHIN: ¿Dónde?

EL CARPINTERO: En las barracas del señor Shu-Fu. Lo conseguimos gracias al pequeño Feng. ¡Ah! Estabas ahí. Parece que la señorita Shen-Te dijo: "Aquí hay alguien que necesita asilo". Y en seguida nos encontró alojamiento. (*A los niños.*) Pueden darle las gracias a su hermano. (*El carpintero y sus hijos se inclinan ante el niño.*) Profundamente agradecidos, pequeño intermediario de los desamparados.

Entra Shui-Ta.

SHUI-TA: ¿Puedo preguntarles que hacen aquí?

EL DESOCUPADO: ¡Señor Shui-Ta!

WANG: Buenos días, señor Shui-Ta, no sabía que había regresado. ¿Recuerda al carpintero Lin-To? La señorita Shen-Te le prometió ubicarlo en las barracas del señor Shu-Fu.

SHUI-TA: Las barracas del señor Shu-Fu no están disponibles.

EL CARPINTERO: Entonces, ¿no podremos alojarnos allí?

SHUI-TA: Esos locales están destinados a otros fines.

LA CUÑADA: ¿Quiere decir que nosotros también tenemos que dejarlos?

SHUI-TA: Me temo que sí.

LA CUÑADA: ¿Ya dónde vamos a ir?

SHUI-TA (*alzándose de hombros*): La señorita Shen-Te se fue de viaje; pero no es mi intención privarlos de la ayuda que les ha brindado. Eso sí, en el futuro, las cosas tendrán que organizarse de un modo un poco más razonable. Debo advertirles desde ya que sin cierta reciprocidad no habrá comida. Todos ustedes tendrán la posibilidad de mejorar su situación trabajando honestamente, y la señorita Shen-Te ha decidido ofrecerles trabajo. Los que quieran seguirme a las barracas del señor Shu-Fu no serán defraudados.

LA CUÑADA: ¿De modo que ahora vamos a tener que trabajar para Shen-Te?

SHUI-TA: Así es. Elaborarán el tabaco. En la trastienda tengo tres bolsas de mercadería. Vayan a buscarlas.

LA CUÑADA: No olvide que también nosotros tuvimos un negocio. Ya que tenemos nuestro propio tabaco, preferimos trabajar por nuestra cuenta.

SHUI-TA (*al desocupado y al carpintero*): Como ustedes dos no poseen tabaco, tal vez quieran venir a trabajar para Shen-Te.

El carpintero y el desocupado se dirigen a la trastienda de mala gana. Aparece la propietaria.

LA PROPIETARIA: Bien, señor Shui-Ta. ¿Cuándo cerramos el trato? Aquí traigo los trescientos dólares.

SHUI-TA: Señora Mi-Tzu, he decidido no vender. Voy a firmar el contrato de alquiler.

LA PROPIETARIA: ¡Cómo! ¿Y el aviador? ¿No tenía que darle el dinero?

SHUI-TA: Ya no.

LA PROPIETARIA: ¿Y cómo piensa pagar el alquiler?

SHUI-TA (*retira del carrito el cheque del barbero y lo llena*): Tengo un cheque por diez mil dólares de plata firmado por el señor Shu-Fu, quien me manifestó su interés en ayudar a mi prima. Antes de las seis de la tarde recibirá usted sus doscientos dólares por los seis meses de

alquiler. Y ahora, señora Mi-Tzu, tengo que ponerme a trabajar. Hoy estoy muy ocupado. Le ruego que me perdone.

LA PROPIETARIA: Por lo que veo el señor Shu-Fu será el sucesor del aviador. ¡Diez mil dólares de plata! ¡Ah, señor Shu-Fu! ¡Estas muchachas modernas me dejan pasmada! ¡Son más volubles y superficiales unas que otras!

Sale. El desocupado y el carpintero traen las bolsas.

EL CARPINTERO: En realidad, no comprendo por qué tengo que acarrear sus bolsas.

SHUI-TA: Yo lo comprendo y basta. Su hijo, aquí presente, goza de un excelente apetito. Quiere comer, señor Lin-To.

LA CUÑADA (*ve las bolsas*): ¿Pasó mi hermano por aquí?

SEÑORA SHIN: Sí.

LA CUÑADA: Me lo suponía. Conozco esas bolsas, es nuestro tabaco.

SHUI-TA: Le aconsejo que no lo grite a todos los vientos. Ese tabaco es mío. La prueba es que se hallaba en mi trastienda. Pero si le queda la menor duda, la disparemos fácilmente en la comisaría. ¿Quiere que vayamos juntos?

LA CUÑADA (*irritada*): No.

SHUI-TA: Entonces, resulta que usted tampoco tiene tabaco. En ese caso, tal vez quiera aceptar la mano generosa que le tiende la señorita Shen-Te. Y ahora, les agradeceré que me indiquen cómo se va a las barracas del señor Shu-Fu.

Toma de la mano al hijo menor del carpintero y sale, seguido de este último, sus dos hijos mayores, la cuñada, el abuelo y el desocupado. La cuñada, el carpintero y el desocupado arrastran las bolsas.

WANG: No es un mal hombre, pero Shen-Te es un alma buena.

SEÑORA SHIN: No sé. De la cuerda de colgar la ropa falta un pantalón, precisamente el que lleva el primo. Hay algo raro detrás de todo esto. Me gustaría saber qué.

Entran los dos ancianos.

LA ANCIANA: ¿No está la señorita Shen-Te?

SEÑORA SHIN (*ausente*): Está de viaje.

LA ANCIANA: ¡Qué raro! Tenía que entregarme algo.

WANG (*dolorido, mirando su mano*): También a mí iba a ayudarme. Tengo la mano casi paralizada. Pero estoy seguro de que volverá pronto. El primo nunca se queda mucho tiempo.

SEÑORA SHIN: No, ¿verdad?

INTERMEDIO

El albergue nocturno de Wang.

Música. En sueños, el aguatero expresa sus temores a los dioses. Estos prosiguen su largo peregrinaje. Parecen cansados. Se detienen un momento, vuelven la cabeza y miran por encima del hombro del aguatero.

WANG: Antes de que vuestra aparición me despertara, ilustres dioses, soñé que veía a mi buena hermana Shen-Te, en medio de la mayor zozobra, junto a los cañaverales del río, allí donde van a parar los cuerpos de los suicidas. Vacilaba de un modo extraño, inclinando la cabeza como si arrastrara algo blando pero pesado- al mismo tiempo, que la hundía en el barro. La llamé y me gritó que debía transportar a la otra orilla todo el fardo de los mandamientos divinos sin que se mojaran, pues el agua podía borrar los caracteres. A decir verdad, yo no veía nada sobre sus hombros, pero de pronto recordé con terror que vosotros, ¡oh dioses!, le habíais predicado acerca de las grandes virtudes con que le corresponderíais por haberos dado albergue aquella noche en que buscábais en vano un techo para cobijaros. ¡Qué

vergüenza cuando lo recuerdo! Estoy convencido de que comprenderéis mi inquietud.

TERCER DIOS: ¿Qué es lo que propones?

WANG: Una pequeña rebaja en el cumplimiento de vuestros mandamientos, ilustres dioses. Un pequeño alivio para que la carga no sea tan pesada, dioses benevolentes, ya que los tiempos son tan duros.

TERCER DIOS: ¿Por ejemplo, Wang, por ejemplo?

WANG: Bueno, por ejemplo, que se le exija solamente buena voluntad en lugar de amor, o bien...

TERCER DIOS: ¡Pero es mucho más difícil, desdichado!

WANG: ...o bien equidad en vez de justicia.

TERCER DIOS: ¡Eso cuesta muchísimo más trabajo!

WANG: Entonces, decencia simplemente, en lugar de honor.

TERCER DIOS: ¡No comprendes que es exigir mucho más, alma descreída!

Se alejan, fatigados.

VIII

LA FÁBRICA DE TABACO DE SHUI-TA

En las barracas del señor Shu-Fu, Shui-Ta ha instalado una pequeña fábrica de tabaco. Detrás del enrejado, horriblemente hacinados, viven en pésimas condiciones varias familias, en su mayoría mujeres y niños. Se ve, entre otros, a la cuñada, al abuelo, al carpintero y a sus hijos. Entra la Señora Yang, seguida de su hijo Sun.

SEÑORA YANG (*al público*): Debo relatarles cómo el señor Shui-Ta, a quien todos estiman, logró transformar a mi hijo Sun. Cómo, gracias a su perspicacia y a su firmeza, lo apartó del mal camino para hacer de él un hombre de bien. Todos los vecinos del barrio saben que el señor Shui-Ta abrió una fábrica de tabaco cerca de los mataderos. Una fábrica pequeña, pero que, con el correr de los días, se ha convertido en un establecimiento floreciente. Hace tres meses decidí ir a verlo con mi hijo. Me recibió tras una breve espera.

Shui-Ta sale de la fábrica y se dirige a la Señora Yang.

SHUI-TA: ¿En qué puedo servirla?

SEÑORA YANG: Señor Shui-Ta, vengo a interceder por mi hijo. La policía se presentó esta mañana en nuestra casa para informarnos que usted había iniciado una querrela en nombre de la señorita Shen-Te por ruptura de promesa de matrimonio y apropiación indebida de doscientos dólares.

SHUI-TA: Completamente exacto, señora Yang.

SEÑORA YANG: ¡Por el amor del cielo, señor señor Shui-Ta, sea clemente una vez más! El dinero se ha esfumado. Mi hijo lo despilfarró en dos días cuando comprendió que todos sus planes para conseguir el puesto de aviador que tanto ambicionaba se desbarataban. Sí, ya sé

que es un desvergonzado. Se atrevió a vender todos mis muebles para irse a Pekín sin mí, sin su anciana mamá. (*Llora.*) En otro tiempo, la señorita Shen-Te le demostró mucho afecto.

SHUI-TA: ¿Tiene algo que decir, señor Yang-Sun?

SUN (*sombrío*): Ya no tengo el dinero.

SHUI-TA: Señora Yang, en consideración a la incomprensible debilidad de mi prima por su descarriado hijo, estoy dispuesto a brindarle una oportunidad. La señorita Shen-Te espera, según me ha dicho, que un trabajo honrado lo enmendará. Puedo ofrecerle un puesto en mi fábrica. En cuanto a los doscientos dólares, se los descontaré poco a poco de su salario.

SUN: La cárcel o la fábrica, ¿eh?

SHUI-TA: No le queda otra alternativa.

SUN: ¿Y no podré hablar nunca más con Shen-Te?

SHUI-TA: No.

SUN: Lléveme a mi puesto.

SEÑORA YANG: Mil gracias, señor Shui-Ta. Es usted muy bondadoso. ¡Que los dioses lo recompensen! (*A Sun.*) Te apartaste de la buena senda. Ahora que has encontrado un trabajo honesto, trata de corregirte para que puedas mirar a tu madre de frente sin avergonzarte.

Shui-Ta se dirige a la fábrica seguido de Sun. La Señora Yang vuelve al proscenio.

SEÑORA YANG: Las primeras semanas fueron duras para Sun. El trabajo no le gustaba. No tenía ninguna ocasión de sobresalir. Pero a la tercera semana, un pequeño incidente vino en su ayuda. El ex carpintero Lin-To y él tenían que transportar unas bolsas de tabaco.

Sun y Lin-To transportan dos bolsas de tabaco cada uno.

EL CARPINTERO (*se detiene, jadeando, y se deja caer sobre una de las bolsas*): No puedo más. Ya no estoy en edad de hacer semejante trabajo.

SUN (*se sienta también*): Deja las bolsas y mándalos a paseo.

EL CARPINTERO: ¿Y de qué voy a vivir? También puse a trabajar a mis hijos y apenas sacamos para comer. ¡Si la señorita Shen-Te viera esto, ella que era tan buena!

SUN: Sí, no era mala, tienes razón. Si las circunstancias no hubieran sido adversas, nos habríamos entendido muy bien los dos. Me gustaría saber dónde está. Bien, será mejor que sigamos trabajando. Esta es la hora en que él suele darse una vueltecita por aquí.

Se levantan.

SUN (*viendo venir a Shui-Ta*): ¡Dame una de tus bolsas, lisiado!

Carga una de las bolsas de Lin-To.

EL CARPINTERO: ¡Muchas gracias! Si Shen-Te estuviera aquí y te viera ayudar a este pobre viejo, sabría apreciarlo.

Entra Shui-Ta.

SEÑORA YANG: Naturalmente, a la primera ojeada, el señor Shui-Ta supo diferenciar al buen obrero, al que nunca le pone mala cara al trabajo. E intervino.

SHUI-TA: ¡Alto ahí! ¿Qué sucede? ¿Por qué llevas una sola bolsa?

EL CARPINTERO: Me siento un poco cansado hoy, señor Shui-Ta, y Yang-Sun tuvo la gentileza...

SHUI-TA: Amiguito, das media vuelta sin chistar y te traes tres bolsas. Lo que hace Yang-Sun tú también puedes hacerlo. Lo que pasa es que Yang-Sun tiene buena voluntad y tú no.

SEÑORA YANG (*mientras el carpintero va a buscar otros dos fardos*): A Sun no le dijo ni una sola palabra, por supuesto, pero a partir de aquel momento, el señor Shui-Ta supo a qué atenerse. Y el sábado siguiente, a la hora de la paga...

Traen una mesa. Aparece Shui-Ta llevando una bolsa con dinero. De pie, junto al capataz —el ex desocupado—, comienza a pagar a los obreros. Sun se acerca a la mesa.

EL CAPATAZ: Yang-Sun, seis dólares de plata.

SUN: Perdón, pero son cinco. Cinco dólares solamente. (*Toma la lista que tiene el capataz.*) ¿Me permite? Vea, aquí donde dice seis días de labor hay un error. Falté un día, por un asunto que tengo en los Tribunales. (*Hipócritamente.*) Por bajo que sea mi salario, no quiero aceptar nada que no me lo haya ganado.

EL CAPATAZ: Bueno, cinco dólares entonces. (*A Shui-Ta.*) ¡Es un caso excepcional, señor Shui-Ta!

SHUI-TA: ¿Cómo se anotaron seis días si sólo trabajó cinco?

EL CAPATAZ: Me habré equivocado, señor Shui-Ta. (*A Sun, frío:*) No volverá a ocurrir.

SHUI-TA (*llevándose aparte a Sun*): Lo he estado observando. Es usted vigoroso y no escatima esfuerzos cuando se trata de la firma. Hoy me ha demostrado que además es un hombre honesto. ¿Es frecuente que el capataz se equivoque así, en perjuicio de la firma?

SUN: Se hizo amigo del personal y los obreros lo consideran uno de los suyos.

SHUI-TA: Comprendo. ¿Quiere una gratificación? Favor con favor se paga.

SUN: No. Pero quisiera hacerle notar que soy un hombre inteligente. He recibido una buena instrucción, ¿sabe? El capataz se entiende muy bien con los obreros, pero como es un ignorante no puede llegar a comprender las verdaderas necesidades de la empresa. Tómeme a prueba por una semana, señor Shui-Ta, y le demostraré que mi inteligencia tiene más valor para la firma que mis músculos.

SEÑORA YANG: Fue un golpe de audacia, pero esa noche le dije a mi hijo Sun: "Eres aviador; demuéstrole, entonces, que aun en las condiciones en que te encuentras eres capaz de elevarte por encima de los demás. ¡Vuela, aguilucho mío!" Porque teniendo instrucción e inteligencia se puede llegar a cualquier parte. Y, sin ellas, ¿cómo se puede pertenecer un día a la minoría selecta del país? Mi hijo realizó verdaderos milagros en la fábrica del señor Shui-Ta.

Sun, con las piernas separadas, está plantado frente a los obreros que se pasan unos a otros, por encima de sus cabezas, una canasta de tabaco fresco.

SUN: ¡Eh, ustedes!, ¿qué modo es ése de trabajar? Hay que mover la canasta más de prisa. *(A un niño.)* ¡Siéntate en el suelo, así ocuparás menos sitio! Y tú, ¿podrías vigilar también la prensa, sí, tú, tú! ¡Montón de vagos!, ¿para qué creen que se les paga? ¡Vamos, más rápido con la canasta! ¡Demonios! ¡Apartad de ahí al abuelo y que se ponga a desmenuzar el tabaco con los chicos! ¡Basta de haraganear aquí! ¡Vamos, marcando el compás!

Marca el compás golpeando las manos. La canasta circula más rápidamente.

SEÑORA YANG: Y nada, ni la inquina, ni los insultos —que no faltaron, por cierto— de toda esa gente sin instrucción, impidieron que mi hijo cumpliera con su deber.

Uno de los obreros comienza a cantar la canción del octavo elefante. Los demás corean el estribillo.

CANCIÓN DEL OCTAVO ELEFANTE

Siete elefantes tiene el señor Chin
Y uno más, o sea ocho en total.
Siete son salvajes, el octavo formal,
Y los tiene al trote cuando se portan mal.
 ¡De prisa, salta, trota!
 Antes de que anochezca
 Hay que desmontar la floresta de Chin
 Y el día ya toca a su fin.
Siete elefantes la floresta desmontan
Todo el día los siete sudan y trotan.
Montado en el octavo, Chin se pavonea,
El ocho, aburrido, vigila la tarea.

¡De prisa, pronto, cava!
Antes de que anochezca
Hay que desmontar la floresta de Chin
Y el día ya toca a su fin.

Siete elefantes cansados de cavar
Deciden allí mismo dejar de trabajar.
El señor Chin, furioso, los riñe en alta voz
Y le da al octavo un celemín de arroz.

Y ahora, ¿qué sucede?
Antes de que anochezca
Hay que desmontar la floresta de Chin
Y el día ya toca a su fin.

Siete elefantes perdieron sus colmillos
El octavo los tiene firmes, el muy pillo,
Y a los siete ataca violentamente
Mientras Chin, muy orondo, ríe entre dientes.

¡Pronto! ¡Sigue cavando!
Antes de que anochezca
Hay que desmontar la floresta de Chin
Y el día ya toca a su fin.

Shui-Ta se pasea plácidamente por el proscenio, fumando un cigarro. Al llegar a la tercera estrofa, Yang-Sun, riendo, se une al coro que canta el estribillo. Acelera el ritmo batiendo palmas.

SEÑORA YANG: Nunca podremos agradecerle bastante al señor Shui-Ta lo que ha hecho por nosotros. Con mano suave, pero firme y eficaz, supo desenterrar todas las buenas cualidades que estaban ocultas en Sun. Y lo consiguió sin deslumbrarlo con promesas fantásticas, como su tan mentada prima, sino interesándolo en un trabajo honesto. En tres meses, Sun se ha convertido en otro hombre. Nadie podrá negarlo. Como decían nuestros mayores: "Un espíritu noble es como una campana: si se la tañe, suena; si no, permanece callada."

IX

LA CIGARRERÍA DE SHEN-TE

La cigarrería se ha transformado en un despacho con sillones de cuero y hermosas alfombras. Shui-Ta, que ha engordado, se despide de los dos ancianos tapiceros. La Señora Shin contempla la escena con sorna. Lleva ropa evidentemente nueva.

SHUI-TA: Lo siento mucho, pero no puedo decirles cuándo volverá.

LA ANCIANA: Hoy recibimos una carta con los doscientos dólares que le habíamos prestado. No traía remitente, pero es indudable que la carta la envió Shen-Te. Nos gustaría escribirle. ¿Cuál es su dirección?

SHUI-TA: Desgraciadamente, tampoco la conozco.

EL ANCIANO: Vámonos.

LA ANCIANA: Algún día tendrá que regresar.

Shui-Ta se inclina. Los ancianos se marchan, indecisos e inquietos.

SEÑORA SHIN: Recuperaron el dinero demasiado tarde. Han perdido el negocio, por no pagar los impuestos.

SHUI-TA: ¿Por qué no vinieron a verme?

SEÑORA SHIN: A nadie le agrada mucho recurrir a usted. Al comienzo, como no tenían ningún comprobante escrito, esperaban sin duda que volviera Shen-Te. Después, la situación empeoró, el viejo tuvo un acceso de fiebre violento y su mujer pasaba noche y día a la cabecera de su cama.

HUI-TA (*sintiéndose desfallecer, se sienta*): ¡Otra vez me da vueltas la cabeza!

SEÑORA SHIN (*atendiéndola*): Está usted en el séptimo mes. No le conviene tener emociones fuertes. Menos mal que me tiene a mí. En

esos casos nadie puede arreglarse sin alguna ayuda. En fin, cuando llegue el momento estaré a su lado.

Ríe.

SHUI-TA (*débilmente*). ¿Puedo contar con usted, Señora Shin?

SEÑORA SHIN: ¡Por supuesto! Claro que le costará algunos pesos. Desabróchese el cuello, se sentirá mejor.

SHUI-TA (*afligida*): Todo esto lo hago por el niño, Señora Shin.

SEÑORA SHIN: Todo por el niño.

SHUI-TA: Pero estoy engrosando a ojos vista. Va a llamar la atención.

SEÑORA SHIN: Se lo atribuirán a su prosperidad.

SHUI-TA: ¿Y qué va a ser del niño?

SEÑORA SHIN: Me hace la misma pregunta tres veces por día. Lo pondremos al cuidado de una nodriza. La mejor que podamos encontrar. Habiendo dinero...

SHUI-TA: Sí. (*Angustizada.*) Y que no vea nunca a Shui-Ta.

SEÑORA SHIN: Nunca. Solamente a Shen-Te.

SHUI-TA: Entretanto, ¡hay que ver cómo trabajan las malas lenguas en el barrio! ¡Y el aguatero, con sus historias! ¡Espían el negocio!

SEÑORA SHIN: Mientras el barbero no se entere, nada se ha perdido. Tome un poco de agua.

Entra Sun, muy desenvuelto, trajeado como un hombre de negocios, con un portafolio bajo el brazo. Mira asombrado a Shui-Ta que está en los brazos de la Señora Shin.

SUN: ¿Molesto?

SHUI-TA (*se levanta con esfuerzo y va tambaleándose hasta la puerta*): ¡Hasta mañana, Señora Shin!

La Señora Shin se pone sus guantes y sale sonriendo.

SUN: ¡Conque guantes tenemos! ¿Desde cuándo, por qué, cómo? Dígame, ¿le saca dinero? (*Shui-Ta no contesta.*) ¿O es que usted también es blando de corazón? ¡Qué curioso! (*Saca un papel de su portafolio.*) De cualquier modo, en estos últimos tiempos lo veo muy cambiado. Tiene manías, indecisiones. ¿No estará enfermo? Le prevegó que los negocios se resienten con esas cosas. Mire, aquí traigo otra notificación de la policía. Quieren cerrar la fábrica. Lo más que toleran es el doble de los obreros legalmente autorizados para un taller. Tiene que tomar una decisión, señor Shui-Ta.

Shui-Ta lo mira un segundo, como si estuviera ausente, luego va a la trastienda y vuelve con una bolsa de papel. Saca de ella un sombrero hongo, reluciente, y lo arroja sobre el escritorio.

SHUI-TA: La firma desea que sus empleados estén impecablemente vestidos.

SUN: ¿Lo compró especialmente para mí?

SHUI-TA (*indiferente*): Pruébeselo. A ver si le queda bien.

Sun, asombrado, se pone el sombrero. Shui-Ta se lo acomoda.

SUN: ¡A sus órdenes! Pero no trate de escaparse por la tangente otra vez. De una vez por todas tiene que examinar con el barbero el nuevo proyecto.

SHUI-TA : El barbero exige condiciones inaceptables.

SUN: ¿Qué condiciones? ¡Si se decidiera usted a decírmelas!

SHUI-TA (*esquivándose*): Las barracas son bastante buenas.

SUN: Sí, para toda la chusma que trabaja allí, pero no para el tabaco que se está enmoheciendo. Antes de la reunión voy a tantear a la señora Mi-Tzu con respecto a sus locales. Si los conseguimos, podremos deshacernos por fin de todos esos mendigos, despojos humanos y demás cretinos. Ya no nos servirán para nada. Esta tarde, entre una y otra taza de té, le acariciaré las rodillas a la señora Mi-Tzu y verá cómo tendremos los locales a mitad de precio.

SHUI-TA (*seco*): Eso no se lo permito. Por el prestigio de la firma, exijo que obre con la mayor discreción, como corresponde a un hombre de negocios.

SUN: ¿Por qué se irrita así? ¿Tanto le preocupan los chismes del vecindario?

SHUI-TA: Los chismes me tienen sin cuidado.

SUN: Entonces, será culpa de la lluvia. Cada vez que llueve se pone usted tan irritable, tan melancólico. Me gustaría saber por qué.

VOZ DE WANG (*afuera*):

Traigo agua para vender

Y la lluvia cae sobre mí.

¡Ah! Con cuánto esfuerzo conseguí

Este poquito de agua para beber.

Y aun que grito con furor: ¡Compradme agua!

Ninguna voz a mi grito responde.

¿No habrá nadie que acuda, sediento,

Y me la pague y se embriague con ella?

SUN: Ahí está otra vez ese maldito aguatero. De nuevo va a ponerse a sembrar cizaña.

VOZ DE WANG (*afuera*): ¿Ya no queda ningún alma buena en la ciudad? ¿Ni siquiera en este lugar donde vivía la buena Shen-Te? ¿Dónde está la que un día, hace muchos meses, en plena lluvia, me compró un vaso de agua con el corazón henchido de gozo? ¿Dónde está ahora? ¿Alguien la ha visto? ¿Quién tiene noticias suyas? Una tarde entró en esta casa y no se la volvió a ver nunca más.

SUN: ¿Quiere que le haga cerrar el pico? ¿Es asunto de él, adónde se fue? Además, tengo la impresión de que si usted se lo tiene tan callado, es únicamente para que yo no me entere.

WANG (*entrando*): Señor Shui-Ta, se lo ruego una vez más, ¿cuándo regresará Shen-Te? Ya hace seis meses que salió de viaje. (*Shui-Ta guarda silencio.*) Desde entonces han sucedido muchas cosas que no hubiesen ocurrido de haber permanecido ella entre nosotros. (*Shui-Ta*

sigue callado.) Señor Shui-Ta, en todo el vecindario se murmura que Shen-Te debe haber sufrido alguna desgracia. Todos nosotros, sus amigos, estamos muy intranquilos. Tenga la bondad de darnos su dirección.

SHUI-TA: Lo siento, señor Wang, pero en este momento estoy muy ocupado. Vuelva la semana próxima.

WANG (*muy excitado*): El arroz que todas las mañanas dejaba ante su puerta para los pobres ha vuelto a aparecer desde hace algunos días.

SHUI-TA: ¿Y qué conclusión saca usted?

WANG: Que Shen-Te no se ha ido de viaje, sino...

SHUI-TA: ¿Sino?... (*Wang calla.*) ¿Quiere conocer mi respuesta? Pues escúchela bien. Y sepa que es definitiva. Si es usted amigo de Shen-Te, señor Wang, haga el menor número posible de indagaciones sobre su paradero. Es un consejo que le doy.

WANG: ¡Buen consejo! Señor Shui-Ta, antes de su desaparición, Shen-Te me anunció que estaba encinta.

SUN: ¿Cómo?

SHUI-TA (*rápido*): ¡Mentira!

WANG (*muy grave, a Shui-Ta*): Señor Shui-Ta, si se imagina que los amigos de Shen-Te van a dejar de interesarse por ella, está muy equivocado. No es tan fácil olvidar a un alma buena. No son tan frecuentes.

Sale. Shui-Ta, paralizado, lo sigue con la mirada. Luego entra rápidamente en la trastienda.

SUN (*al público*): ¡Shen-Te encinta! ¡Estoy fuera de mí! ¡Me han engañado! Se lo habrá dicho en seguida al primo y ese crápula no encontró nada mejor que despacharla al instante: "Prepara tus maletas y desaparece antes que el padre del niño sospeche algo." Es sencillamente monstruoso. Inhumano. Tengo un hijo. Un Yang asoma en el horizonte. ¿Y qué sucede? La chica desaparece y yo aquí, cinchando. (*Enfurecido.*) ¡Y encima me da un sombrero de limosna! (*Lo pisotea.*)

¡Criminal! ¡Ladrón! ¡Secuestrador! ¡Y la chica está prácticamente desamparada! (*Se oye un sollozo en la trastienda.*) Alguien llora. ¿Quién es? Ya no se oye nada. ¿Quién puede estar llorando en la trastienda? Esa bestia insensible de Shui-Ta no puede ser. Entonces, ¿quién, quién? Y ese arroz que aparece todas las mañanas ante su puerta, ¿qué significa? ¿Y si después de todo la chica estuviera ahí y él la tuviera sencillamente escondida? Porque si no, ¿quién puede estar sollozando allí adentro? ¡Buena ganga sería! Si está realmente encinta, tengo que encontrarla a cualquier precio.

Shui-Ta vuelve de la trastienda. Va hacia la puerta y mira la lluvia.

SUN: ¿Y, dónde está?

SHUI-TA (*alza la mano y escucha*): ¡Un momento! Son las nueve. Pero hoy no se oye nada. Llueve demasiado fuerte.

SUN (*irónico*): ¡Qué es lo que quiere oír?

SHUI-TA: El avión postal.

SUN: ¡Ese chisme!

SHUI-TA: No hace mucho tiempo me contaron que usted ansiaba volar. ¿Ya no le interesa?

SUN: El puesto que tengo actualmente no me desagrada. Además, no me gusta mucho trabajar de noche, y la aviación postal tiene servicio nocturno. En cierto modo, me he encariñado con la fábrica. Después de todo, es de mi ex prometida, aunque ella esté de viaje. Está de viaje realmente, ¿verdad?

SHUI-TA: ¿Por qué me lo pregunta?

SUN: Porque sus asuntos todavía me importan.

SHUI-TA: Creo que a mi prima le interesaría lo que acaba de decir.

SUN: A mí, en todo caso, me interesa tanto lo que se refiere a su persona que no podría permanecer indiferente si, por ejemplo, alguien la privara de su libertad.

SHUI-TA: ¿Alguien? ¿Quién?

SUN: Usted.

Pausa.

SHUI-TA: ¿Qué haría en esa eventualidad?

SUN: Pues volvería a discutir probablemente mi situación en la firma.

SHUI-TA: ¡Ajá! Y si la firma, es decir yo, le ofreciera un puesto interesante, ¿se podría esperar que usted renuncie a ulteriores averiguaciones sobre su ex prometida?

SUN: Tal vez.

SHUI-TA: ¿Y tiene usted alguna idea acerca del nuevo cargo que podría ocupar en la fábrica?

SUN: El más importante. Mi idea no excluye la posibilidad de desplazarlo a usted.

SHUI-TA: ¿Y si el desplazado resultara ser usted?

SUN: Entonces, volvería probablemente, pero no solo.

SHUI-TA: ¿Con quién?

SUN: Con la policía.

SHUI-TA: Con la policía. Supóngase que la policía no encuentra a nadie aquí.

SUN: Pues entonces tendrá que practicar un registro en la trastienda. Señor Shui-Ta, de un tiempo a esta parte, siento una nostalgia vehemente por la dama de mi corazón. Me doy cuenta que debo actuar si quiero volver a estrecharla entre mis brazos. (*Tranquilo.*) Además, está encinta y necesita a alguien a su lado. Voy a hablar unas palabritas con el aguatero.

Sale. Shui-Ta, inmóvil, lo sigue con la mirada. Luego vuelve a entrar rápidamente en la trastienda y regresa trayendo diversos objetos personales de Shen-Te, ropa interior, vestidos, artículos de tocador. Se queda mirando largo rato el chal que Shen-Te compró a los dos ancianos. Después hace un bulto con todo y, al oír voces, lo

esconde bajo la mesa. Entran la propietaria y Shu-Fu. Saludan a Shui-Ta. Dejan en un rincón los paraguas y los chanclos.

LA PROPIETARIA: ¡Ya se nos viene el otoño, señor Shui-Ta!

SHU-FU: ¡Una estación melancólica!

LA PROPIETARIA: Y su encantador gerente, ¿dónde está? ¡Es un peligroso seductor! Probablemente usted ignore esa faceta de su personalidad, pero le aseguro que sabe conciliar su atractivo personal con sus «deberes laborales, para el mayor prestigio de la empresa.

SHUI-TA: Tengan a bien tomar asiento.

Los tres se sientan y se ponen a fumar.

SHUI-TA: Amigos míos, un incidente imprevisto que podría tener inquietantes consecuencias me obliga a precipitar las negociaciones en curso relacionadas con el porvenir de mi empresa. Señor Shu-Fu, mi fábrica atraviesa momentos difíciles.

SHU-FU: No es una novedad.

SHUI-TA: Pero es que esta vez la policía amenaza con cerrar la fábrica si no puedo probar en forma fehaciente que mis nuevos proyectos se asientan sobre una base firme. Señor Shu-Fu, se trata de la única propiedad de mi prima, por quien usted siempre ha manifestado un vivo interés.

SHU-FU: Señor Shui-Ta, me resulta profundamente desagradable tener que discutir con usted sus nuevos proyectos. Proyectos que, fuerza es decirlo, son cada vez más ambiciosos. Yo propongo una comida íntima con su prima, y usted viene a plantearme sus dificultades financieras. Pongo a disposición de la muchacha varios locales para dar albergue a las pobres y usted los utiliza para instalar una fábrica. Le doy un cheque y es usted quien lo endosa. Desaparece su prima y usted me pide cien mil dólares con el pretexto de que mis barracas son demasiado estrechas. Señor, ¿dónde está su prima?

SHUI-TA: Tranquilícese, señor Shu-Fu. Hoy estoy en condiciones de informarle que volverá muy pronto.

SHU-FU: ¿Muy pronto? ¿Cuándo? Hace semanas que nos viene repitiendo "muy pronto".

SHUI-TA: No vengo a reclamarle nuevos préstamos. Le he preguntado sencillamente si estaría dispuesto a considerar mi proyecto, en caso de que regresara mi prima.

SHU-FU: Le he repetido ya mil veces que no quiero tener tratos con usted, pero que estoy dispuesto a considerar cualquier cosa con su prima. Pero usted parece querer impedir a toda costa esa conversación.

SHUI-TA: Ya no.

SHU-FU: ¿Cuándo podré verla?

SHUI-TA (*indeciso*): Dentro de tres meses.

SHU-FU (*indignado*): Bueno, entonces esperará mi firma tres meses.

SHUI-TA: Pero hay que preparar el terreno.

SHU-FU: Prepárelo como se le antoje, Shui-Ta, ya que está seguro de que su prima acudirá a la cita que usted ha fijado.

SHUI-TA: ¿Está usted dispuesta, señora Mi-Tzu, a confirmar ante la policía que puedo disponer de sus locales?

LA PROPIETARIA: No tengo inconveniente, siempre que me ceda su gerente. Acepto con esa condición, ya se lo he dicho en varias oportunidades. (*A Shu-Fu.*) ¡Es un muchacho tan bien dotado para los negocios! Y realmente necesito un administrador.

SHUI-TA: Usted comprenderá que en este momento me es imposible prescindir del señor Yang-Sun, con todas las dificultades que tengo y con mi salud que está tan floja desde hace un tiempo. En un principio estaba decidido a cedérselo, pero...

LA PROPIETARIA: ¡Sí, pero...!

Pausa.

SHUI-TA: Bien. Mañana se presentará en sus oficinas.

SHU-FU: Me alegro de que por fin haya tomado esa decisión, Shui-Ta. Si la señorita Shen-Te volviera realmente, la presencia de ese joven

aquí no sería muy decorosa. Nadie ignora que en una época ejerció una influencia desastrosa sobre ella.

SHUI-TA (*se inclina*): Sin duda. Les ruego me disculpen mis largas vacilaciones en lo que a Shen-Te y Yang-Sun se refiere. Comprendo que no es una actitud digna de un hombre de negocios. Pero hay que tener en cuenta que en otro tiempo estuvieron muy íntimamente unidos.

LA PROPIETARIA: Está disculpado.

SHUI-TA (*con los ojos fijos en la puerta*): Amigos míos, ha llegado el momento de las decisiones. En el solar de este local, minúsculo y sórdido en un principio, donde la pobre gente del barrio venía a comprar el tabaco de la buena Shen-Te, nosotros, sus amigos, hemos resuelto instalar doce hermosos locales donde, en adelante, se podrá comprar el buen tabaco de Shen-Te. La gente, según he sabido, me llama el rey del tabaco de Se-Chuan. Puedo afirmar que, al montar este negocio, he tenido en cuenta únicamente los intereses de mi prima. La fábrica le pertenece a ella, a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Se oye afuera el rumor de gente que se acerca. Entran Sun, Wang y el agente de policía.

EL POLICÍA: Lo lamento infinitamente, señor Shui-Ta, pero los ánimos están muy exaltados en el vecindario y me he visto en la obligación de dar curso a una denuncia presentada contra usted. Según el denunciante, que pertenece a su empresa, habría usted secuestrado a la señorita Shen-Te.

SHUI-TA: Es falso.

EL POLICÍA: El señor Yang-Sun, aquí presente, afirma haber oído en la trastienda un sollozo de procedencia indudablemente femenina.

LA PROPIETARIA: Es ridículo. El señor Shu-Fu y yo, respetables vecinos de esta ciudad, cuyo testimonio no puede ser puesto en tela de juicio por la policía, certificamos que aquí nadie ha sollozado. Estábamos fumando tranquilamente nuestros cigarros.

EL POLICÍA: Lo siento, pero tengo órdenes de registrar la mencionada trastienda.

Shui-Ta abre la puerta. El policía se agacha y entra. Examina la habitación y se vuelve sonriendo.

EL POLICÍA: En efecto, aquí no hay nadie.

SUN (*que lo ha seguido*): ¡Sin embargo, yo oí los sollozos! (*Su mirada se fija en la mesa bajo la cual Shui-Ta escondió el bulto. Sung se precipita bajo la mesa.*) Esto no estaba aquí hace un tato.

Abre el bulto y muestra la ropa de Shen-Te.

WANG: ¡Es la ropa de Shen-Te! (*Corre a la puerta y grita hacia afuera.*) ¡Se han encontrado los vestidos de Shen-Te!

EL POLICÍA (*incautándose de todos los efectos personales*): Usted declara que su prima está de viaje. Sin embargo, aquí escondido debajo de la mesa, se descubre un bulto con su ropa y otros efectos personales. ¿Dónde podemos encontrar a la muchacha, señor Shui-Ta?

SHUI-TA: Ignoro su dirección.

EL POLICÍA: Es muy lamentable.

GRITOS DE LA GENTE: ¡Se ha encontrado la ropa de Shen-Te! ¡El rey del tabaco asesinó a la muchacha y la hizo desaparecer!

EL POLICÍA: Señor Shui-Ta, debo rogarle que me acompañe a la comisaría.

SHUI-TA (*se inclina ante la propietaria y el señor Shu-Fu*): Disculpen este escándalo, amigos míos. Pero todavía hay jueces en Se-Chuan. Estoy convencido de que todo quedará aclarado en seguida.

Sale seguido por el policía.

WANG: ¡Se ha cometido un crimen horrible!

SUN (*desconcertado*): ¡Alguien lloraba! ¡Yo lo oí!

INTERMEDIO

El albergue nocturno de Wang.

Música. Por última vez, los dioses se aparecen en sueños al aguatero. Están muy cambiados. Las fatigas de un largo viaje, un gran agotamiento y múltiples aventuras desagradables han dejado en su aspecto exterior rastros inconfundibles. Uno tiene el sombrero desfondado, otro ha perdido una pierna en una trampa para lobos. Los tres van descalzos.

WANG: ¡Por fin habéis llegado! ¡Cosas terribles suceden en la cigarrería de Shen-Te, ilustres dioses! Shen-Te está nuevamente de viaje desde hace varios meses. El primo se ha apoderado de todo. Hoy fue detenido, acusado de haber dado muerte a Shen-Te para quedarse con el negocio. Pero yo no lo creo. Shen-Te se me apareció en sueños y me dijo que su primo la tenía prisionera. ¡Oh dioses ilustres! Es preciso que volváis de inmediato y que la encontréis.

PRIMER DIOS: Es espantoso. Nuestra búsqueda ha sido un fracaso completo. Encontramos unos pocos seres buenos, pero ninguno que llevara una vida digna del hombre. Habíamos decidido conformarnos con Shen-Te.

SEGUNDO DIOS: ¡Con tal de que siga siendo buena!

WANG: De eso podéis estar seguros, pero el hecho es que ha desaparecido.

PRIMER DIOS: Entonces, todo está perdido.

SEGUNDO DIOS: ¡Vamos, un poco de ánimo!

PRIMER DIOS: ¿Animo? ¿Por qué? Si no la encontramos, ya podemos ir presentando nuestra dimisión. ¡Ah, lindo mundo éste! En todas

partes miseria, bajeza, desolación. Hasta el paisaje nos es hostil: árboles hermosos decapitados por hilos alámbricos; más allá de las montañas, nubes espesas de humo y el tronar de los cañones. Y, por donde se mire, ni una sola alma buena capaz de resistir esta vida.

TERCER DIOS: ¡Ah, aguatero, nuestros mandamientos parecen ser nefastos! Me temo que habrá que borrar para siempre todos nuestros preceptos morales. La gente ya tiene bastante con salvar su pellejo. Las buenas intenciones la conducen al borde del abismo y las buenas acciones la precipitan en él. *(A los otros dos dioses.)* ¡Debéis reconocer que este mundo es inhabitable!

SEGUNDO DIOS: ¡No, quienes no valen nada son los hombres!

TERCER DIOS: ¡El mundo es demasiado frío!

SEGUNDO DIOS *(con violencia)*: ¡Los hombres son demasiado débiles!

PRIMER DIOS: ¡Un poco de dignidad, queridos hermanos, un poco más de dignidad! No tenemos por qué desesperar. A pesar de todo, hemos descubierto un ser que era bueno y sigue siéndolo. Es cierto que ha desaparecido. Apresurémonos a buscarlo. Con uno solo basta. ¿No fueron ésas vuestras palabras? ¿No dijisteis que todo podía salvarse si se encontraba un ser humano capaz de soportar este mundo?

Desaparecen rápidamente.

X

LA SALA DEL TRIBUNAL

Entran, formando grupos, el señor Shu-Fu y la propietaria; Sun y su madre; Wang, el carpintero, el abuelo, la joven prostituta; los dos ancianos, la Señora Shin; el policía; la cuñada.

EL ANCIANO: Es demasiado influyente.

WANG: Se propone abrir doce locales nuevos.

EL CARPINTERO: ¿Cómo quieren que el juez dicte una sentencia equitativa? Los amigos del acusado, el barbero Shu-Fu y la propietaria Mi-Tzu, también son amigos de él.

LA CUÑADA: La Señora Shin le llevó ayer al juez un ganso bien cebado de parte del señor Shui-Ta. Hay gente que la vio. La cesta iba chorreando grasa.

LA ANCIANA (*a Wang*): ¡Nunca más encontrarán a nuestra pobre Shen-Te!

WANG: Sí, sólo los dioses podrán descubrir la verdad.

EL POLICÍA: ¡Silencio! ¡El tribunal!

Entran, envueltos en sus togas de jueces, los tres dioses. Mientras se dirigen al estrado, bordeando el proscenio, se les oye cuchichear.

TERCER DIOS: Se va a descubrir todo. Las credenciales están muy mal falsificadas.

SEGUNDO DIOS: Esa repentina indigestión del juez llamará la atención.

PRIMER DIOS: No, es natural. Si se comió medio ganso.

SEÑORA SHIN: ¡Cómo! ¡Son otros jueces!

WANG: ¡Jueces excelentes!

El tercer juez, que entra el último, lo oye, se vuelve y sonríe. Los dioses se sientan. El Primer dios golpea la mesa con el martillo. El policía trae a Shui-Ta, quien, a pesar de los silbidos con que es recibido, conserva un andar altivo.

EL POLICÍA (*a Shui-Ta*): Se va a llevar una sorpresa. No ha venido el juez Fu-Yi-Cheng. Pero los nuevos jueces tienen un aspecto muy benévolo.

Shui-Ta ve a los jueces y se desvanece.

LA JOVEN PROSTITUTA: ¿Qué ocurre? El rey del tabaco se ha desmayado.

LA CUÑADA: Sí, al ver a los nuevos jueces.

WANG: ¡Como si los conociera! No comprendo absolutamente nada.

PRIMER DIOS: ¿Es usted Shui-Ta, el fabricante de tabaco?

SHUI-TA (*débilmente*): Sí.

PRIMER DIOS: Se le acusa de haber hecho desaparecer a su propia prima, la señorita Shen-Te, para apropiarse de su negocio. ¿Se declara culpable?

SHUI-TA: No.

PRIMER DIOS (*consultando el expediente*): Escucharemos primero al agente de policía del barrio. ¿Qué reputación tienen el acusado y su prima?

EL POLICÍA (*adelantándose*): La señorita Shen-Te era una joven que trataba de ser amable con todos: vivir y dejar vivir, ése parecía ser su lema. El señor Shui-Ta, por su parte, es un hombre de principios. La generosidad de la señorita le obligó en varias oportunidades a tomar medidas severas y, a diferencia de ella, se mantuvo siempre del lado de la ley, Excelencia. Una vez desenmascaró a una banda de ladrones que su prima, de buena fe, había albergado en su casa. Otra vez, intervino a tiempo para impedir que ella incurriese en falso testimonio. Puedo dar fe de que el señor Shui-Ta es un señor respetable y respetuoso de las leyes.

PRIMER DIOS: ¿Alguien más entre los presentes desea prestar declaración en favor del acusado?

Se adelantan el señor Shu-Fu y la propietaria.

EL POLICÍA (*en voz baja, a los dioses*): Es el señor Shu-Fu, una persona muy influyente.

SHU-FU: El señor Shui-Ta es considerado en Se-Chuan uno de los hombres de negocios de mayor prestigio. Es vicepresidente de la Cámara de Comercio y ha sido propuesto para ocupar el cargo de Juez de Paz en su barrio.

WANG: ¡Propuesto por usted! ¡Como tienen negocios en común!

EL POLICÍA (*murmura*): Un sujeto poco recomendable.

LA PROPIETARIA: En mi carácter de Presidenta del Comité de Beneficencia deseo poner al Tribunal en conocimiento de ciertos hechos. El señor Shui-Ta ha decidido inaugurar en breve nuevos locales, saludables y luminosos, donde los obreros podrán gozar de todas las comodidades con que es posible soñar. Por si esto fuera poco, es uno de los más asiduos colaboradores de las obras benéficas para sostener nuestro Hogar de Inválidos.

EL POLICÍA (*en voz baja*): ¡La señora Mi-Tzu, amiga íntima del juez Fu-Yi-Scheng!

PRIMER DIOS: Sí, sí, pero escuchemos ahora a otros testigos no tan parciales.

Wang, el carpintero, los dos ancianos, el desocupado, la cuñada y la Señora Shin se adelantan.

EL POLICÍA: ¡La hez del barrio!

PRIMER DIOS: ¿Qué pueden decirme en términos generales acerca de la conducta del señor Shui-Ta?

TODOS (*gritando al unísono*): ¡Nos ha arruinado! ¡Es un chantajista! ¡Explota a los pobres! ¡Nos ha mentido! ¡Engañado! ¡Asesinado!

PRIMER DIOS: ¿Tiene algo que alegar el acusado?

SHUI-TA: No he hecho más que defender la existencia de mi prima, Excelencia. Acudí en su ayuda, porque su pequeño negocio corría peligro. He venido tres veces, y las tres sin intención de quedarme. Pero la última vez las circunstancias me obligaron a permanecer aquí más de lo que deseaba. Sólo disgustos coseché. Mi prima era muy querida por todos. Yo tuve que cargar con las tareas más ingratas. Por eso me detestan.

LA CUÑADA: Sí, te detestamos. Fíjese en nuestro caso, Excelencia. (A *Shui-Ta.*) Y eso que no voy a hablar de las bolsas.

SHUI-TA: ¿Por qué no? ¿Por qué no?

LA CUÑADA (a los dioses): Shen-Te nos dio asilo y él nos hizo arrestar.

SHUI-TA: ¡Habían robado masitas!

LA CUÑADA: ¡Por lo que le importaban a usted las masitas del panadero! Lo que quería era quedarse con la cigarrería.

SHUI-TA: ¡La cigarrería no era un asilo, egoístas!

LA CUÑADA: ¡Pero no teníamos a dónde ir!

SHUI-TA: Eran ustedes demasiados para nuestro pequeño local.

WANG: ¿Y estos dos? (Señala a los dos ancianos.) ¿También eran egoístas?

EL ANCIANO: Le dimos a Shen-Te todas nuestras economías para salvar su negocio y tú nos hiciste perder el nuestro. ¿Por qué?

SHUI-TA: Tuve que conseguir dinero porque mi prima quería ayudar a un aviador para que pudiera volar.

WANG: Shen-Te, tal vez. Pero a ti te interesaba el puesto de Pekín porque era muy lucrativo. No tenías bastante con la cigarrería.

SHUI-TA: El alquiler era demasiado alto.

SEÑORA SHIN: Eso es verdad.

SHUI-TA: Y mi prima no entendía nada de negocios.

SEÑORA SHIN: Eso también es verdad. Además, se había enamorado del aviador.

SHUI-TA: Estaba en su derecho, ¿no?

WANG: Por supuesto. Pero entonces, ¿por qué quisiste obligarla a casarse con aquel hombre (*señala al barbero*) a quien no amaba?

SHUI-TA: El hombre que ella amaba era un canalla.

WANG (*señalando a Sun*): ¿Él?

SUN (*saltando indignado*): ¿Y por qué si era un canalla lo empleaste en tu fábrica?

SHUI-TA: ¡Para que te regeneraras! ¡Para que te regeneraras!

LA CUÑADA: Para convertirlo en un negrero.

WANG: Y cuando conseguiste regenerarlo, se lo vendiste a aquella mujer, ¿eh? (*Señala a la propietaria.*) Ella lo proclamó a los cuatro vientos.

SHUI-TA: Porque no quería alquilarme sus locales si no se lo cedía... para que le acariciara las rodillas.

LA PROPIETARIA: ¡Mentira! Le prohibo que vuelva a mencionar mis locales. No quiero saber nada de usted, ¡asesino!

Ofendida, sale temblando de indignación.

SUN (*resuelto*): Excelencia, debo decir unas palabras en favor del acusado.

LA CUÑADA: Ya era tiempo. Para algo eres su empleado.

EL DESOCUPADO: Es el negrero más siniestro que haya existido en la tierra. Está podrido hasta la médula.

SUN: Excelencia, es posible que el acusado haya hecho de mí todo lo que se acaba de decir, pero tengo la convicción de que no es un asesino. Pocos minutos antes de su detención, oí la voz de Shen-Te en la trastienda.

PRIMER DIOS (*muy interesado*): ¿Vive entonces? Explícanos exactamente lo que oíste.

SUN (*triumfante*): ¡Un sollozo, Excelencia, un sollozo!

TERCER DIOS: ¿Reconociste que era su voz?

SUN: Naturalmente. ¡Si la conoceré!

SHU-FU: ¡Claro! Bastante la hiciste llorar.

SUN: Lo que no impide que la haya hecho feliz. En cambio, él (*señala a Shui-Ta*) quería vendértela.

SHUI-TA (*a Sun*): Porque tú no la amabas.

WANG: No, porque ambicionabas su dinero.

SHUI-TA: ¿Y para qué iba a querer yo el dinero, Excelencia? (*A Sun.*) Tú querías que sacrificara a todos sus amigos. El barbero, en cambio, le ofrecía sus barracas y su dinero para ayudar a los pobres. Para que pudiera seguir practicando el bien, tenía que casarse con el barbero.

WANG: Si tanto te interesaba que hiciese el bien, ¿por qué no destinaste el cheque a ayudar a los menesterosos? ¿Por qué los metiste en esas infectas covachas de tu fábrica, rey del tabaco?

SHUI-TA: Fue por el niño.

EL CARPINTERO: ¿Y mis niños? ¿Qué hiciste de mis niños?

Shui-Ta calla.

WANG: Ahora callas. En la intención de los dioses, ese negocio debía constituir para tu prima un pequeño manantial de bondades. Ella siempre trató de hacer el bien, y tú siempre trataste de impedirselo.

SHUI-TA (*fuera de sí*): ¡Porque si no el manantial se hubiera secado, imbécil!

SEÑORA SHIN: ¡Tiene mucha razón, Excelencia!

WANG: ¿Para qué sirve un manantial de de cuyo río no se puede beber?

SHUI-TA: Las buenas acciones significan la ruina;

WANG: En cambio las malas acciones significan la buena vida, ¿no? ¿Qué has hecho de la buena Shen-Te, malvado? ¿Cuántas almas

buenas hay en el mundo, ilustres dioses? ¡Ella era buena! Cuando aquel hombre me estropeó la mano, ella quiso testimoniar en mi favor. Ahora soy yo quien quiere testimoniar en favor de ella. Era buena, lo juro.

Alza la mano para prestar juramento.

TERCER DIOS: ¿Qué te pasa en la mano, aguatero? ¡Está rígida!

WANG (*señala a Shui-Ta*): ¡Fue culpa de él, sólo de él! Shen-Te quería darme dinero para que viera al médico. Entonces llegó él. ¡Tú fuiste su enemigo mortal!

SHUI-TA: Su único amigo.

TODOS: ¿Dónde está?

SHUI-TA: Se ha marchado.

WANG: ¿Adónde?

SHUI-TA: No lo diré.

WANG: ¿Por qué tuvo que marcharse?

SHUI-TA: ¡Porque entre todos ustedes la hubieran despedazado!

Se hace repentino silencio.

SHUI-TA (*que se ha desplomado en la silla*): No puedo más. Voy a revelarlo todo. Déjenme solo con los jueces, márchense todos, quiero hacer una confesión.

TODOS: ¡Va a confesar! ¡Ha quedado desenmascarado!

PRIMER DIOS (*golpeando en la mesa con su martillo*): ¡Despejen la sala!

El policía hace evacuar la sala.

SEÑORA SHIN (*sale riendo*): ¡Menuda sorpresa se van a llevar!

SHUI-TA: ¿Se han marchado? ¿Todos? No puedo seguir callando. ¡Os he reconocido, ilustres dioses!

SEGUNDO DIOS: ¿Qué hiciste de nuestra buen alma de Se-Chuan?

SHUI-TA: Dejarme que confiese la terrible verdad. ¡Yo soy vuestra alma buena!

Se arranca la máscara y desgarras sus ropas. Aparece Shen-Te.

SEGUNDO DIOS: ¡Shen-Te!

SHEN-TE:

La orden que un día me disteis,
Ser buena y seguir viviendo,
Me desgarró como el rayo en dos mitades.
No sé cómo ocurrió, pero no pude al mismo tiempo
Ser buena para con los demás y para conmigo.
Ayudar al prójimo y ayudarme a mí misma fue demasiado duro.
¡Ay, qué difícil es vuestro mundo!
¡Cuánta miseria hay en él y cuánta desesperación!
Tended una mano al desdichado
Y os la arranca. Ayudad a un hombre perdido
Y vos mismos os perdéis. ¿Quién podrá largo tiempo
Resistir a ser malo cuando se ve morir
a los que sufren hambre?
Todo lo que necesitaba, ¿de dónde iba a sacarlo?
¿Sólo de mí misma?
¡Me habría sido imposible hacerlo sin morir!
El peso de las buenas intenciones
Me tenía agobiada. Pero me era suficiente cometer una injusticia
Para imponer mi ley y poder comer hasta hartarme.
Algo debe andar mal en vuestro mundo. ¿Por qué
Es recompensada la maldad, por qué tan duras penas
Aguardan a quienes prodigan la bondad?
¡Ay, encerrado en mi alma
Había un tal deseo de ternura! Pero también
Un secreto saber, pues mi nodriza
Me lavó en el agua del arroyo. Eso me dio
Una mirada aguda. La compasión

Me hacía tanto daño que en loba furiosa me trocaba
Tan sólo al ver a los menesterosos.
Y me convertía en otro ser.
Mis dientes se cambiaban en colmillos y las buenas palabras
Sabían a cenizas en mi boca. Sin embargo
Deseaba ser el Ángel del suburbio. Dar
Me hacía dichosa. Ver un rostro feliz
Me colmaba de gozo.
Condenadme; todos mis crímenes
Los cometí para ayudar al prójimo,
Para amar a mi amor
Y salvar a mi hijo de la miseria.
¡Oh dioses, ante vuestros grandiosos designios
Yo, pobre alma, era demasiado pequeña!

PRIMER DIOS (*manifestando su horror*): ¡No sigas, desdichada! ¿Qué vamos a pensar, ahora que nos sentíamos tan felices de haberte encontrado?

SHEN-TE: Debéis escucharme: yo soy esa odiosa criatura de quien os han contado aquí tantas maldades.

PRIMER DIOS: Esa buena criatura de quien nos han contado aquí tantas bondades.

SHEN-TE: ¡No, yo soy también la otra, la mala!

PRIMER DIOS: Habrá habido algún malentendido. ¡Un concurso de circunstancias desdichadas! ¡Unos cuantos vecinos ingratos! ¡Cierto exceso de celo!

SEGUNDO DIOS: Pero ¿cómo podrá seguir viviendo?

PRIMER DIOS: Perfectamente. Es una muchacha fuerte, bien plantada. Tiene garra.

SEGUNDO DIOS: Pero ¿no escuchásteis lo que dijo?

PRIMER DIOS (*vehemente*): ¡Todo es confuso, terriblemente confuso! ¡Inverosímil, completamente inverosímil! ¿Quiere decir que nuestros

mandamientos son fatales? ¿Que tendremos que renunciar a ellos? (*Irritado.*) ¡Jamás! ¿Habrá que transformar el mundo? ¿Cómo? ¿Quién? No, todo está en orden.

Da un golpecito en la mesa con el martillo. A esta señal se comienza a oír música. Una claridad rosada invade la escena.

Regresemos al cielo. Este pequeño mundo
Nos tuvo cautivados. Sus penas y alegrías
Nos llenaron de gozo y tristeza a la vez.
En la feliz morada que habitamos detrás de las estrellas
Pensaremos en ti, Shen-Te, nuestra alma buena.
Tú que en esta tierra das fe de nuestro espíritu,
Tú que alumbras la noche con tu pequeña lámpara,
¡Buena suerte, y adiós!

A una seña del Primer dios se abre el techo. Una nube rosada desciende y después de unos instantes vuelve a ascender llevando lentamente a los dioses al cielo.

SHEN-TE: ¡Oh, no, ilustres dioses, no os marchéis! ¡No me dejéis sola! ¿Cómo me atreveré a mirar de frente a los dos buenos ancianos que perdieron su negocio? ¿Y al aguatero, con su mano inservible? ¿Qué haré para defenderme del barbero a quien no amo y de Sun a quien amo? Y llevo un niño en mi seno. Pronto estará aquí y me pedirá de comer. ¡No puedo quedarme aquí, no puedo!

Mira enloquecida la puerta por donde van a entrar sus perseguidores.

PRIMER DIOS: Claro que puedes. Conténtate con ser buena y todo irá bien.

Entran los testigos. Miran con estupor a los jueces que flotan en su nube rosada.

WANG: ¡Rendid homenaje a los dioses, que se han dignado aparecer entre nosotros! Tres dioses supremos han venido a Se-Chuan en busca de un alma buena. La habían encontrado, pero..

PRIMER DIOS: ¡Nada de peros! ¡Aquí está!

TODOS: ¡Shen-Te!

PRIMER DIOS: Como véis, no ha muerto. Estaba escondida, eso es todo. ¡Seguirá viviendo entre vosotros, seguirá siendo un alma buena!

SHEN-TE: ¡Pero necesito a mi primo!

PRIMER DIOS: No tan a menudo.

SHEN-TE: ¡Una vez por semana, al menos!

PRIMER DIOS: Con una vez por mes, basta y sobra.

SHEN-TE: ¡No os alejéis, ilustres dioses! ¡No he dicho todo todavía!
¡Os necesito indefectiblemente!

LOS TRES DIOSES (*cantan*):

TERCETO DE LOS DIOSES QUE SE DESVANECEN EN LA NUBE

¡Ay! No podemos quedarnos
Más que un instante fugaz.
Un examen excesivo
Destruye el más bello hallazgo
Y ya vuestras sombras opacas
Enturbian la luz dorada.
Permitidnos simplemente
Que volvamos a la nada.

SHEN-TE: ¡Socorro!

LOS DIOSES:

Cumplida ya nuestra tarea
Debemos regresar al más allá.
¡Loada sea, loada sea

El alma buena de Se-Chuan!

Mientras Shen-Te, desesperada, tiende los brazos hacia ellos, los dioses desaparecen en las alturas, sonriendo y saludando con la mano.

EPÍLOGO

Ante el telón queda un actor que se dirige al público, disculpándose con el siguiente epílogo.

EL ACTOR:

Querido público, no os enfadéis,
El desenlace nada vale, ya lo sé.
Soñábamos con un cuento dorado
Y una fábula amarga sólo fue.
Temerosos frente al telón caído
Vemos en vuestros labios mil preguntas.
Nuestra suerte está ahora en vuestras manos.
Sólo quisimos gustar y divertir.
¿Por qué calláis entonces? ¿Vuestra frialdad
Marca nuestro fracaso? ¿Es el temor
Lo que nos paraliza? Podría ser.
¿Cuál es la solución? No hemos podido
Encontrarla, ni pagando con oro.
¿Hacen falta otros hombres? ¿Hace falta
Otro mundo? ¿Hacen falta otros dioses?
¿O acaso ninguno? ¡Henos aquí,
Angustiados hasta el fondo del alma!
A fin de poner término a estas dudas

Buscad vosotros mismos algún medio
Para que un alma buena pueda hallar
La solución feliz que exige su bondad.
Amado público, busca tú un buen final,
Tiene que existir alguno, tiene que existir,
¡Tiene que existir!

FIN

www.omegalfa.es
Biblioteca Libre